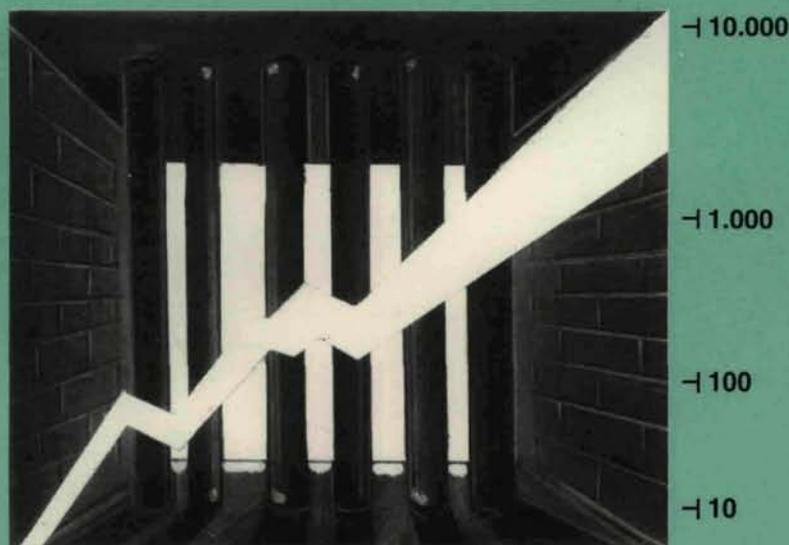


VIENTO

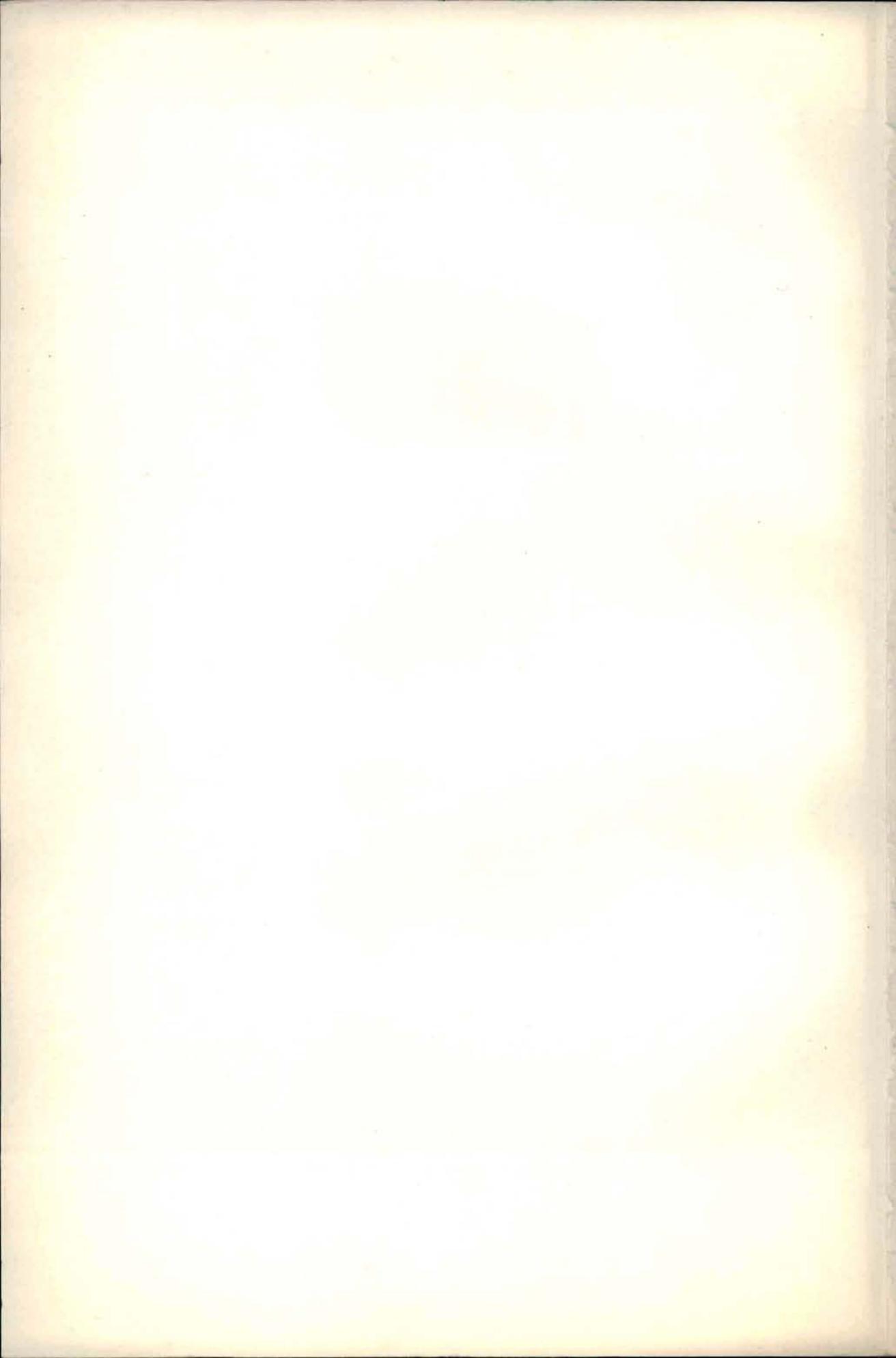
POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

SUR

● **¿Todavía hay clases?** T. Andréani, A. de Francisco, Helena Hirata, Danièle Kergoat, E. Olin Wright ● **El debate sobre el reparto del empleo.** J. Albarracín y P. Montes ● **Francia. El Estado y la socialdemocracia.** J. Kergoat ● **Rusia. ¿Renace la industria militar?** C. Taibo ● **Bélgica. La gran huelga.** F. Vercammen ● **Italia. Podría haber sido peor...** D. Giachetti y Luciana Castellina



¡No Hay Prisión Que Pare La Insumisión!



1 agenda

Notas sobre la actualidad política en el Estado español. José Galante, Sergio Machado, Justa Montero, Jaime Pastor, Arantxa Romero, Miguel Romero **7**

2 el desorden

Francia

El Estado y la socialdemocracia. Jacques Kergoat **19**

Sudáfrica

¿El final del poder blanco? Mark Harper **26**

Rusia

¿Renace la industria militar? Carlos Taibo **37**

Bélgica

La gran huelga. François Vercammen **45**

Italia

Podría haber sido peor...Diego Giachetti y Luciana Castellina **51**

Recortes

Redes sociales internacionales. La experiencia de la lucha contra el Tratado de Libre Comercio Norteamericano [Jeremy Brecher] **57**

Economía. ¿Cuándo acabará la Ronda? [Nicolas Bénies] **60**

Palestina. Mas allá de la Intifada. [Entrevista con Walid Salem (FPLP)] **63**

3 miradas

Fotos de Santiago de la Iglesia **67**

4 plural

¿Todavía hay clases?

¿Qué es una clase social? Tony Andréani **73**

La clase obrera tiene dos sexos. Helena Hirata y Danièle Kergoat **81**

Teoría clasista de la sociedad y teoría individualista de las clases. Andrés de Francisco **88**

Hacia una nueva agenda marxista. Erik Olin Wright, Andrew Levine y Elliot Sober **95**

Desde la izquierda

El debate sobre el reparto del empleo. Jesús Albarracín y Pedro Montes **107**

5 Voces

El soldado alemán. Francisco Cenamor **117**

Propuesta gráfica de Txema Fernández de Retana

Consejo Editorial:

Jesús Albarracín
Ignasi Álvarez Dorronsoro
María Antonia Caro
José Galante
Manolo Garí
María Gascón
Rafael Gisbert
José Haro
Carmen Heredero
Jon Kepa Iradi
José Iriarte "Bikila"
Justa Montero
Pedro Montes
Antonio Navarro
Joaquín Nieto
Montse Oliván
Jaime Pastor
Empar Pineda
Cristina Piris
Javier Pulido
Eugenio del Río
José Luis Rodríguez
Fina Rubio
Milagros Rubio
Andreu Tobarra
Paloma Uría
Xesús Vega
José Antonio Velasco
Ignasi Vila
Javier Villanueva

Redacción:

Javier Álvarez Dorronsoro
G. Buster
Antonio Flórez
Miguel Romero (Director)

Maqueta:

Jerôme Oudin & Susanna Shannon

Edición y montaje:

Vicente Baixauli
Carmen Briz
Domingo Martínez
María Luisa Salvador
Correspondencia:
Hileras 8, 2º Izqda. 28013-Madrid.
(91) 542.67.00. Fax: 542.61.99

Imprime:

J.P. Arts Gráficos.
DL: B-7852-92
ISSN 1133-5637

Tony Andréani

Profesor de Filosofía Política en la Universidad de París-X (Nanterre). Ha publicado *De la société à l'histoire* (Méridiens Klincksieck, 1989) y, en colaboración con Marc Féray, *Discours sur l'égalité parmi les hommes* (l'Harmattan).

Luciana Castellina

Diputada del Parlamento Europeo. Directora de *Liberazione*, periódico de Refundación Comunista.

Txema Fernández de Retana

Tiene 23 años. Estudió dos cursos en la Escuela de Arte de Iruña. Estudia ahora 4º curso de Diseño Industrial en la Escuela Massana de Barcelona. Ha ganado varios premios en concursos de carteles en Tafalla (1992), Villava (1992), Corella (1993), Huarte (1993)...Insumiso, ingresó en prisión el pasado 22 de noviembre.

Andrés de Francisco

Profesor titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Sergio Giachetti

Periodista. Militante de Refundación Comunista

Mark Harper

Periodista. Colaborador de diversas publicaciones de izquierda en su país, Sudáfrica.

Helena Hirata

Responsable del Grupo de estudios sobre la división social y sexual del trabajo (GEDISST) en el Consejo Nacional de la Investigación Científica (CNRS) de Francia. Ha publicado *Autour du modèle japonais* (l'Harmattan).

Santiago de la Iglesia

Más conocido por Santi, tiene 21 años. Estudia Imagen y Sonido en un Instituto de FP, aunque a él lo que realmente le gusta es cargar con la cámara a todas partes. Ha trabajado como ayudante de laboratorio en *Diario 16* y ha publicado sus fotos en diversas revistas y *fanzines* de su pueblo, Leganés (Madrid).

Danièle Kergoat

Directora de investigación en el CNRS. Ha publicado *Les infirmières et leur coordination* (éd. Lamarre).

Jacques Kergoat

Redactor jefe de la publicación trimestral *Politis la Revue*.

Erik Olin Wright

Profesor de la Universidad de Wisconsin (Madison). La revista *Zona Abierta* ha publicado traducciones de varios de sus artículos. Uno de sus trabajos más recientes está incluido en J. Carabaña y A. de Francisco (comps): *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1993.

Carlos Taibo

Profesor de Ciencia Política y director del programa de estudios rusos del Instituto de Sociología de las Nuevas Tecnologías de la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus libros se cuentan *La Unión Soviética de Gorbachov* (1989), *La Europa oriental sin red* (1992), *La Unión Soviética (1917-1991)* (1993) y *Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético* (1993).

François Vercaemmen

Es el coordinador del trabajo de la IV Internacional en Europa Occidental.

al vuelo

Por una vez, empezaremos por el principio, es decir, por la portada. Hasta ahora, nuestra revista no ha llevado nunca en la portada un llamamiento explícito a la solidaridad con una lucha. Esa seguirá siendo nuestra norma. Pero nos sentimos muy contentos de hacer ahora una excepción. Resulta que **Txema Fernández de Retana**, que ha hecho la propuesta gráfica de este número, es un insumiso irreductible y, desde el día 22 de noviembre, cumple condena en la prisión provincial de su pueblo, Iruña. Terminó su trabajo justo antes de ir a la cárcel y nos los envió con una carta, de esas que gusta recibir, en la que nos explicaba que una de sus ilustraciones se salía del tema general que había elegido: unos comentarios gráficos de imágenes históricas de conflictos y luchas sociales del *novecento*. Esa ilustración “que se salía del tema” resultó ser una expresión de orgullo y solidaridad de insumiso. Txema nos decía: «*Creo que ya sabes que el día 22 ingresé en prisión. Me he permitido por tanto una pequeña licencia, en recuerdo a todos los compañeros presos, aunque se salga del tema. Tú mismo si te apetece la colocas y si no, no*». Y claro, ¿dónde la íbamos a colocar, si no es en la portada? Por solidaridad, sobre todo. Pero, un poco también, para presumir de ilustrador. Una abrazo, Txema (y ¡ojo con los guardias!).

Las clases sociales son un terreno de investigación y discusión inagotable, desde el origen mismo de las ciencias sociales. En *Plural* presentamos cuatro enfoques sobre los aspectos propiamente teóricos del tema, relacionados con balances críticos de las ideas tradicionales marxistas, o así consideradas. **Tony Andréani** pretende «*enlazar con la tradición marxiana, aumentando el rigor y la precisión de los conceptos*». Destacamos el interés de sus propuestas sobre la teoría de la explotación, en relación con el concepto de “trabajo general”.

Helena Hirata y Danièle Kergoat estudian especialmente lo que llaman las “interferencias” que las relaciones de sexo producen sobre las relaciones de clase, y recíprocamente. Entre sus conclusiones, una puede resultar especialmente polémica: «*La conciencia de los hombres tiende a aproximarse a la de las mujeres*», respecto a la condición obrera.

Andrés de Francisco hace una exposición, de una claridad y coherencia poco habituales, de la tormenta que los puntos de vista del “marxismo analítico” ha desencadenado en el campo de la sociología marxista crítica.

En fin, hemos reproducido el capítulo final de uno de los libros más estimulantes que fueron publicados —sólo en inglés, de momento— el año pasado: *Reconstructing marxism* de **Erik Olin Wright, Andrew Levine y Elliot Sober**. El título del libro da una idea de la ambición de la tarea. En el texto que publicamos, los autores, con el gusto por el orden que caracteriza su escuela, llegan a conclusiones muy interesantes y originales a partir de un método, en principio, nada recomendable: una analogía del marxismo con la medicina.

Hemos publicado ya algunas contribuciones al debate abierto no sólo en el movimiento obrero, sino en toda la sociedad, sobre el reparto del empleo. Seguiremos haciéndolo porque no es necesario insistir sobre la transcendencia del asunto y

su complejidad, tanto desde un punto de vista programático, como en la táctica mas inmediata: la experiencia de la Volkswagen alemana, que trataremos de estudiar en el próximo número, es un buen, y mal, ejemplo.

Jesús Albarracín y **Pedro Montes** dedican la mayor parte de su trabajo a un riguroso desmontaje del argumento central de la derecha –asumido con su entusiasmo habitual por la socialdemocracia– según el cual, toda reducción del horario de trabajo debe, “naturalmente”, implicar una reducción proporcional de salario. Este argumento tiene la fuerza de la simplicidad, de la apariencia “lógica” y, además, de manipular la solidaridad de la gente. Es en realidad, una falacia: Albarracín y Montes lo demuestran contundentemente. En la segunda parte de su trabajo, entran en el difícil terreno de los aspectos cualitativos, es decir, políticos del problema. Los criterios que plantean serán sin duda muy discutidos, para eso se escriben, y tendrán desarrollos posteriores.

Mitterrand ha sido efectivamente el “Dios” de la socialdemocracia europea (así le llaman desde hace años sus fieles; sus compinches de por aquí, que no son originales ni en eso, han trasladado el apodo a González, con el ánimo probable de estimular el uso de la blasfemia). Afortunadamente, los dioses terrenales son menos duraderos que los celestiales. Cuando termina su reinado, que bien puede llamarse su “época”, **Jacques Kergoat**, que ha seguido la trayectoria del mitterrandismo con la meticulosidad de un detective social, hace un balance demoledor de una experiencia que posiblemente sea considerada en el futuro el último aliento de la socialdemocracia tradicional, aquella que fue capaz no sólo de conquistar votos, sino también esperanzas de amplios sectores populares.

Seguimos prestando atención a los acontecimientos de Sudáfrica. Quizás nos equivocamos, pero pensamos que es uno los países que mantendrán un nivel de inestabilidad alto a medio plazo y en el que es posible que se desarrollen fuerzas de izquierda radicales y renovadoras. Cuando se acaba de firmar el borrador constitucional entre Mandela y De Klerk, **Mike Harper** analiza un panorama en el que no hay sólo consenso y crímenes.

Las elecciones rusas nos han cogido en pleno cierre. Habrá tiempo de analizar sus resultados. **Carlos Taibo** ha estudiado para nosotros un aspecto –el desarrollo de la industria militar– del problema central para el futuro de Rusia, y no sólo de Rusia: su recuperación del status de gran potencia.

El tratamiento, o mejor, el “no tratamiento” que la mayoría de los medias han dado al intenso período de luchas sociales que se han vivido en Bélgica es uno de esos escándalos que revelan los sutiles mecanismos que permiten a la prensa occidental establecer consensos automáticos, por encima de tendencias empresariales e ideológicas, para decidir lo que es y lo que no es noticia. La mayor huelga general de la historia reciente de Bélgica, contra un pacto social que se parece como una gota de agua a otra al que ha tratado de imponerse aquí era, obviamente, una “no noticia”. **François Vercammen** ha vivido directamente las luchas con una entusiasmo que salta a la vista y hace ahora un balance crítico, prudente y esperanza-do sobre ellas.

En cambio, ha habido una masa de información sobre Italia para contarnos cómo

han vencido la izquierda y la Bolsa (si se consideran ambos términos incompatibles, elíjase el que ha vencido de verdad...). Está justificado, por supuesto, experimentar un gran alivio porque el alcalde de Roma no sea un neofascista. Pero conviene tener en cuenta que Occhetto quiere representar en la Italia actual algo no tan lejano al "cambio" que vendió en 1982 Felipe González. Pero mucho ha llovido desde entonces, sobre todo en Italia. El PDS, además, apenas representa actualmente un 18% electoral, más o menos lo mismo que los neofascistas del MSI. Occhetto intentará llegar tan lejos como pueda en sus alianzas hacia la derecha, en nombre del "antifascismo". **Luciana Castellina**, dirigente de Rifondazione Comunista, pone en entre guardia contra los desastres que puede originar esa orientación la izquierda "enemiga de la Bolsa".

Éste nº 12 completa la suscripción de 1993. Los y las suscriptores habrán recibido ya los tradicionales archivador e índice del año y la no menos tradicional invitación a renovar su suscripción. Esperamos noticias y que sean buenas.

La gente de la izquierda alternativa hemos pasado un año áspero y duro desde muchos puntos de vista. Pero aquí seguimos.

A ver qué tal se da el año próximo. Felicidades alternativas, que también las hay, para 1994.

Nueva Dirección

Viento Sur
Apartado de Correos 50.522
28080-Madrid

Teléfono y Fax: (91) 527.96.52



1 agenda

agenda

27 de octubre. Miles de estudiantes participan en una huelga general y en manifestaciones masivas contra la subida de las tasas universitarias.

Este curso ha empezado caliente en la Universidad y en enseñanzas medias. No, no era la primera vez que nos subían las tasas académicas (llevamos varios años de sucesivas subidas), ni tampoco era éste el principal tema por el que nos movilizamos, pero este curso la gente estaba especialmente cabreada: una subida de más del 100% en determinadas matriculas, junto con unas condiciones en la enseñanza cada vez peores.

La subida de las tasas fue sólo la gota que colmó el vaso. Sería interesante para todas aquellas personas que no conozcáis de cerca la vida universitaria daros un paseillo por cualquier facultad para que viérais el hacinamiento en el que estamos en las clases; o cómo personas con vocación médica se encuentran destripando –¡pero “destripando”!– unos textos de un tal Virgilio, que ni saben quién puñetas es; o cómo una probeta es compartida por diez estudiantes, y gracias, en las clases “prácticas”. Si además sumamos un futuro cada vez más incierto y negro, pues da lo que ha dado.

El Ministerio de Educación contra la universidad pública. Nada queda más lejos de «la institución universitaria como instrumento eficaz de transformación social al servicio de la libertad, la igualdad y el progreso social», tal como reza la Ley de Reforma Universitaria aprobada en 1983.

Y es que para conseguir esto hace falta dinero y ganas, y no hay ninguna gana. Manda el mercado, que ahora está tan de moda. ¿Para qué narices se quiere una mano de obra culta y encima crítica y para más inri que transforme el entorno social? No, no, ya se vio con la LOGSE (Ley de Ordenación General del Sistema Educativo). Lo

que hace falta es, por un lado, una gran masa de trabajadores baratos (y lo menos preparados que sea posible) y, por otro, una élite, ésta sí, bien preparada (para esto están los máster organizados por las empresas según sus conveniencias e intereses). Todo lo demás sobra. En definitiva, lo que aquí se está cuestionando es la "universidad pública".

Durante estos meses de movilizaciones a nuestras autoridades se les ha llenado la boca diciendo que no teníamos motivos para quejarnos, porque solamente pagábamos una quinta parte del coste real de nuestra educación, que debíamos pagar más. Hay dos cosas que quería señalar sobre este tipo de declaraciones. La primera, que el concepto de "coste real" nadie sabe ciertamente lo que incluye, ya que en él se introducen elementos como la investigación y otra serie de servicios dirigidos a la sociedad en su conjunto. Y la segunda es la visión de la Universidad como un lujo y que, por tanto, nos lo tenemos que costear la gente que estudiamos en ella, es decir, que deje de ser un servicio público.

Es bastante lo que aquí se está poniendo en juego, y ha sido todo este cúmulo de circunstancias lo que ha hecho que los estudiantes salgamos a la calle a decir que hace falta un cambio radical en la cantidad de dinero y en el concepto que se tiene en este Estado de la enseñanza superior. Queremos una universidad pública y gratuita, con medios e imaginación para poder ejercer nuestro derecho a la cultura y poder desarrollar libremente las vocaciones e ilusiones que nos llevan a estudiar una carrera. Por eso luchamos.

Buen ambiente. Los medios de comunicación crearon en un primer momento el marco necesario para una buena movilización, con titulares como «La juventud vuelve a despertar tras años de pasividad», o «Los estudiantes retoman su rebeldía». Esto creó un ambiente de legitimación de la protesta. Un millón de estudiantes secundaron la huelga y miles fueron a las masivas manifestaciones. Hubo un gran factor de espontaneidad: centros donde no había colectivos, ni se había podido hacer asambleas, salieron a la calle. El marco para mostrar el cabreo generalizado estaba creado y la gente supo aprovecharlo.

Pero después de esta gran *movida* la cosa se ha ido apagando poquito a poco. Han influido bastantes factores: por un lado, la cantidad de organizaciones (unas, fantasmas; otras no) que han aparecido como representantes del movimiento estudiantil queriéndose adjudicar la representatividad. Esto ha desorientado bastante a la gente que no estaba en ninguna de ellas.

En este punto, la posición de la Coordinadora de Estudiantes (en la que estamos los colectivos y asociaciones de izquierdas que llevamos un trabajo continuado en las diferentes universidades) ha sido clara: somos la gente que somos, y toda la que se quiera sumar a trabajar y luchar por este tema, no representamos nada más.

Un cierto agotamiento. Por otro lado, ha habido una gran cantidad de movilizaciones que las diferentes organizaciones convocaron entre el 27 de octubre (primera huelga general) y el 1 de diciembre. Hemos salido a convocatoria de huelga, encierro y concentración por semana. Esto ha agotado mucho a la gente. Y hay que añadir las declaraciones del ministro Pertierra («Hay puntos en los que no estoy dispuesto a ceder —decía—, y, en los que sí estoy dispuesto, ya hay mesas de negociación

abiertas con los representantes de los estudiantes»). Todo esto ha ido creando un ambiente de cansancio y de imposibilidad de conseguir cosas que determinó las dificultades que tuvimos el 1 de diciembre (habría que tener en cuenta además, que esta huelga se desconvocó en el telediario de la noche de dos días antes; pero no se puede valorar muy bien el efecto real de esto ya que nuestra presencia seguía en las facultades y centros).

En fin, se han ido sumando elementos para que la movilización bajara de tono. Pero ya se han dado unos primeros pasos: asambleas de centro, foros de debate..., que comienzan a hacer una crítica seria de la universidad y el modelo de educación que están intentado imponer.

El movimiento estudiantil se ha reorganizado y en cualquier momento puede volver a saltar la chispa. Porque esto, lejos de arreglarse, empeora. **Arantxa Romero (Zaragoza).**

30 de octubre. Se constituye el colectivo Izquierda Alternativa de Madrid.

El 30 de octubre, tras constatar el fracaso en Madrid de la unificación entre el MC y la LCR, quienes procedíamos de ésta organización decidimos constituir un colectivo militante, para desde él continuar participando en la recomposición de una izquierda social y política radicalmente enfrentada al sistema, un agrupamiento pluralista y que luche por una sociedad alternativa. El colectivo se presentó públicamente el 12 de noviembre en un acto que contó con la participación de Alain Krivine, de la LCR francesa y Rocco Pappandrea de Refundación Comunista de Italia.

Nuestra decisión expresa la voluntad de dar continuidad a las ideas que seguimos reivindicando de una cultura política propia. A su vez, explica el largo camino recorrido en común, a través de situaciones muy diversas y en muchas ocasiones difíciles.

Señas de identidad. En síntesis, esas ideas son:

- La crítica del capitalismo y del "socialismo real".
- La lucha por una sociedad alternativa que cree las condiciones para superar la explotación y la dominación.
- Una comunidad de valores, viejos y nuevos, que fundamentan nuestro compromiso militante, por encima de las dificultades y las dudas que encuentra la lucha por su materialización efectiva.
- Una práctica que combina la acción social y política, que valora la necesidad de la presencia institucional de la izquierda, pero sin dejarse someter a las presiones de una competencia electoral y una estructura de poderes que tiende a diluir los programas de cambio radical.
- Una actividad en y desde los movimientos sociales que contribuye a su desarrollo y nos ha permitido ser reconocidos en ellos como una fuerza real.
- Una tradición internacionalista que nos ha distinguido especialmente y que ahora ha de ser renovada y reforzada.

—Una cultura organizativa que si bien debe ser autocrítica consigo misma, ha buscado respetar el pluralismo y la libertad de disenso en su interior.

Pluralidad y convergencia. Queremos ser un agrupamiento plural en la práctica y en las ideas. Nuestra participación en los movimientos sociales ha sido siempre una seña de identidad y seguimos viendo en ellos la vía fundamental para reforzar un sector social de resistencia a las agresiones del sistema: nos esforzaremos por impulsar la convergencia entre esos movimientos, por profundizar su funcionamiento democrático y el respeto real a su autonomía y por lograr la mayor expresión pública y política de sus actividades.

También pretendemos crear un espacio de reflexión que partiendo de las distintas sensibilidades y experiencias nos permita abordar los problemas planteados a la izquierda.

Estos objetivos los abordamos en un momento de crisis de la práctica totalidad de las corrientes de izquierda, que hoy ven puestos en cuestión, en mayor o menor grado, aspectos básicos de lo que eran sus formulaciones teóricas y su práctica social y política. Además, el campo de trabajo para superar esa crisis es una izquierda social poco activa y unos movimientos que atraviesan también una difícil y compleja situación. En ese marco las iniciativas de discusión y, más en general, el replanteamiento de las relaciones entre las organizaciones de izquierda son un importante punto de partida.

Desde él pensamos que es posible profundizar las experiencias unitarias, tanto en los movimientos sociales como a través de las propuestas de distintas corrientes políticas. En ambos terrenos se están configurando ya en nuestra región espacios de reflexión, debates y actividad comunes. Nuestra intención es participar en ellos con el objetivo de ayudar a su consolidación, aunque sabemos que este proceso está sólo en sus primeros pasos y persisten importantes diferencias sobre los proyectos a poner en pie.

Relaciones con IU. Volver a pensar sobre marcos e iniciativas unitarias obliga a plantearse las relaciones con respecto a IU, en especial si nos referimos al terreno político. La evolución actual de esta organización y su proceso de discusión interna son fenómenos de gran importancia a los que no podemos ser externos. Por ello el día 30 de Noviembre pasado un sector de nuestro colectivo, junto a otros compañeros y compañeras independientes, entraban pública y organizadamente en IU.

La razón de tal decisión es que esta formación política ya no puede ser analizada como un partido al viejo estilo: hoy es una plataforma plural, con tensiones internas entre sus corrientes donde cada una de ellas —y los colectivos que las impulsan— tienen la posibilidad de expresarse públicamente y está permitida la doble militancia.

La evolución de IU crea expectativas pero también dudas y desconfianzas dentro de la izquierda radical. Por un lado, son innegables su actitud más crítica respecto a la política gubernamental y al “nuevo orden internacional”, su apertura programática a propuestas procedentes de los movimientos sociales y su actitud más activa y movilizadora. Por otro, el peso de la vieja estrategia y una práctica muy vinculada a las instituciones, así como una tradición organizativa insuficientemente pluralista, constituyen un freno para su transformación.

Dentro y fuera. Pensamos que la reconstrucción de la izquierda –sobre todo de una izquierda alternativa y radical– no pasa exclusivamente por IU. Fuera de esta formación se encuentran sectores y organizaciones con las que debemos reflexionar y trabajar conjuntamente en los movimientos sociales y en las iniciativas y foros de debate que puedan promoverse. Además, no dejarán de producirse convergencias, al menos coyunturales, entre gentes de dentro y fuera de IU: por ejemplo, hoy asistimos al intento de impulsar una confluencia “rojiverde” que quizás podría expresarse en una candidatura para las próximas Elecciones Europeas y más allá de las mismas.

Poner en común. Por último, queremos constatar que estas señas de identidad y esa experiencia común las compartimos también con otros colectivos y con gentes que forman parte de otras organizaciones, producto o no de la unificación entre la LCR y el MC, en el resto del Estado español. Nuestra voluntad es mantener e intensificar nuestras relaciones con todas ellas para, desde el más escrupuloso respeto a su autonomía, poner en común ideas y preocupaciones, iniciativas y experiencias que ayuden a avanzar hacia una alternativa de izquierda radicalmente enfrentada a este modelo de sociedad. **José Galante y Jaime Pastor.**



19 de noviembre. José Luis Corcuera dimite de la cartera de Interior, en “olor de santidad”.

Lo interesante, y en cierto modo lo divertido, de todo el circo que se ha montado en torno a la dimisión de Corcuera es lo poquísimo que parece haber importado a la gran mayoría de la gente la causa formal de esta dimisión. Como se recordará, el Tribunal Constitucional ha dado el *placet* a esa atrocidad jurídica llamada Ley Corcuera, salvo en el punto de la célebre “patada en la puerta”: para ser más precisos, al Tribunal no le gusta el redactado del punto; como se ha encargado de recordar el propio ex-ministro, bastará una ligera corrección formal para que la policía pueda seguir dando todas las patadas que quiera, en puertas o en otros sitios más habituales, con todas las de la ley. La cosa es tan chusca que a uno no le extrañaría nada que más de uno y más de dos, en las altas cumbres del poder ejecutivo y, si me apuran, del poder judicial – respetando siempre su legendaria independencia– hubieran previsto el desenlace de la movida desde su mismo nacimiento: a fin de cuentas, tampoco está mal, de vez en cuando, que el ministro del Interior eche un pulso a los tribunales y reciba de ellos, a la vez, un ligero pescozón y un sobresaliente *cum laude*.

Muy “persona”. Pero volvamos a lo nuestro. Decía que la gente ha pasado olímpicamente de las causas formales de la dimisión. Los portavoces parlamentarios que han aclamado la sentencia del Tribunal Constitucional como una “gran victoria de la libertad y la democracia” hicieron un ridículo considerable, mientras se despedía en “olor de santidad” la supuesta víctima y verdadero vencedor de la escaramuza, es decir, Corcuera.

Buscando una explicación al asunto, me topé con uno de esos programas de radio que improvisan encuestas entre sus oyentes sobre los acontecimientos de la actualidad. Esta vez la pregunta era: “¿Por qué cree usted que ha dimitido Corcuera?”. Y la respuesta abrumadoramente mayoritaria fue: “Porque es mas persona que político”.

Lástima que la gente no tuviera la oportunidad de explicar por qué había llegado a tan espléndida conclusión: sus ideas nos hubieran ayudado mucho a entender cómo está la política y cómo está el personal.

En cualquier caso, Corcuera conoce bien los gustos de su clientela y escenificó su despedida como un *reality show*: imagen de “hombre de palabra”, firmeza para imponer su decisión al propio González, influencia determinante en la elección de su sucesor, chulería y bronca con la prensa, emoción hasta la lágrima al despedirse de sus colaboradores e incluso un juicio sumario sobre los males de la sociedad: “(lamento que exista en nuestro país) una especie de democracia anarquizante...”.

Marquen una cruz... Se llevan mucho en Europa estos líderes populistas, autoritarios pero de lágrima fácil, que “no se casan con nadie”, que exhiben vísceras de diverso tipo y están dispuestos a tratar a patadas a todo lo “anarquizante”, máxime si es “democrático”.

Así que permanezcan atentos a la carrera del ex-ministro. Marquen una cruz junto a su nombre en la lista de los aspirantes a suceder a González. En ciertas circunstancias, podría ser el candidato mejor situado.

¿Después de González, qué? Pues, como nos descuidemos: Corcuera. **Miguel Romero**

20 de noviembre. 2.000 jóvenes antifascistas se manifiestan en Madrid. Las organizaciones de la izquierda, incluyendo a la izquierda alternativa, apenas hicieron acto de presencia en la manifestación.

De todos es conocido que cada 20-N el centro de Madrid supera todos los récords de fachas por metro cuadrado, lo que significa la multiplicación de las agresiones y la extensión de un clima de miedo entre emigrantes, jóvenes y gente progre. Quizás sea menos conocido que desde hace varios años grupos de jóvenes antifascistas organizan el mismo día actos en la zona centro para disputar la calle a los “adoradores” del Valle de los Caídos.

La respuesta ha ido en ascenso y este año éramos 2.000 en la calle Atocha. Nada menos pero...nada más.

Lo de nada menos viene a cuento porque hace cuatro años no pasábamos de cien los que defendíamos con los hechos la libertad de expresión y los puestos de propaganda en el Rastro el 20-N: la conciencia antifascista ha crecido. Lo de nada más es obvio: la respuesta no está a la altura del peligro de extensión real del facherío en nuestro país y en el resto de Europa.

En la manifa nos juntamos una basca bastante “plural”, retrato de una buena parte de la juventud madrileña: raperos, okupas, gente de los instis cabreada, no-violentos y también menos-no-violentos, antimilitaristas en general e insumisos en particular,

poca gente (casi nadie) de más de 22 tacos y un buen servicio de vigilancia y autodefensa (que no de orden), por si las moscas. Este año éramos más porque somos más los que nos dimos cuenta que las agresiones de los *skins*-fachas nos tocaban de cerca y que mientras se especula sobre si el huevo es de serpiente, la bicha ya ha mordido a más de uno.

De entre las distintas cuestiones que hemos discutido durante estos días la gente metida en la Cordinadora antifacha quizás convenga comentar dos. Buena parte de la prensa ha presentado a los *skins* y fachas y a quienes les hemos intentado parar los pies como tribus urbanas violentas, meros subproductos de la actual sociedad o simplemente productos de modas distintas. Claro que cada quien y cada fenómeno social tiene relación con fenómenos más generales (paro, sistema educativo, etc.), claro que cada quien tiene unos gustos musicales o en su forma de vestir...pero desideologizar el conflicto y despolitizarlo es hacerle un gran favor al fascismo. Ello les permite actuar con mayor discreción y enmascarados a quienes apoyan, coordinan y arman a los matones de turno (en el pasado con camisa azul y engominados, hoy con *bombers* y calvos: las modas pasan, los fachas siguen).

¿Qué pasa con la izquierda? Pero lo más intrigante y preocupante es constatar que la izquierda y sus organizaciones no están haciendo nada. Su presencia en la manifestación, como en el resto de movilizaciones que ha habido estos días contra las agresiones, no ha llegado ni a testimonial. Y no me refiero a la izquierda moderada, institucional o instalada, la que me inquieta es la pasividad de la izquierda radical y sus distintas especies feministas, ecologistas y alternativas. Y lo que me saca de quicio es la indiferencia de los sindicatos. En el fondo creo que radicales o reformistas consideran que esto es un asunto de jóvenes y que no tiene mayor importancia actual. ¿Tendremos que llegar a la situación de ataques fascistas a las casas de emigrantes como en Alemania para que reaccionen? O quizás, ¿sólo les preocupa cuando pueden llegar a ganar alcaldías como en Roma? O ¿únicamente merece su movilización cuando hay muertes trágicas como las de Lucrecia?

Amenaza de escalada. El poema de Brecht se repite en historias concretas continuamente: ¿habrá que recordarlo a la izquierda?. Los *skins* han seguido una táctica de tanteo perfecta: atacar primero a los más débiles, aislados y desprotegidos: travestis, prostitutas, drogadictos, emigrantes...Ante la escasa o nula respuesta social, se han lanzado a objetivos mas ambiciosos. Pero al probar con algún joven estudiante han tropezado con una pequeña piedra: en esos días el personal de los institutos y universidad estaba movilizado y más sensible para responder.

Si no hubiera habido respuesta, la escalada habría continuado, quien sabe si contra un sindicalista "de orden" o un progre "de pro".

Como se ve los *skins*, ultras, etc., podrán actuar con reacciones primarias y elementales, pero sus acciones responden a una racionalidad política nada simplona. Y hasta la próxima.

Y en la próxima volveremos a tener que empezar y plantearnos los mismos problemas: ¿cómo lograr una reacción social amplia? ¿Cómo defendernos cuando no hay reacción social y comienzan a canearnos uno a uno?

Quizás convenga no esperar a la próxima y empezar a discutir lo que hay que hacer desde hoy. **Sergio Machado**

30 de noviembre. Se integra en Izquierda Unida un colectivo de militantes de diversos sectores y trayectorias de izquierda.

Tras un período de debate y comunicación, un centenar de personas de la izquierda alternativa madrileña se han incorporado a Izquierda Unida. En el acto de presentación del manifiesto en que explican las ideas y razones que justifican esta decisión, hablaron en nombre de los y las firmantes del texto, Pedro Montes, Jaime Pastor y María Luisa San José. Angel Pérez, por IU de Madrid, y Julio Anguita como coordinador general de la organización, les dieron una la bienvenida.

Con la nota de prensa que distribuyeron y extractos de su manifiesto, hemos elaborado la siguiente información:

Un encuentro. *«Se incorpora a IU un colectivo plural, mestizo, producto del encuentro de gentes procedentes de la extinta Liga Comunista Revolucionaria (y que seguirán vinculados al colectivo de Izquierda Alternativa de Madrid), de personas independientes que participan en la actividad de nuevos y viejos movimientos sociales y también de ciudadanía de izquierdas que “vuelve a la vida política”. Entre los firmantes del manifiesto se encuentran sindicalistas como Joaquín Nieto, Ramón Górriz, Luis Felipe García Calvo, María Luisa Sanjosé y Carmen Sanjosé, los economistas Jesús Albarracín y Pedro Montes, miembros activos de colectivos pacifistas y de solidaridad como Manuel Garí, Acacio Puig, Antonio Flórez y Luis Suárez-Carreño, profesores de universidad como Javier Maestro, Jaime Pastor, Pilar Soto y Jaime Gil, periodistas como Pepe Mejía y Miguel Romero... En sociedades como ésta, en las que la atomización social parece ser norma, incluso modestas convergencias como ésta nos llenan de satisfacción.*

Por la reconstrucción de la izquierda. *«Somos un colectivo comprometido con la reconstrucción política y organizativa de la izquierda transformadora en condiciones que sabemos difíciles. Difíciles porque la bancarrota del “socialismo real” no está conduciendo a salidas favorables para las sociedades del Este; difíciles porque asistimos a la pauperización y expolio crecientes del “Tercer Mundo”, y difíciles porque en las metrópolis encaramos la ofensiva neoliberal de un capitalismo en profunda crisis, que arroja un saldo de paro, pobreza, insolidaridad, deterioro de las libertades y dramáticos brotes de racismo, xenofobia y violencia fascista, en el triste contexto un planeta agredido por políticas depredadoras que minan su futuro.*

Una nueva etapa. *«Ante la nueva etapa histórica, es preciso restaurar la fortaleza ideológica, política, cultural y moral de la izquierda para afrontar la nueva realidad y los cambios que están teniendo lugar en las sociedades. Ello requiere, en primer lugar, reconocer la crisis de las viejas identidades colectivas y revisar las concepciones organizativas que sustentaron las distintas corrientes políticas. Y, en segundo lugar, reconstruir los análisis globales y formular proyectos generales que den respuesta a los múltiples problemas que recorren al mundo y a la diversidad de*

situaciones que se registran en el planeta, evitando caer en dogmatismos, pero sin eludir la crudeza de los conflictos políticos que la naturaleza del capitalismo engendra.

Tanto a escala internacional como en algunos países hay intentos de reconstrucción de fuerzas críticas del sistema, a los que no queremos ser ajenos. A partir del reconocimiento y el respeto a las legítimas diferencias de las distintas corrientes, se buscan ámbitos de participación democráticos y pluralistas con el fin de avanzar en interpretaciones, proposiciones y acciones comunes que fortalezcan ideológicamente a la izquierda y refuercen su eficacia política.

En dicho proceso, IU es un polo de referencia ineludible por su presencia estatal, por su apoyo electoral, por su papel institucional, por su concepción organizativa abierta y por la voluntad democrática y pluralista que recogen sus estatutos.

Un ámbito válido. «Reconociendo las diferencias entre quienes procedemos de una izquierda alternativa y radical y la actual IU, cuya mayoría ha estado vinculada a una tradición política distinta, y reconociendo las tensiones y dificultades que el ejercicio de un verdadero pluralismo implica, pensamos que IU brinda un ámbito válido de intervención política donde, con otras corrientes, extraer en común lecciones del pasado, entablar un diálogo teórico e interpretativo y responder juntos a los grandes retos del presente y del futuro, todo lo cual justifica apostar por compartir también un marco organizativo común, democrático y pluralista.

Una actuación colectiva. «Con el propósito de mantenernos cohesionados y actuar colectivamente según estos perfiles, ingresamos en IU como un sector de la izquierda alternativa con la aspiración de integrarnos en las asambleas locales y de sector y en las áreas de intervención; de participar en los debates que recorren al conjunto de la izquierda y a la propia IU; y de contribuir a la elaboración de propuestas y alternativas.

Nuestra participación en IU persigue también, en la medida de nuestras posibilidades, su refuerzo como una organización estructurada confederalmente, democrática y pluralista, y la revitalización de su actividad interna, de sus asambleas y de las prácticas democráticas.

Consideramos que nuestra experiencia será seguida con atención por otras personas comprometidas con nosotros en levantar un proyecto alternativo para la izquierda, cuyo resultado influirá en sus futuras actitudes.

Finalmente, declaramos nuestra intención de mantener relaciones abiertas con las corrientes actuales de IU, con el afán constructivo de buscar coincidencias y evitar discrepancias artificiales que nos debiliten ante las enormes tareas que la izquierda tiene por delante».

4 de diciembre. 3.000 mujeres muestran los nuevos rostros del feminismo

El éxito de las Jornadas Feministas celebradas los pasados 4, 5 y 6 de Diciembre en Madrid, no se encuentra sólo en la asistencia de tres mil mujeres venidas de todos los puntos del Estado español, ¡qué ya es mucho!, sino en la activa participación de todas ellas, convirtiendo las abarrotadas aulas de la Facultad de Medicina en un hervidero de ideas y experiencias, y sus pasillos en espacios de divertida convivencia.

Trabajadoras asalariadas, paradas y prostitutas; cristianas y agnósticas; lesbianas, heterosexuales y transexuales; jóvenes y cuarentonas; ecologistas, sindicalistas... todas encontraron su sitio, tomaron la palabra y entablaron el diálogo en torno a los cincuenta talleres que se desarrollaban.

Este es el gran acierto de la Coordinadora de Organizaciones Feministas, quien convocaba y organizaba las Jornadas: haber animado y facilitado el encuentro entre muy diversos grupos de mujeres que expresaban distintas preocupaciones y reflexiones. Se daba cuenta así de lo que durante estos últimos años ha venido sucediendo: la extensión del feminismo a nuevos campos y espacios, la incorporación de nuevos colectivos de mujeres.

Hacia cinco años que se habían realizado las anteriores Jornadas convocadas por la Coordinadora; en aquella ocasión se discutió acerca de la violencia machista.

Pluralidad de feminismos. Desde entonces se ha pasado del singular a hablar de pluralidad de feminismos: de la distinta expresión de prácticas, ideas y formas organizativas con que se manifiesta la rebeldía de las mujeres. Ese proceso abría el campo de debate, ofrecía nuevas experiencias prácticas, nuevo diálogo con otros movimientos. Pero todo ello se ha ido haciendo a trompicones, de forma dispersa y a veces con cierto desconcierto. Por eso las Jornadas eran también, en alguna medida, una incógnita.

Sin embargo, han sido precisamente muchos de los aspectos más positivos de la andadura feminista de estos años lo que ha hecho eclosión en estos días. Lejos queda la idea de crisis que preconizan agoreros o a quienes molesta e inquieta el feminismo. No quiero decir con esto que el feminismo haya permanecido incólume o no se vea afectado por la crisis que alcanza a todos los movimientos que impulsan un proyecto emancipador; ni que enfrentarse a los nuevos problemas no implique en algunos casos cambios considerables respecto a prácticas o rutinas anteriores, con lo que de crisis todo ello puede suponer. Pero quizás sea por su capacidad de renovación y de revisión crítica de sus planteamientos, por lo que ésta aparece como una crisis que lejos de cerrar puertas abre nuevos caminos.

Y no podría ser de otra forma: la situación de las mujeres no era la misma hace quince años que ahora. Quizás lo que más ha cambiado en estos años somos, precisamente, las propias mujeres; la oposición a que se nos asigne un destino y se nos imponga lo que debemos ser; la pelea por la autonomía de criterio, de opción... y ¡de vida!. Y ello en todos los campos: desde el de la sexualidad al del trabajo.

Ésta es la nueva realidad que ha propiciado el movimiento feminista y a la que

ahora también tiene que rendir cuentas. Discursos que antes podían despertar la rabia y las ganas de actuar al desvelar la injusticia de las situaciones que se vivían, hoy pueden resultar ajenos, pues las mujeres no se sienten ya víctimas de imponderables, sino que quieren también formular sus deseos y aspiraciones.

Deseos y necesidades. Quizás sea éste uno de los motivos que explica el “agotamiento” del discurso de la igualdad. No me refiero al de quienes hacen de la igualdad formal el objetivo en sí mismo del feminismo, es decir no me refiero al feminismo institucional. Sino a los límites y obstáculos que encuentra la lucha por los derechos civiles. Haber conseguido cambios legislativos o, en otro orden de cosas, mayor presencia de mujeres en distintos ámbitos (por más que tanto en un terreno como en otro quede mucho por lograr), ha evidenciado también sus límites: ni lo que dice una ley o lo que hace una mujer, por más que esté situada en el más alto escalafón del poder, deriva necesariamente en derechos para todas.

Sin duda en el futuro inmediato temas como la modificación del Código Penal, la ley de aborto o las medidas respecto al mercado laboral requerirán debate y acción del movimiento como interlocutor social que es; pero el impulso, el entusiasmo, la fuerza del movimiento feminista se expresará si se logran formular nuevas estrategias y mensajes que recojan y expresen, junto con la denuncia, esos deseos y necesidades que el ser sujetos activos y autónomos, comporta para las mujeres.

Un diálogo. Uno de los retos que, desde mi punto de vista, hay por delante, tiene que ver precisamente con lo que tanto se ha destacado en las Jornadas: la diversidad de realidades y experiencias de las mujeres, que choca contra cualquier intento de imposición normativa de lo que una mujer “debe ser”. Esto que ahora nos resulta evidente, hemos ido aprendiéndolo, constituye una premisa para que se pueda expresar la realidad de las mujeres, y así se ha evidenciado claramente en las Jornadas.

Pero tampoco esa sola constatación resuelve otros problemas que me gustaría apuntar: ¿cómo establecer un diálogo más permanente y fructífero en el que quepa la crítica a esas mismas experiencias sobre las que se constituye la identidad de cada cual, o las ideas que hacen a los grupos? ¿Cómo articular esa diversidad de prácticas y reflexiones sin encerrarlas en planteamientos uniformizadores? Eso queda por delante, quizás ahora no sea fácil encontrar respuesta, quizás será sobre nuevas experiencias como podamos ir despejando estos interrogantes.

Teoría y práctica. También en el terreno de las ideas, del pensamiento feminista, se han abierto nuevos campos. En las dos mesas redondas que hubo en las Jornadas: “Sexualidad y género” y “Diversos enfoques de la Teoría Feminista” se abordaron algunos aspectos.

Junto con el debate que planteaban las ponentes, y del que en este espacio es imposible dar cuenta, se suscitó otro: la relación entre la teoría y la práctica; entre “las académicas” y “las de las organizaciones”. Quizás todavía cuesta generalizar el “nosotras” para incluir realmente a todas y no ver a quienes desarrollan el feminismo en el mundo académico como “las otras”; quizás también a algunas les cuesta renunciar a tanto concepto abstracto cuando tienen fácil traducción al lenguaje coloquial. Pero el fondo del debate remite a la falta de validez de la teoría que no acompaña a la

acción práctica, ni de una acción práctica que no “inventa” y renueva los presupuestos teóricos del feminismo. En ese proceso, los límites entre “académicas” y “no académicas” se desdibujan: ¿acaso no se hace teoría desde ambos campos? Si no es así, algo estaremos haciendo mal.

Debates generales. Las Jornadas pusieron de manifiesto que el movimiento feminista, como movimiento de ideas que también es, se encuentra inmerso en el debate más general de crítica y reformulación de conceptos que han presidido el pensamiento y la acción de las sociedades occidentales. En las Jornadas se han abordado aspectos de este debate. Algunos hacen referencia a críticas formuladas desde antiguo: la relación entre las esferas pública y privada; la crítica al modelo económico y la centralidad de la producción de mercancías. Y se entró a discutir la crisis del modelo de desarrollo, la idea de progreso, de bienestar y la relación del feminismo con la ecología. Otros debates tienen su origen en la también “vieja” crítica al sujeto y entronca con la discusión sobre lo que lo femenino y lo masculino conforman en las personas.

Unas Jornadas nunca zanjaban debates, si es que eso pudiera darse, ni resuelven problemas, en todo caso crean otros nuevos. Estas Jornadas lo han logrado y también a ello deben su éxito. Serán sin duda un punto de referencia en el debate y en la necesaria formulación de nuevas estrategias para la acción feminista. **Justa Montero**

2 el desorden internacional

Francia

El Estado y la socialdemocracia

Jacques Kergoat

Si hay un país en el que el fracaso de la socialdemocracia y de su política en el Gobierno es evidente, ese país es Francia. No es que haya que ceder ante afirmaciones sumarias acusándoles de haber hecho la misma política que la derecha —lo cual es falso— ni considerar que, en lo que ha sido hecho, nada merece la menor consideración: hay, por supuesto, en el conjunto, luces y sombras. Pero en general, el balance es descorazonador.

Raramente tantas buenas intenciones declaradas se han transformado directamente en su contrario. La vuelta al pleno empleo —y los 2.500.000 empleos que debían ser creados en cinco años!— se han transformado en 3 millones de parados. El aumento “regular” y “sustancial” de los salarios y del poder de compra se ha transformado en estancamiento y retroceso. La institución de la escala móvil se ha convertido en la desindexación de los salarios. Las desigualdades sociales se han agravado; se han extendido las exclusiones sociales y el racismo; las referencias a la lucha de clases se han convertido en un canto a la “cultura de la empresa”, y el discurso “antiimperialista” de Cancún ha desembocado en el apoyo a la política americana en la guerra del Golfo ^{1/}.

¿Cómo ha sido posible todo esto? No es muy razonable imaginar que la totalidad de los dirigentes del Partido Socialista funcionan como Mister Hyde y el Dr. Jekyll: cuando predicaban la “ruptura con el capitalismo” en sus discursos dominicales, su única preocupación habría sido, en realidad, buscar la mejor forma de satisfacer los deseos de los capitalistas, mientras se preparaban en secreto para explotar aún más a los asalariados de este país. La historia no se lleva bien con este tipo de fantasmas.

^{1/} La ciudad de Cancún, en México, acogió una cumbre sobre la cooperación y el desarrollo en octubre de 1981.

Sin duda los socialistas contaban en sus filas con algunos cínicos notorios. Pero la mayor parte de ellos llegaron al poder con la voluntad de mejorar la suerte de las capas populares y convencidos de que esa sería la huella que dejarían en la historia.

¿Dónde ha estado el error?

Es de buen tono, entonces, culpar al programa por el que fueron elegidos, las 101 propuestas de Mitterrand, salidas del "Proyecto Socialista", él mismo hijo del Programa Común **2**. Los reproches que se realizan a ese programa son de naturaleza diversa. Para algunos, cedía a la demagogia y al énfasis "revolucionarista", lo cual no es falso. Para otros, era en cuanto al fondo sencillamente reformista y no tomaba la medida de la amplitud de los cambios que había que efectuar, lo cual es indudablemente cierto. Y para otros, era prisionero de una lógica estatal y nacional que no había tomado la medida de la mundialización de la economía, lo que tampoco es mentira. El debate es bastante difícil de llevar a su término, por una simple razón: este programa no ha sido aplicado nunca.

Si lo hubiera sido, se habría visto sin duda, que a pesar de todos sus límites, su dinámica podía desembocar en muy reales cuestiones de transformación social. Y no es evidente que si los socialistas hubieran dispuesto de un programa que tuviera en cuenta los cambios que se estaban produciendo en el mundo, que integrara los límites del productivismo y las cuestiones nuevas que planteaba la mundialización de la economía, lo habrían aplicado más que éste.

La segunda explicación avanzada es la de las obligaciones y presiones exteriores. Es indudable que existían. Pero no se deriva de ello que era imposible afrontarlas, ni que otra política que la aplicada fuera inviable **3**. Conviene desde este punto de vista, recordar que entre los que insisten hoy en la mundialización de la economía, hubo quienes tomaron claramente posición, en 1982-1983, a favor de medidas de tipo proteccionista. Y conviene rechazar que las "obligaciones y presiones exteriores" pesaban en todos los terrenos y todas las decisiones posibles: la tasa de paro no necesitaba forzosamente que los socialistas renunciaran al «gran servicio público y laico de la educación nacional» que tanto habían anunciado **4**.

Queda entonces una tercer explicación: la ausencia de fuerzas en la sociedad capaces de movilizarse a favor de cambios substanciales. Se nos pinta entonces un marco idílico de dirigentes socialistas profundamente convencidos de la necesidad de ir

2/ El Programa Común, firmado en 1972, era un programa para una alternativa gubernamental de izquierda. Reunía a los partidos socialista y comunista así como al Movimiento de los Radicales de Izquierda, en lo que se llamaba entonces la Unión de la Izquierda.

3/ Mitterrand dio en una época el sentimiento de que podía comprenderlo: «Hay dos formas de abordar una reivindicación social. La primera consiste en sumar las dificultades para justificar que se renuncia a ella. La segunda en considerar que se trata de una exigencia de justicia y que, si se hace la cuenta de los obstáculos es con la voluntad de superarlos». *Ici et maintenant*, Fayard, 1980.

4/ También se puede matizar la afirmación según la cual una vez tomada la decisión de abdicar en el terreno económico, es decir de adoptar las tesis liberales, esta abdicación hacía imposible cualquier iniciativa en otros terrenos. (Ver Halimi, Serge: *Sisyphé est fatigué*, Laffont, 1993)

adelante, hacia la ruptura con el capitalismo, y contemplando con desesperación una base que se niega a apoyar sus esfuerzos, poco dispuesta a movilizarse, que no desea verdaderamente cambios reales. En definitiva, son las limitaciones de aquellos a los que llamaban los «actores del cambio» lo que habría frenado el celo transformador de los dirigentes socialistas. Se produce entonces un deslizamiento hacia una visión del voto de 1981 que se caracteriza como “anti-Giscard” más que como “pro-Mitterrand” /5.

Se comienza a trivializar la experiencia, se explica que, a fin de cuentas, se trataba de unas elecciones, no de una revolución /6. Ciertamente, pero el problema es que una descripción como ésta tiene poco que ver con la realidad. En primer lugar porque la elección de Mitterrand no se debió al realineamiento más o menos discreto de fracciones de la pequeña burguesía anti-giscardiana: el 90% de los electores chiraquianos que votan a favor de Mitterrand en la segunda vuelta son asalariados /7. Y la voluntad de cambio aparece como antigiscardismo, pero por voluntad de que se efectúen “grandes cambios en la sociedad”.

La sociedad en el punto de mira

Es cierto que el electorado miterrandista había debido enfrentarse previamente a la ruptura de la Unión de la Izquierda, y luego a la ruptura de la unidad sindical y su consecuencia en las luchas /8. Pero es exagerado pensar que la «desmovilización deliberada de los movimientos populares» hacía que el pueblo de izquierda no pudiera ya ser actor de una política de cambio /9. Su fracción más activa había conscientemente asumido que, como ya no se podía, en lo inmediato, ganar el cambio por las luchas, se podía intentar obtenerlo por las urnas. Esto no significaba ninguna renuncia, sino simplemente un rodeo obligatorio.

No es posible pues exonerar a los dirigentes socialistas, en nombre de no se sabe qué pasividad de su base social: son ellos, lo que una vez en el poder, conscientemente, la han hecho pasiva. Las raíces de un balance tan desastroso deben buscarse en realidad en dos direcciones.

La primera tiene que ver con la relación con el Estado que mantienen los socialis-

5/ Valéry Giscard d'Estaing fue presidente de 1974 a 1981, y dirige un partido de derechas, la Unión por la Democracia Francesa (UDF).

Mitterrand ganó las presidenciales de 1981 y convocó nuevas elecciones para la Asamblea nacional en las que los socialistas consiguieron la mayoría de los escaños.

6/ Ross, Georges, Hoffmann, Stanley y Malzacher, Sylvia: *The Mitterrand Experiment*, Oxford University Press, 1987.

7/ Jacques Chirac era candidato en la primera vuelta de las presidenciales de 1981, por el partido de derechas, *Rassemblement pour la République (RPR)*. En la segunda vuelta, se le reprochó el “dividir a la derecha” al no pronunciarse claramente por un voto a favor de Giscard contra Mitterrand.

Chirac es actualmente alcalde de París y probablemente candidato de su partido en las próximas presidenciales en 1995.

8/ La Unión de la Izquierda estalló en 1977, justo antes de las legislativas de 1978.

9/ Berger, Denis y Maler, Henri: «Bâtisseurs de ruines». *Futur Antérieur* n° 17, 1993) pueden dar la impresión de compartir esta tesis.

tas. Sería ciertamente posible cerrar enseguida el debate. Bastaría con recordar que el Estado, en la sociedad en las que ha sido puesto en pie por la burguesía, es un sistema construido para preservar el orden existente, no para cambiarlo, y que esto es aún más cierto en el caso del "Estado fuerte" montado por el general de Gaulle; y que, sin modificar fundamentalmente la naturaleza de este Estado —por medio de lo que en tiempos de menos pudor se llamaba sencillamente una revolución—, el instrumento del que creen poder servirse los reformadores juega constantemente al burlador burlado, es decir se vuelve contra los torpes que quieren hacerle cumplir otra función que aquella para la que fue concebido. Afirmación que, a decir verdad, aparece ampliamente verificada por la experiencia socialista.

Los socialistas, esos neófitos

Es sin embargo interesante examinar cómo los socialistas han abordado la cuestión del Estado. El Proyecto Socialista no había ignorado esta cuestión. En el Estado, «el movimiento obrero ha sabido siempre reconocer el instrumento de una dominación de clase y de la perpetuación de ésta en el dominio de la sociedad» /10.

Ha habido mucho trecho desde las palabras a la realidad del ejercicio del poder. ¿Estimaron los socialistas que su llegada al Gobierno significaba que otra clase dominaba y que en adelante el Estado, que tan bien había servido a una clase, podía, tal cual, servir a otra? No se sabe. Después de proclamar la tesis anterior, abordaron el Estado como un instrumento neutro, pero probablemente muy útil, como un juguete especialmente fascinante porque anteriormente les había sido prohibido. Y se acercaron a él, en general, con el respeto, la modestia, incluso la deferencia de los neófitos.

¡Cuántas veces hemos oído repetir que en el equipo ministerial de 1981, sólo Gastón Defferre había sido ya ministro, y que los demás no tenían ninguna experiencia del Estado! En definitiva, si había problemas, no eran debidos en absoluto a la herramienta, a sus malformaciones o sus resistencias, sino a la inexperiencia de los usuarios, que no dudaban por otra parte en lamentarlo en público, en excusarse ante el Estado. Por supuesto, el Estado, por lo que a él se refiere, consideraba de forma divertida a estos recién llegados. ¿Por siete años, verdaderamente? ¿Seguro? ¿Qué conoce esta gente de los expedientes? ¡Ay, los expedientes, el conocimiento de los expedientes, último refugio del funcionariado recalcitrante!

La resistencia del Estado irritó, sin duda, a algunos. Nos acordamos de la entrevista dada a la radio por Louis Mermaz /11, el día del congreso de Valence, en 1981, denunciado la campaña contra los profesores barbudos, rústicos e ignorantes que iban a ocupar el Estado: «Pero bueno, ¡nosotros también sabemos utilizar un cuchillo de pescado!». La ironía está bien aquí, pero designaba la altura de sus ambiciones: ser reconocido por el Estado. La combatividad se agotó entonces en hacer admitir que se era, en definitiva, como los demás, y tan dignos como ellos de ocupar el Estado con sus fastos y sus reglas.

10/ «Proyecto socialista para la Francia de los años 80», *Club socialiste du Livre*, 1980.

11/ Antiguo ministro y antiguo presidente de la Asamblea nacional, compañero de Mitterrand desde la UDSR desde hace ya más de 40 años.

Sin duda hay altos funcionarios leales, impregnados del espíritu del servicio público. No se deduce de ello sin embargo que sean los más capaces de poner en marcha las reformas, aplicarlas y hacerlas triunfar. Y sobre todo, existen también altos funcionarios con una confesada hostilidad, altos funcionarios de una hostilidad sorda, altos funcionarios, sencillamente que, prefiriendo la tranquilidad al cambio, están predispuestos a señalar el irrealismo y la irresponsabilidad de los proyectos. Si se decide no tocar este micro-medio e intentar su reconocimiento, hay que pagarlo.

Se paga en complicidades, en bromas sobre los programas de antes de 1981, cuando no se conocía aún las realidades del Estado, en renunciaciones en principio *soft*, y luego cada vez más tangibles. Hacía falta para todo esto un ropaje conceptual. Se inventó entonces la "cultura de Gobierno", lo que le ofreció la ventaja suplementaria de poder reírse de todos los arcaicos y pasados de moda que se quedaban en la "cultura de oposición".

Una vez hecho esto, los socialistas no se contentaron con soportar en silencio al colérico Estado en el que se habían visto obligados a instalarse. Lo utilizaron y con buen apetito. Y Mitterrand, explicando que la Constitución de la V República era peligrosa para las libertades antes de él, que lo volvería a ser después de él, pero que él podía muy bien acomodarse con ella, legitimó cínicamente estas prácticas /12.

Sin embargo, habían previsto reformar un poco. Habían puesto sus ideas negro sobre blanco en el "Proyecto socialista para los años 80": mandato de cinco años, modificación del artículo 11 (sobre el referéndum), del artículo 19 (proporcional integral), fin del voto bloqueado /13.

Pero, en realidad, los socialistas, los mejores de ellos, consideraron que el Estado era un campo de reformas como cualquier otro y que no era el más urgente en relación con las esperanzas populares. Se comportaron como si no supieran que el Estado era el instrumento para las reformas, y que había que reformarlo en primer lugar, intentar hacer de él una herramienta adecuada para esa tarea. Y repetimos, los que pensaban así eran los mejores.

Reformados por el Estado

Y luego, como ese intacto Estado no se comportaba bien, los mejores bajaron los brazos, y los menos buenos ocuparon el primer plano. Éstos apreciaron bien las contrapartidas que les ofrecía el Estado al que tan servilmente servían: los aviones oficiales, los R-25... /14. El dinero, en todo esto, no fue más que una facilidad suplementaria, uno de los comodines del juego de naipes que se les había ofrecido.

12/ En 1958, durante la crisis política que marcó el comienzo de la guerra de Argelia, Charles de Gaulle salió del retiro que se había impuesto y constituyó la Quinta República, basada en una constitución autoritaria que da, en última instancia, todos los poderes al presidente. El artículo 49-3 permite al Gobierno hacer pasar una ley sin discusión por el Parlamento, bajo su responsabilidad.

13/ El voto bloqueado designa la práctica por la cual un diputado miembro de un grupo parlamentario puede votar por todo su grupo durante los escrutinios en la Asamblea Nacional.

14/ Los aviones del GLAM, reservados a los miembros del Gobierno, han sido utilizados a menudo para usos particulares. El R-25 es el modelo de lujo de Renault atribuido a cada diputado.

¡Así volaron las veleidades de reformar el Estado! Pues enfin, esta vez, no ha sido tiempo –doce largos años– lo que ha faltado. Pero es ahora, la víspera de una partida que se sabe próxima, cuando Mitterrand, después de haberse servido abundantemente, durante estos doce años, de todas las facilidades que ofrecía la Constitución monárquica de la V República, acaba de plantear su retoque. Pero la realidad es que los socialistas no han querido tocar nada del Estado tal como era, de la Constitución gaullista que tanto habían denunciado. No han cambiado el Estado; el Estado les ha cambiado a ellos.

El segundo elemento que explica el balance tiene que ver con la relación con el “movimiento social” que han mantenido los socialistas.

En efecto, el Partido Socialista había adoptado, en 1974, unas tesis sobre la autogestión. El Proyecto Socialista elaborado para las elecciones presidenciales de 1981 habla aún, bajo el título «El hermoso riesgo de la democracia», del «socialismo autogestionario de mañana». Sin duda la referencia a la autogestión no figura en las 110 propuestas de Mitterrand: apenas formaba parte, a decir verdad, de su perfil político. Pero se recordaban aún algunos temas de su precedente campaña: «Ellos quieren conservar su poder; nosotros queremos entregárselo».

En el propio partido, la corriente rocardiana había hecho del antiestatismo, del lazo con el movimiento social y de la autogestión, la bandera de la “segunda izquierda”. El CERES de Jean Pierre Chevènement defendía sistemáticamente la articulación entre el movimiento de abajo y el movimiento de arriba. Hasta Pierre Mauroy, una vez instalado como Primer ministro, no dudaba en reclamar la movilización de los “actores del cambio” /15.

Cañones de agua

Estas buenas intenciones proclamadas no fueron nunca puestas en práctica. Los diferentes Gobiernos socialistas no intentaron nunca movilizar a los “actores del cambio”. La mayor parte del tiempo, eligieron, bien ignorarlos, bien confinarlos en la pasividad explicándoles que había que dejar hacer al Gobierno, tener confianza y no molestar con manifestaciones siempre intempestivas, o les llamaron para hacer de claqué, una vez sacada de la chistera la propuesta gubernamental. Y cuando los actores del cambio se movilizaron realmente, los socialistas en el poder percibieron esta

15/ Michel Rocard era el dirigente de una organización de izquierda radical, el Partido Socialista Unificado (PSU) a finales de los años 60. Con una parte de la dirección de ese partido se pasó al Partido Socialista en 1974. Ha sido primer ministro de 1988 a 1991.

Jean Pierre Chevènement es el dirigente de la corriente de izquierda del PS llamada *Centre d'étude, de recherche et d'éducation socialiste* (CERES) luego convertida en “Socialismo y república”. Fue ministro para la Educación Nacional y luego ministro de Defensa, antes de dimitir durante la guerra del Golfo. En 1992, fundó el *Mouvement des citoyens* (Movimiento de los ciudadanos) que, contra la mayoría del PS, llevó a cabo una campaña a favor del “no” en el referéndum sobre el tratado de Unión Europea de Maastricht. Tras las legislativas de marzo de 1993, el *Mouvement des citoyens* rompió con el PS.

Pierre Mauroy es uno de los pilares de la corriente “mitterrandista” del PS y uno de los jefes políticos del Norte de Francia, antiguamente región minera y bastión socialista. Fue el primer Primer ministro de Mitterrand hasta 1984, cuando fue reemplazado por Laurent Fabius, entonces un joven tecnócrata.

movilización como una señal de desconfianza, incluso como un complot cuyos iniciadores clandestinos variaban /16.

Está claro que la hostilidad era evidente en ciertos casos, cuando se trataba de movilización contra proyectos gubernamentales de evidente nocividad: la lista va desde el conflicto de la siderurgia hasta el asunto de las deslocalizaciones en 1992 /17. Pero, en bastantes otros casos, el Gobierno habría podido llamar a la movilización popular o apoyarse en ella: eligió al contrario oponerse a ella, desacreditarla y romperla.

El cañón de agua de las fuerzas de policía contra el movimiento de las enfermeras será el símbolo de esa política. Quedará a menudo, para los “actores del cambio”, el sentimiento no sólo de que no había necesidad de ellos, sino de que el cambio que deseaban no era –o ya no era– el que querían los socialistas en el poder.

Sigue en pie pues la cuestión: ¿por qué los socialistas en el poder eligieron no llamar a la movilización popular? Las razones son sin duda múltiples.

Pero la razón fundamental es que sentían que esa movilización podría llevarles más allá de sus pequeñas reformas y de sus objetivos iniciales, porque ir más allá significaba asumir un tipo de enfrentamientos con las clases dominantes que no querían en absoluto, tan seguros estaban de perderlos, y que serían así anulados los avances, “a pequeños pasos”, que creían acumular.

No obstante, no hubo tampoco avances a “pequeños pasos”. El resultado es conocido. El resultado es también un movimiento social atrofiado, amargo, desconfiado. El resultado es un partido socialista que no puede ya cumplir con el papel de traductor del movimiento social (a falta de ser su iniciador), de intermediario entre éste y el Gobierno, a su vez gangrenado por el Estado.

En este contexto el CERES trocó la “ruptura con el capitalismo” por un republicanismo de ley. En ese contexto siguen cohabitando dos alas en el seno del movimiento rocardiano –el ala autogestionaria y el ala tecnocrática– evaporándose la primera para dejar sólo subsistir a la segunda. Se sabe menos en qué cambian los mitterrandistas y lo que tenían que abandonar de sus convicciones anteriores.

Pero es ya la política de la “segunda izquierda”, tan criticada en otro tiempo, la que practican abiertamente, al menos en su “realismo económico” más penoso. Fabius como Primer ministro llevaba a cabo ya la política de Rocard. El discurso rocardiano del *big-bang* sistematiza una perspectiva, la del “partido demócrata a la americana”, que Fabius ya había planteado /18.

El Partido Socialista tiene hoy muchos futuros posibles. El más probable es quizá la vuelta a una estructura que reagrupe al propio partido, sus corrientes y sus aliados

16/ Estos fueron los “ayatollahs” en la huelga de los especialistas de Renault-Flins, los “comunistas” en el conflicto de la siderurgia, los “terroristas” salidos del movimiento autónomo en las primeras acciones que reclamaban el derecho a la vivienda, los “trotskistas” en el caso de la huelga de las enfermeras, y los dirigentes de la Izquierda Socialista -una corriente del PS sin embargo ligada a la dirección- en las manifestaciones de los estudiantes de enseñanza media.

17/ El conflicto con los trabajadores de la siderurgia tuvo lugar en 1982-83 cuando la industria del acero francesa fue racionalizada -es decir virtualmente desmembrada- frente a las reestructuraciones continentales de ese sector. Esto tuvo efectos devastadores en los bastiones obreros del Norte y de la Lorena.

18/ En el curso de la campaña de las legislativas de marzo de 1993, Rocard llamó, en un discurso superdifundido en los medios de comunicación, a un “big bang” que iniciara un proceso de reagrupamiento político entre las fuerzas de “izquierda” y los centristas.

más próximos, una estructura flexible, de tipo federativo, menos partidaria. La segunda solución sería la construcción de una socialdemocracia "a la francesa". No se recrearán en Francia las condiciones que existen en los países nórdicos o anglosajones, pero podría existir algo más auténticamente socialdemócrata, una forma resueltamente partidaria, lazos tejidos con los sindicatos, las asociaciones, etc. Pero los dirigentes susceptibles de defender tal proyecto, Jospin, Mauroy, etc., no parecen en condiciones políticas para hacerlo.

¿Qué futuro?

La tercera posibilidad es la desaparición del Partido Socialista como partido ligado al movimiento obrero y su transformación en una formación que reuniría a lo que es el Partido Demócrata en los EE UU, es decir lo que ha sido preconizado por Michel Rocard en su discurso de Montlouis, bajo la denominación mediática de *big-bang*.

La coherencia del discurso es real. Se explica en primer lugar que la sociedad en general y los trabajadores en particular están evadiéndose del trabajo.

Una conclusión se saca inmediatamente de ello: al evadirse la sociedad del trabajo, no hay ya clases sociales, puesto que éstas estaban justamente definidas en función de su lugar en las relaciones de producción. No hay ya clase obrera, y es entonces arcaica la noción misma de movimiento obrero. Por ello, la idea de un partido ligado al movimiento obrero se hace obsoleta, al mismo tiempo que la voluntad de transformación social que encarna a través del socialismo.

El futuro pertenece pues a un modo de gestión bipolar de la sociedad: de un lado gente que están a favor de una gestión humana y social del capitalismo, del otro gente que preconiza una gestión más fría. Y la constitución de ese bloque "por una gestión humana y social del capitalismo" pasa por una fusión en el seno de un mismo partido con una parte de la derecha, con aquellos a los que Rocard designa como "centristas sociales", es decir, en lo esencial, la corriente de la democracia cristiana.

Se ven bastante fácilmente las consecuencias dramáticas que conllevará tal dispositivo. Es, dicho esto, poco probable que se plasme ahora en la práctica, no sólo debido a las reticencias en el seno del Partido Socialista, sino sobre todo porque los "centristas sociales", muy presentes en el Gobierno Balladur, no tienen ninguna razón para lanzarse a tal aventura.

Pero sería erróneo no ver en ello sino una pequeña maniobra táctica ligada a la próxima elección presidencial: se trata de un verdadero proyecto de reorganización de la sociedad francesa. Por consiguiente, resurgirá y deberá ser combatido.

INPRECOR n° 373/ Octubre de 1993/ París

¿El final del poder blanco?

Mark Harper

El 15 de octubre de 1993, el comité Nobel concedió su premio de la Paz a Nelson Mandela y a Frederick De Klerk. Esta recompensa refleja la satisfacción de la "comunidad internacional" sobre el curso de las negociaciones y su confianza en que los dos dirigentes van a continuar haciendo las concesiones y compromisos necesarios para permitir que las elecciones no raciales del 27 de abril de 1994 culminen el proceso.

Sin embargo, para la mayoría negra, la naturaleza de los compromisos concertados en estas negociaciones harán de las elecciones más un símbolo de la libertad que una fuente de poderes reales para transformar la sociedad.

La entrega del Premio Nobel tuvo lugar la víspera de la adopción por el Parlamento blanco de cuatro leyes que permiten la instauración de un Consejo Ejecutivo de Transición (TEC), de una comisión electoral, de una comisión sobre los medios de comunicación de masas y de una autoridad sobre la radio y la teledifusión, las tres independientes. Para el Congreso Nacional Africano (ANC) y su presidente, fue la señal de que la transición postapartheid era ya irreversible, e inmediatamente, Mandela hizo un llamamiento a las Naciones Unidas favorable al levantamiento de todas las sanciones no nucleares y militares.

Las cuatro leyes precedentes tendrán efecto a partir de que la Constitución provisional y la Carta de los Derechos ¹ hayan sido adoptadas por los negociadores y ratificadas por el Parlamento.

Por el momento, la respuesta popular ha sido modesta; no ha habido gran entusiasmo por lo que se ha realizado en las negociaciones y la única oposición consecuente a estos acuerdos ha venido de la derecha dura. Hace más de tres años que duran las negociaciones y las informaciones sobre las discusiones, los puntos de acuerdo, o las implicaciones de los acuerdos, han sido tan raras, salvo en los momentos de crisis aguda, que la inmensa mayoría lo ignora todo.

Mal augurio

David Welsh, un científico, politólogo liberal de primera línea, y ferviente defensor del proceso de negociación, afirma que «es una anomalía notable que los debates del Foro de negociación no hayan sido publicados, como se hace con los del Parlamento. Leyes de gran importancia están a punto de ser adoptadas precipitadamente por el Parlamento sin que la opinión pública haya tenido la posibilidad de estudiarlas, ni de conocer las principales cuestiones en debate. Igual que la Conferencia por un África

¹/ Se trata de una Carta con valor de fundamento constitucional sobre los derechos de la persona humana sin discriminación, pero trata también sobre el derecho de propiedad. El 17 de noviembre Mandela y De Klerk firmaron el borrador de la Constitución. Éste borrador se discutirá en el Parlamento actual. Cuando sea aprobado entrará en vigor Consejo Ejecutivo de Transición hasta las elecciones fijadas para el 27 de abril de 1994.

del Sur Democrática (CODESA), el Foro multipartidario corre el riesgo de convertirse en un club privado. Esto es un mal augurio sobre el estilo de Gobierno que nos espera en el futuro» /2.

Por su parte, las poblaciones oprimidas saben lo que viven día a día: la violencia permanente, las privaciones y la degradación rápida del tejido social en los ghettos.

Lo que se sabe menos, por el contrario, es que la pretendida Asamblea Constituyente que saldrá de las elecciones del próximo 27 de abril, estará ligada por 27 principios constitucionales ya adoptados durante las negociaciones. Toda decisión que esta "Asamblea Constituyente" quiera tomar será examinada por un Tribunal Constitucional a fin de asegurar que no contradice ni la letra ni el espíritu de estos principios. Aunque este Tribunal no se haya constituido aún, es evidente que estará integrado en su gran mayoría por jueces del antiguo Tribunal Supremo y por miembros de los tribunales oficiales. En otros términos, por gente que no será muy sensible a las necesidades e intereses de los trabajadores negros o de los pobres del campo.

La Constitución interina que estará en vigor durante la legislatura de la "Asamblea Constituyente" y hasta la adopción de una nueva Constitución, impone una mayoría importante para que se puedan tomar decisiones. Es probable, por consiguiente, que los pequeños partidos se coaliguen para bloquear toda decisión controvertida que el partido mayoritario quisiera que se adoptara. Esto significa que la Constitución que ha sido negociada por el Foro multipartidario, en el que nadie ha sido elegido, será finalmente adoptada, quizá con cambios menores, como Constitución definitiva del país.

Así, la instancia de negociación habrá despojado a la "Asamblea Constituyente" de su soberanía, haciendo de ella una asamblea formal privada de todo contenido real.

También se ha acordado que, durante al menos cinco años, estará en el poder un Gobierno de unidad nacional; todos los partidos que hayan obtenido al menos el 5% en las elecciones estarán representados en él. Si el ANC y sus aliados ganaran claramente esas elecciones, podrían tropezar con obstáculos considerables para llevar a cabo su propia política, aún cuando ésta no estuviera explícitamente en contradicción con los principios constitucionales. En definitiva, el Partido Nacional (PN), la extrema derecha y el Partido de la Libertad/Inkhata de Buthelezi podrán poner obstáculos a cualquier programa social progresista que un gobierno del ANC quisiera poner en marcha /3.

Federalismo y regionalismo

La Constitución interina contendrá elementos de federalismo y de regionalismo. Al comienzo, los comentaristas han señalado que la voluntad del Partido Nacional de llegar a un sistema muy federal y regional era una tentativa suplementaria de restringir los poderes de la Asamblea Constituyente y ejercer un veto minoritario bajo otra forma. Sin embargo, las disposiciones sobre los poderes de los Gobiernos regionales

2/ *Cape Times*, 7 de octubre de 1993.

3/ El partido Inkhata ejerce un estricto control sobre el bantustán Kwazulu. Se trata de una fuerza conservadora y reaccionaria que permite a una capa dirigente zulú explotar algunas ventajas socio-económicas del apartheid.

no absorben de forma exorbitante los del Gobierno central. Sus prerrogativas no van, de hecho, mucho más lejos que las de los antiguos Consejos provinciales blancos.

Los Gobiernos regionales tienen plenos poderes sobre todo en asuntos menores como el turismo, el urbanismo, etc. Sobre cuestiones como la vivienda, la educación, la agricultura y la policía, el Centro y las regiones tienen poderes concurrentes, y donde haya conflicto, la opinión del Centro será preponderante. El riesgo principal al que están expuestos los acuerdos sobre la cuestión de los Gobiernos regionales, es que las fronteras regionales no coinciden con límites "étnicos". Por el momento, está en proyecto un reparto en nueve regiones: el *Western Cape*, el *Nothern Cape*, el *Eastern Cape*, el Natal, Pretoria-Witwatersrand-Vereeniging (PWV), el Noroeste, el Estado libre de Orange, el *Nothern Transvaal* y el *Eastern Transvaal*.

Las negociaciones prosiguen sobre las fronteras y los poderes de las regiones. De Klerk ha prometido a Buthelezi que hará todo lo posible para arrancar un máximo de poderes y de descentralización para los Gobiernos regionales. Esto podría permitir a Buthelezi volver a las negociaciones, lo cual satisfaría la voluntad de miembros del gabinete De Klerk de establecer lazos más estrechos con el Inkhata. Los miembros de la dirección del PN no mantendrán su opción por un fuerte regionalismo más que si la Inkhata hace un gesto en su favor en el terreno electoral. En efecto, hasta ahora De Klerk parecía dispuesto a sacrificar una solución federal en el altar del reparto del poder con el ANC.

En nombre del "reparto del poder"

Igual que ocurriera con su reivindicación de una Asamblea Constituyente, la exigencia inicial del ANC de que hubiera un Gobierno de transición ha diluido su contenido. Se suponía que un Gobierno provisional reemplazaría al Gobierno del PN en el período de preparación de las elecciones democráticas. Sus primeras tareas habrían consistido en "preparar el terreno", es decir en permitir la libre actividad política y vigilar que ningún partido fuera privilegiado en razón de su influencia en los medios de comunicación, pero habría sido también el Gobierno del país durante el período de transición. En cambio, el Comité Ejecutivo de Transición (TEC), prefiguración del reparto del poder que tendrá lugar tras las elecciones, pero no reemplaza al Gobierno del PN, actualmente en el poder. Su papel estará limitado básicamente al control del Gobierno y sólo lo ejercerá conjuntamente con el gabinete realmente existente. El TEC estará compuesto de un representante de cada partido que haya tomado parte en el proceso de negociación y acepte someterse a su autoridad. Así, el Congreso panafricanista (PAC) aunque haya participado activamente en las negociaciones y sea favorable a la puesta en pie del TEC, no estará representado en su seno, ni en ninguna de sus instancias porque rechaza someter su rama armada, el Ejército Popular de Liberación Azania (APLA) al control del subconsejo de Defensa del TEC **4**.

Para que el TEC tome decisiones es necesario un 75% de votos afirmativos; sin embargo, tres de sus siete subconsejos –Defensa, Información, Ley y Orden– conta-

4/ El PAC es una escisión del ANC de fines de los años 50. Ha conocido un cierto crecimiento en el último período usando una retórica radical contra las negociaciones. Está, en realidad, muy dividido sobre la cuestión.

rán con ocho miembros y no tomarán decisiones más que si el 80% de sus miembros están de acuerdo. Así, el PN, que estará representado con al menos un miembro en cada instancia, tendrá virtualmente derecho de veto en ellas. Por poner un ejemplo, si De Klerk decretara el Estado de Excepción, serían necesarios el 80% de los votos en el subconsejo correspondiente para anular esta decisión.

El TEC no tiene pues nada que ver con el Gobierno provisional que el ANC reclamaba al comienzo de las negociaciones; sin embargo, habrá un cierto reparto del poder en su seno. En la mayor parte de los casos, el Gobierno estará obligado a tomar decisiones a su pesar, por miedo a perder el apoyo del ANC y de los demás partidos. Incluso antes de la puesta en pie del TEC, el Gobierno consulta ya al ANC sobre numerosas decisiones importantes y, en ciertos casos, busca activamente su apoyo.

Por ejemplo, el Gobierno ha declarado recientemente ciertas regiones del *East Rand*, en el Transvaal, zonas de disturbios y ha enviado allí al Ejército para hacer que cesen las violencias. De Klerk ha obtenido el acuerdo de Mandela antes de tomar estas medidas. Otro ejemplo aún más reciente y más significativo de iniciativa común entre el Gobierno y el ANC, ha sido la delegación conjunta que ha negociado el plan de reescalamiento de la deuda pública y que ha formulado la petición de préstamo al Fondo Monetario Internacional (FMI); se trata de un préstamo de 850 millones de dólares pretendidamente para combatir el hambre pero en realidad destinado al pago de la deuda.

Pero ha habido otros dos ejemplos recientes en los que el Gobierno ha ignorado la oposición del ANC y de otros sectores del movimiento popular y ha recurrido a una política de hechos consumados.

El Gobierno se ha enfrentado a la decisión del Foro Económico Nacional (NEC) de retrasar a diciembre el aumento del 7% del precio del petróleo, para reexaminarlo ⁵. Incluso bajo la amenaza de una acción de masas, ha confirmado el alza. Posteriormente, el Gobierno ha firmado unilateralmente un contrato para la producción de teléfonos sin hilo, a pesar de la oposición vehemente del ANC y del COSATU que querían que esta cuestión fuera decidida por el TEC.

Otra demostración de la autoridad gubernamental ha sido la decisión de hacer un registro en una casa de la ciudad de Umtata que se suponía era una escondite del APLA; la operación se ha saldado con la muerte de dos niños y tres jóvenes.

Dos vías de discusión

Pero las negociaciones prosiguen a pesar de la retirada de los partidos de derecha; Inkhata ha dado el portazo en junio de 1993, para protestar contra la forma en que ha sido fijada la fecha del 27 de abril para las elecciones. El Partido Conservador (PC) y el Frente Popular Afrikaner —una estructura que reagrupa organizaciones de extrema derecha— tampoco toman parte ya en las negociaciones de Kempton Park. La salida de las negociaciones de los Gobiernos de los bantustanes de Bophutatswana y del Ciskei ha permitido el nacimiento de una nueva alianza de derechas llamada “Alian-

⁵/ El NEC ha sido puesto en pie por el gobierno y los sindicatos a fin de negociar la reestructuración y la política económica postapartheid.

za de la Libertad”, que reúne a todos estos partidos y grupos de presión.

Dada la voluntad común del Gobierno y del ANC de obtener un apoyo amplio a un acuerdo negociado y evitar la crisis de legitimidad tras las elecciones, las propuestas elaboradas por los negociadores de Kempton Park son discutidas puntualmente con la Alianza de la Libertad. Parece que este doble proceso de discusión se va a convertir en la norma de funcionamiento: las negociaciones continúan en Kempton Park y hay consultas bilaterales con la Alianza.

Mientras De Klerk se esfuerza por hacer volver a la Inkhata de Buthelezi a las negociaciones, la existencia de la “Alianza de la Libertad” fuera del proceso, que amenaza con desencadenar la guerra civil, se manifiesta como una palanca muy eficaz para arrancar concesiones suplementarias al ANC.

Sigue la violencia

La guerra de baja intensidad continúa arrancando su tributo cotidiano de 18 muertes como media. En agosto de 1993, 350 personas han sido asesinadas sólo en la pequeña región constituida por los *townships* de Katlehong, Thokoza y Vosloorus. Aunque el epicentro de las violencias está localizado hoy en el *East Rand*, no han disminuido en Natal, donde el número de víctimas ha permanecido prácticamente constante desde 1990.

Sin embargo ha habido cambios entre los directores de orquesta de estos atentados. Es evidente que el gobierno del PN había puesto en marcha una estrategia de guerra de baja intensidad para debilitar el movimiento de masas, pero parece que ha perdido el control de su creación: las fuerzas de extrema derecha basadas en el aparato de seguridad parecen proseguir esta estrategia de forma más o menos independiente. El PN y el ANC han comprendido que las inversiones extranjeras y el relanzamiento económico seguirían limitados mientras la violencia permaneciera a ese nivel y hacen esfuerzos desesperados para reducirla.

Mandela ha afirmado recientemente, ante el Congreso sobre el Desarrollo Económico Mundial, que el alto nivel de la violencia disuadiría a los inversores y que, para el ANC, la primera prioridad sería hacer todo lo posible para contener los disturbios. Esto pasa por el apoyo a las operaciones de seguridad llevadas a cabo en los *townships* del *East Rand* y por cooperar con las fuerzas de seguridad. Pero la policía y el Ejército han dirigido su intervención contra la base social del movimiento popular: especialmente, las unidades de autodefensa y los bastiones del ANC.

El nivel de violencia, que prefigura posibilidades de guerra civil más intensa, ha ejercido una presión sobre el ANC para que hiciera más compromisos favorables al *establishment* blanco. Entre estos últimos, se cuenta el acuerdo según el cual todos los funcionarios guardarán su puesto tras las elecciones generales de abril de 1993. La garantía del empleo se aplicará a todos los sectores, incluso en los aparatos del Estado de Transkei, Bophuthswana, Venda y Ciskei y en los territorios “autónomos”. Sin duda para atenuar la cólera del movimiento de masas ha sido puesta en marcha una política de “discriminación positiva” para asegurar que más negros serán integrados en la función pública. También se ha acordado la inclusión en la Constitución provisional de una cláusula prohibiendo la *vendetta* contra los funcionarios.

Este acuerdo tiene sus raíces en un documento firmado por el presidente del Partido Comunista de África del Sur (SACP), Joe Slovo, que afirmaba que el ANC y el SACP deben estar preparados para llegar a acuerdos sustanciales con el régimen para evitar una guerra civil abierta.

Cuando apenas se había secado la tinta del acuerdo sobre los funcionarios, el nuevo Comité Ejecutivo central del COSATU planificaba una huelga general para el 15 de noviembre de 1993 a fin de oponerse a esta cláusula y a la de la Carta de derechos que autoriza a los patronos a despedir a los trabajadores. Esta decisión ha cogido al ANC y al SACP totalmente por sorpresa en un momento en que formaban parte de los acuerdos y estaban opuestos a la acción del COSATU. Una reunión apresuradamente convocada entre las direcciones de estas tres organizaciones no ha arreglado nada. En cualquier caso, Trevor Manuel, dirigente del departamento económico del ANC ha advertido que la huelga prevista sería tan desastrosa como la operación de Umtata, cuando se trata de atraer inversores extranjeros a África del Sur.

No repetiremos aquí los análisis sobre la relaciones de fuerza en África del Sur, que ya ha sido hecho en precedentes números de esta revista /6. Basta con recordar que la caída de los regímenes burocráticos en Europa del Este y la derrota parcial del levantamiento de 1984-87 se han combinado para producir una perspectiva negativa e incluso derrotista entre los dirigentes del ANC y del SACP, visión en la que un compromiso histórico con el régimen nacionalista —en el que el aparato de Estado permanecería en manos de los afrikaners conservadores y el poder económico en las de los monopolios— es considerado como inevitable. Muchos de los que, en la izquierda, han seguido la situación política de África del Sur, eran muy optimistas sobre la posibilidad de soluciones radicales al conflicto. Incluso en medio de los días oscuros de la represión bajo Pieter Botha, los movimientos de solidaridad en todo el mundo eran galvanizados por la amplitud, la combatividad y la retórica socialista de la resistencia obrera. Hoy la situación es muy diferente. Mientras que la fecha designada para elecciones no raciales y democráticas se acerca, las perspectivas políticas expresadas en el movimiento popular están dominadas por la idea de que no hay alternativa al capitalismo. La voluntad de reformar el capitalismo sudafricano y de compartir el poder con la clase dominante blanca se ha convertido en una posición dominante en la izquierda.

Congreso "extraordinario"

Todo esto ha sido evidente durante el último congreso extraordinario del COSATU, celebrado del 10 al 12 de septiembre de 1993. Este congreso debía determinar la posición electoral del COSATU y elaborar un programa de reconstrucción. A diferencia de los precedentes congresos del COSATU, que conocieron debates vigorosos, éste ha sido cuidadosamente organizado para dar la imagen de un máximo de unidad.

El congreso eligió a 20 personas en las listas del ANC para la Asamblea nacional y

6/ Ver «Un postapartheid sombrío» de Peter Blumer en *Viento Sur* nº2 y «Asesinato de Chris Hani, el símbolo de la izquierda del ANC» en *Viento Sur* nº 8.

a tres personas en una lista para el Parlamento regional. La mayor parte de los debates han versado sobre este aspecto del programa.

El ANC ha prometido ya que los miembros designados por el COSATU figurarían en la primera mitad de sus listas para las elecciones nacionales y regionales, garantizándoles así prácticamente un lugar en el Parlamento. La lista comprende gente como Jay Naidoo, antiguo secretario general del COSATU, Moses Mayekiso, secretario general del Sindicato Nacional de los trabajadores de la metalurgia (NUMSA), Alec Erwin, responsable de la formación del NUMSA, John Copelyn, secretario general del Sindicato de los trabajadores del textil y de la confección (SACTWU) y Marcel Golding, asistente del secretariado general del Sindicato de los mineros (NUM) ⁷⁷. Es interesante señalar que está subiendo la tensión entre el COSATU y el ANC a medida que se dan intentos de reconsiderar la situación de las personas nombradas por el COSATU para figurar en la mitad superior de las listas del ANC.

Si ya la nominación fue difícil, el COSATU no ha encontrado luego ningún medio de hacer que las personas nominadas a las listas del ANC le rindieran cuentas. Trabajarán bajo el mandato del ANC y el COSATU no podrá exigirles responsabilidades por su actividad en el parlamento.

Sam Shilowa fue elegido, reemplazando a Jay Naidoo, secretario general de la Confederación; desde el congreso de 1991, era vicesecretario general. Está considerado como un dirigente obrero que ha escalado en el aparato; es también miembro del Comité central del SACP y fiel a la línea general del partido.

Comprendiendo las presiones a las que va a estar sometido el Gobierno elegido, los trabajadores del COSATU quieren imponer al ANC un programa social y económico a cambio de su apoyo electoral: de ahí proviene la idea de un Acuerdo por la Reconstrucción. Sin embargo, cuando se lee la última versión del proyecto, que ha sido presentado por primera vez a los delegados a su llegada al congreso, no se encuentran huellas de una cláusula que no esté ya en el programa político del ANC. Como señalaba con sarcasmo un reciente artículo en el *South African Labour Bulletin*, «el COSATU intenta aparentemente ligar al ANC al programa político... del ANC» ⁷⁸. El paso de posiciones firmemente revolucionarias a otras en las que parece no haber ninguna alternativa al compromiso de la Confederación con la reconstrucción del capitalismo postapartheid, está materializado crudamente en este documento; este deslizamiento refleja la evolución análoga experimentada por el ANC y el SACP.

En la última versión, se dice, por ejemplo, que «la estabilidad macroeconómica es vital para el éxito de nuestro programa. Por esta razón fundamental, unas políticas fiscal y monetaria coherentes, estrictas y eficaces serán la piedra angular de nuestro programa de reconstrucción y de desarrollo». Una versión anterior afirmaba: «un acuerdo implica igualmente deberes, obligaciones y quizá compromisos, tanto por parte del movimiento sindical como del ANC, basados en las realidades; estamos

⁷⁷ Mosses Mayakiso y Alec Erwin, ambos del sindicato de la metalurgia y de la automoción, han sido durante los años 80 de los principales actores de la izquierda sindical, socialista e independiente. John Copelyn pertenecía también a esa corriente antes de pasar rápidamente a posiciones favorables a la corresponsabilidad en las empresas. Finalmente, Marcel Golding fue también durante un tiempo, en el sindicato de los mineros, un elemento de esta izquierda sindical reticente a las posiciones del ANC y del SACP.

⁷⁸ Roger Etkind y Suzanna Harvey: «Reconstruction Accord The Workers Cease Fire», SALB.

confrontados a ... probables bajas de salarios» y un llamamiento de la última versión a «una reorientación de los gastos del Gobierno que tenga en cuenta las limitaciones existentes», da la impresión de que los redactores, desde las oficinas de dirección del COSATU, se han convertido a las políticas económicas monetaristas más conservadoras.

El documento abandona posiciones políticas tradicionales del COSATU como la nacionalización de los sectores fundamentales de la economía. La fuerte inflexión hacia la izquierda del congreso del NUMSA, en julio de 1993, en el que el sindicato adoptó resoluciones a favor de nacionalizaciones sin indemnizaciones, el fin de la alianza con el ANC tras las elecciones del 27 de abril y la formación de un Partido de los Trabajadores, no ha tenido ningún eco en el del COSATU. La cuarta reescritura del Programa de reconstrucción y de desarrollo ha sido adoptada por el congreso como base de trabajo, con ciertos capítulos pendientes de reelaboración. Además han sido adoptadas resoluciones sobre la violencia, las negociaciones constitucionales, la reestructuración económica, los impuestos y la construcción de la unidad de la clase obrera. En lo que concierne a este último punto, se ha propuesto una «Cumbre de los trabajadores» que reuniera, antes de abril de 1994, al Consejo de los Sindicatos (NACTU) y los sindicatos independientes además del COSATU, así como una «Conferencia de la izquierda» con las organizaciones obreras de masas en junio de 1994 **9**. Esto enmienda una resolución del congreso de 1991 que llamaba a una «Conferencia sobre el socialismo». *Soutscan*, el boletín semanal del *Southern African Affairs* interpreta esta nueva versión de la resolución como una tentativa de excluir «a numerosas organizaciones revolucionarias relativamente pequeñas como la organización de extrema izquierda WOSA entre otras formaciones trotskistas» **10**.

La oposición en la base

Los compromisos y los deslizamientos hacia la derecha no se han producido sin resistencia y la oposición crece en la base del movimiento de masas, incluso si aún no es coordinada ni coherente. El congreso del NUMSA de este año representa una afirmación clara de la oposición de la base al abandono de las posiciones de clase radicales. Cómo va a traducirse en los próximos meses no está aún claro mientras que ya hay ejemplos de direcciones sindicales que intentan dulcificar o desviar las posiciones del congreso.

La exasperación que refleja el llamamiento del COSATU a la huelga general para el 15 de noviembre de 1993, para oponerse a los compromisos hechos en el Foro de las negociaciones es otra indicación del malestar creciente que provoca el acuerdo negociado en Kempton Park.

Otro testimonio de la combatividad mantenida del movimiento de masas lo proporciona la huelga de solidaridad con algunos compañeros despedidos, que llevan a cabo

9/ El NACTU es otra confederación sindical, mucho más pequeña que el COSATU y cuyos sindicatos están a menudo dominados por el PAC.

10/ La Organización de los Trabajadores por una Acción Socialista (WOSA), es una organización revolucionaria con la que la Cuarta Internacional mantiene relaciones fraternales. *Southcan*, Vol. 8, n.34, 17 septiembre 1993.

centenares de policías negros, hombres y mujeres, y que dirige el Sindicato de la Policía y de las Prisiones por los Derechos Cívicos (POPCRU).

Algunas organizaciones de mujeres del campo han amenazado con boicotear las elecciones si la moción de la Coalición de las Mujeres del *Western Cape* **11** a favor de la exclusión por dos años de las mujeres del campo de la Carta de los derechos es aceptada. Por supuesto, muchos jefes tradicionales defienden encarnizadamente que los derechos democráticos no sean extendidos a las mujeres africanas; temen que esto interfiera con el sistema de jefes hereditarios y con la herencia de la propiedad, lo que, además, amenazaría la dominación social de los hombres.

El descontento a propósito del proceso de negociación está igualmente expresado por la exigencia de una acción positiva para africanizar las estructuras de la dirección del ANC. Como decía un militante del ANC, «es exasperante que mientras reivindicamos la discriminación positiva en la policía sudafricana, no lo hayamos aún practicado en nuestras filas».

Los diez días de asedio de las oficinas del ANC en el *Southern Natal* por 27 cuadros de MK (rama armada del ANC) es la mejor traducción del desencanto provocado por la situación política. Protestaban contra la forma en que han sido abandonados, sin perspectiva de empleo ni asistencia financiera del ANC y sin posibilidad de participar en los debates sobre la reestructuración del Ejército.

Los ejemplos de este género abundan. Para los militantes radicales, estén en el ANC, el SACP o en organizaciones independientes, se trata de encontrar un medio de unirse a estas dinámicas, trabajar por la coordinación de sus esfuerzos y construir corrientes en la base de las organizaciones de masas a fin de responder al pensamiento reformista dominante. Es poco probable que estemos preparados a tiempo para intervenir de forma coordinada en estas elecciones pero sin duda lo estaremos en batallas futuras.

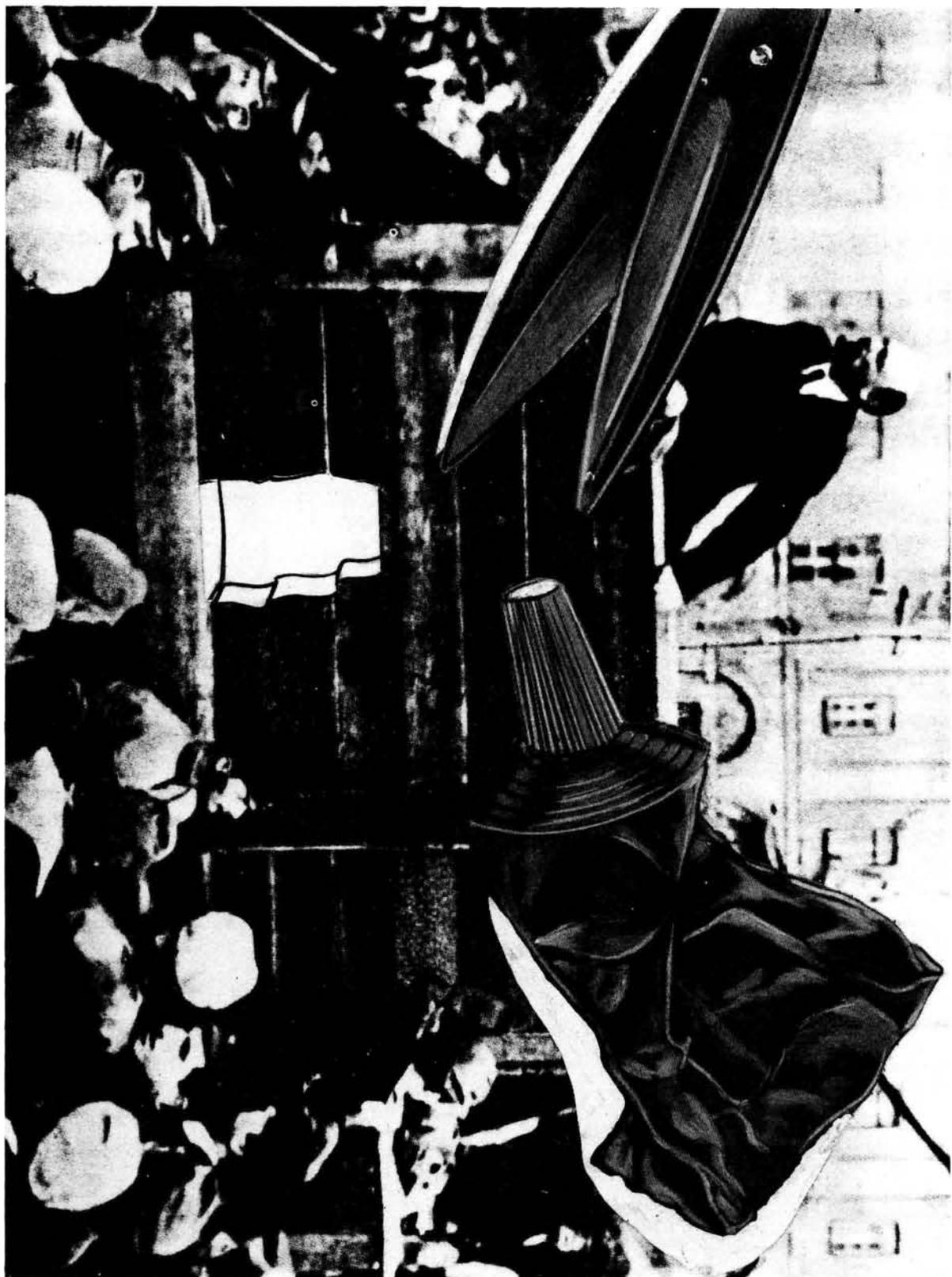
El Cabo, 25 de octubre de 1993.

11/ Se trata de la estructura regional de la Coalición Nacional de las Mujeres, cuya dirección comprende miembros del ANC y otras organizaciones progresistas.

Nueva Dirección

Viento Sur
Apartado de Correos 50.522
28080-Madrid

Teléfono y Fax: (91) 527.96.52



Rusia

¿Renace la industria militar?

Carlos Taibo

El protagonismo que, tras innegables reticencias, algunas unidades armadas asumieron en la represión contra el Parlamento ruso el 4 de octubre de 1993 ha suscitado algunos análisis de prospectiva. El más común de entre ellos, no desprovisto de lógica, es el que apunta que las Fuerzas Armadas están llamadas a pasarle factura, por su colaboración, al presidente Yeltsin, y que, en consecuencia, debemos prepararnos para una futura "militarización" de la política rusa en todos los órdenes.

Semejante manera de ver las cosas, que probablemente no yerra en cuanto al porvenir previsible para la Federación Rusa, se equivoca, en cambio, en lo relativo a dos cruciales cuestiones. La primera no es otra que la datación cronológica de esa "militarización" que nos ocupa: desde 1992 se aprecian signos sólidos de una poderosa influencia militar en los más diversos órdenes. La segunda remite a la posición personal del presidente Yeltsin en relación con los problemas de nuestro interés: hay que rechazar de plano el ingenuo discurso empeñado en señalar que todo lo "malo" o todo lo "inquietante" que se hace notar en Rusia es el producto de imposiciones ante las cuales Yeltsin no está en condiciones de resistirse. Con semejante clave de análisis es fácil concluir que la extensión de la delincuencia económica, el apoyo armado a los nacionalistas abjazos, los crecientes recursos destinados a la industria de defensa o, más recientemente, la voluntad de alterar los términos del Tratado de reducción de fuerzas convencionales son realidades que Yeltsin se ha visto obligado a aceptar muy a su pesar. Y, sin embargo, a la luz de muchos comportamientos parece más inteligente conceder al presidente ruso una responsabilidad directa y central en la gestación de procesos como los descritos.

En última instancia la tesis que se defiende en las páginas que siguen es la de que a duras penas se entenderá nada de lo que sucede en la Federación Rusa de estas horas si se olvida que en la figura de Yeltsin se adivina un compromiso sólido con la reconstrucción de una potencia en la que los elementos autoritarios y el peso de los códigos militares tienen una importancia evidente. Nosotros nos limitaremos a estudiar, bien es cierto, un solo aspecto de los muchos en los que podría sustentarse la afirmación anterior: el relativo a la complejísima situación de la industria militar.

Las dimensiones presentes de la industria militar

Tras el desmembramiento de la URSS, el grueso de su industria de defensa quedó en manos de la Federación Rusa (FR). En su territorio se hallaba del orden del 75% de las instalaciones y del personal de la vieja industria militar; un 15% se encontraba en Ucrania y el 10% restante se lo repartían las demás repúblicas ^{1/}. Pese a semejante

^{1/} Sobre la industria de defensa en el sistema soviético, véanse H. Adomeit y M. Agursky: *The Soviet Military-Industrial Complex and its Internal Mechanism*, Queen's University, Kingston, 1978; P. Almquist: *Red Forge*, Columbia UP, Nueva York, 1990; L.D. Badgett: *Defeated by a Maze: The Soviet Economy and Its Defense-Industrial Sector* RAND, Santa Mónica, 1988, y J. Sapir: *Le système militaire soviétique* (La Découverte, París,) ...

grado de concentración, la actividad se vio sensiblemente fragmentada, en un proceso agudizado por tendencias generales del sistema económico.

En los hechos, el golpe de agosto de 1991 aceleró la disolución de los lazos entre el "centro" y los diferentes complejos industriales de carácter militar. Las distintas repúblicas reivindicaron el control sobre las empresas ubicadas en sus territorios – incluidas las del sector de defensa– y acabaron por generar un enorme caos en el sistema de asignación de recursos. Junto a este proceso se verificó otro de similar importancia: la rápida reducción experimentada por el gasto en defensa y por los pedidos realizados a la industria militar.

Habida cuenta de varios factores –inflación, sucesivas revisiones de los presupuestos dentro de un mismo año, dificultad para evaluar en dónde se incluyen partidas como las relativas a la reconversión, alteraciones de las realidades político-geográficas–, las estimaciones sobre el gasto militar son muy dispares. Por citar sumariamente algunos datos al respecto, el SIPRI ha apuntado que el gasto en defensa de la URSS en 1991 ascendió a 140.000-150.000 millones de rublos, algo menos del 8% del PNB. En los primeros meses de 1992, y ya bajo los efectos de una aceleradísima inflación, la FR identificó su gasto militar para el último año citado en 384.000 millones de rublos, un 16% del presupuesto estatal; en septiembre la cifra se había elevado a 632.000 millones y en noviembre a 833.000, con demandas ulteriores de ampliación. Sopesando los efectos de la inflación, los cálculos del SIPRI reseñan que en 1992 el gasto militar de la FR fue un 45% del correspondiente a la URSS en 1991, o el equivalente a un 6-6,5% del PNB. En 1993, y con arreglo a los compromisos del equipo gubernamental de Gaidar, parecen haberse mantenido los niveles de gasto de 1992.

Los datos sobre reducciones en los pedidos de armamento y en los recursos en investigación y desarrollo (I&D) son también ilustrativos de una tendencia a la baja en el gasto; no debe olvidarse, sin embargo, que algunos de los procesos abiertos – así, el relativo a la destrucción de distintos tipos de armas– reclaman ingentes recursos. Sean las cosas como sean, los pedidos estatales de armamento se redujeron en un 32% entre 1990 y 1991, y en un 68% entre 1991 y 1992. Las compras de armas convencionales destinadas a la aviación táctica se aminoraron, por citar un ejemplo, un 80% entre 1990 y mediados de 1992, mientras que las de tanques lo hicieron en un 97%. En 1992, en fin, no se inició la construcción de ningún nuevo buque de guerra. Un dato de difícil interpretación es el que apunta que en el período que nos ocupa la reducción en la producción de dispositivos fue menor que la experimentada por los pedidos estatales: había, pues, un excedente de producción –del orden del 10%– no vendida y almacenada.

Los recursos destinados a I&D también se redujeron, bien que de forma menos espectacular. Según una estimación, en precios constantes de 1991, los 16.000 millones de rublos destinados a estos menesteres en 1989 debían reducirse a 10.000 millones en cada uno de los años que median entre 1992 y 1995 ^{2/}. Habida cuenta de la

... Trabajos sobre problemas más recientes son los de G. Arbatov (dir.): *The Security Watershed*, Gordon and Breach, Amsterdam, 1993; A. Bolsunovsky, «The Russian Military-Industrial Complex and the Environment», (mimeo), 1993; S. Talbott, «Crisis or Kiosks in the Former Soviet Union», en *Arms Control Today*, n°10, diciembre, 1992, y el *SIPRI Yearbook 1993*, Oxford, UP, Oxford, 1993.

^{2/} Otros cálculos identificaban una reducción de dos tercios en los fondos de I&D en 1991.

presencia de una inflación disparada, muchas de estas cifras tienen, como es fácil comprender, un valor descriptivo dudoso.

Un indicio más de la crisis fueron las reducciones operadas, en términos relativos, en los salarios de los trabajadores de la industria de defensa. En diciembre de 1992 el salario medio en aquella era de unos 11.500 rublos, frente a los 18.400 del conjunto de la industria (en algunos sectores, como el del petróleo o la industria del carbón, se alcanzaban los 40.000 rublos de media). Con datos como éste, y dada la reducción global de la producción, no puede sorprender que muchos trabajadores de la industria militar dejasen sus puestos y buscasen empleos en la economía civil. Según una estimación, en 1992 sobraban en la industria militar 1.500.000 empleos (otras fuentes emplazan la cifra entre 500.000 y 2.000.000); en ese mismo año se apuntaba que un 21% de las industrias del ámbito de la defensa estaban en abierta bancarrota.

La aparición de los "industrialistas"

Junto a un buen número de reformas organizativas, en los últimos años se ha hecho notar la influencia de instancias que de carácter independiente que se proponen representar los intereses de la industria de defensa. La más influyente es sin duda la Unión Rusa de Directivos y Empresarios de la Industria, encabezada por Arkadii Volskii, uno de los dirigentes de la Unión Cívica.

Desde la primavera de 1992, la organización de Volskii, con sus "industrialistas", ha asumido un papel prominente en la vida política. A través de la Unión Cívica ha ejercido una constante presión sobre las diferentes instancias gubernamentales —las más de las veces en oposición a las políticas desplegadas, en 1992, por el equipo de Burbulis y Gaidar ^{3/}— con objeto de preservar el armazón de la industria de defensa. En su momento se interpretó que el nombramiento de Viktor Chernomirdin como primer ministro, en diciembre de 1992, reflejaba el creciente predicamento de las opiniones de la Unión Cívica, en beneficio de la industria de defensa y, de forma más general, de la industria pesada.

El discurso económico de los "industrialistas" se ha asentado, entre otras, en la idea de que, pese a su crisis, la industria de defensa es el único sector de la economía capaz de satisfacer las necesidades de la población y de acometer la innovación tecnológica necesaria. Desde este punto de vista, muchas de las políticas desplegadas, durante 1992, por el gobierno ruso estaban llamadas al fracaso: la decisión de recortar las ayudas a la industria de defensa no podía por menos que contribuir a la quiebra de la única parte de la economía susceptible de recuperación. Según los "industrialistas", la falta de preparación para el "mercado" que exhibían las empresas militares, y la ruptura de muchos lazos interrepublicanos, obligaba a acudir en socorro de la industria de defensa.

Estas posiciones tuvieron claro reflejo en dos ámbitos: la "reconversión" de la industria militar y el desarrollo de las exportaciones de armas. Si con respecto a la

^{3/} En la segunda mitad de 1993 parecen haberse registrado significativas aproximaciones, sin embargo, entre las posiciones de Gaidar y las de Volskii; auguran acaso un pacto entre el reformismo "fondomonetarizado" y los sectores más activos de una nomenklatura dispuesta a asumir audaces reconversiones.

primera los “industrialistas” reclamaban un freno al proceso abierto a finales de los ochenta, y una recuperación, por tanto, de muchos de los cometidos tradicionales de la industria de defensa, en lo relativo al segundo sostenían que las exportaciones debían permitir la obtención de divisas fuertes vitales para la reconstrucción económica en ciernes.

Reconversión y exportaciones

Por lo que a la *reconversión* respecta, en marzo de 1992 se aprobó en la FR una ley que dejaba en manos de los futuros legisladores la resolución de la mayor parte de los problemas concretos **4**. La polémica entre los “reformistas radicales” –partidarios de una rápida y profunda reconversión– y los “industrialistas” –más bien reacios a aceptar la subordinación de la industria militar a las necesidades, reales o supuestas, de la economía civil– quedaba, pues, abierta.

Por lo que parece, sin embargo, los puntos de vista de los “industrialistas” se han ido imponiendo. Para éstos el ritmo de la reconversión debe aminorarse a la espera de que progresen otros aspectos de las reformas; el Estado está obligado a mantener los créditos a las empresas y los trabajadores de la industria de defensa deben recibir garantías frente al desempleo. Los esfuerzos encaminados a defender los derechos sociales de los trabajadores no responden, claro es, al propósito de hacer frente a injusticias y abusos: más bien remiten a un intento de ganar tiempo, en las empresas más deficitarias, para permitir que su dirección encuentre alguna salida económica.

A la luz de lo ocurrido en la etapa de *perestroika*, y de la prosecución de muchas políticas, no puede sorprender que la reconversión apenas haya colmado sus objetivos. Ni siquiera el hecho de que la producción civil de la industria militar creciese del orden de un 10% en 1992 –mientras la producción industrial general se reducía en un 20%– provocó optimismo alguno, habida cuenta de los ingentes costos, y de la escasa rentabilidad, de la operación. Significativo es que al cabo de varios años de experiencias, en su mayoría fallidas, de reconversión, el Gobierno ruso decidiese crear tres nuevas áreas-piloto en Balakirevo, Udmurtia y Zagorsk.

La consolidación de una FR independiente coincidía, por lo demás, con una multiplicación de los costos previstos para la reconversión, una prolongación en el tiempo de ésta (hasta alcanzar, en algunas versiones, siete años) y, al menos durante 1992, una búsqueda, poco fructífera, de formas de autofinanciación. En 1992 el Gobierno ruso destinó 40.000 millones de rublos a la reconversión **5**. Pocos especialistas ponen en duda que tales sumas son irrisorias dadas las necesidades. En alguna ocasión se ha reseñado, de cualquier modo, el concurso de una fuente adicional de fondos: el

4/ Sobre la reconversión véanse R. Faramazyán: «The Problem of Conversion», en *Disarmament and Security 1988-89*, Novosti, Moscú, 1989; C.K. Hummel: «Russian Conversion Policy Encounters Opposition», en *RFE/RL Research Report* (nº32, 1992); V. Martinenko: «Prioriteti konversii», en *Armiya i obshchestvo*, Progress, Moscú, 1990; A. Ozhegov y otros: «Konversiya oboronnoi promishlennosti i preobrazovanie ekonomiki SSSR», en *Kommunist*, nº1, enero, 1991; V. Potanov, «Konversiya i obshchestvo», en *Armiya i obshchestvo*, Progress, Moscú, 1990, y L. Vid, «Guns into Butter, Soviet Style», en *The Bulletin of the Atomic Scientists*, enero-febrero, 1990.

5/ Algunas fuentes identificaron un fondo extrapresupuestario de cuantía semejante dedicado a estos menesteres.

desvío de parte de los beneficios de las exportaciones de armas.

No ha faltado quien ha subrayado el riesgo de que el conjunto del proceso que nos ocupa acabe ratificando viejas tendencias. Así, se ha recordado que si las exportaciones de armas permiten la obtención de divisas fuertes con las cuales, a su vez, se pueden adquirir en el exterior "bienes civiles" de mayor calidad que los generados en virtud de las operaciones de reconversión, lo único que se estará haciendo es mantener en pie viejas líneas de producción sin mayores efectos saludables para el conjunto de la economía.

Por lo que atañe a las exportaciones de armas **6**, lo primero que hay que recordar es que la FR ha satisfecho todos los requisitos planteados por las potencias occidentales: se ha avenido a respetar los embargos decretados contra Irak, Libia y la Federación Yugoslava –con onerosas consecuencias económicas– y ha mantenido hasta el momento un aceptable control sobre sus exportaciones. Ha asumido la pérdida, además, de muchos de sus compradores tradicionales –los viejos aliados europeos, algunos países del Tercer Mundo– y se ha visto obligada a encarar las consecuencias de un mercado en abierta recesión.

Recuérdese que, según una estimación norteamericana, las ventas mundiales de armas a los países subdesarrollados –el grueso de las exportaciones de la URSS– cayeron casi un 40% en 1991; el SIPRI evaluó en un 24% el descenso operado en las transacciones internacionales de armamentos en ese mismo año. Un cálculo referido a la URSS identificó, en fin, una reducción de nada menos que un 55% en sus exportaciones en 1991. Las escasas áreas del planeta en las que se registra algún auge en las compras de armas –algunos estados del golfo Pérsico, determinadas zonas del Sudeste asiático– no han sido, por otra parte, un núcleo propicio para las exportaciones con origen en la URSS ni parecen estarlo siendo para las procedentes de los Estados sucesores de aquélla.

Pese a todos estos datos, no falta quien piensa que los ingresos reales obtenidos por la URSS, y por la FR, en concepto de exportación de armas apenas han experimentado cambios; ello sería así porque, aún cuando la URSS (en su caso la FR) habría vendido armas por valor de 14.000 millones de dólares en 1990, de 8.000 millones en 1991 y de sólo 3.000-4.000 millones en 1992, en el primero y el segundo de los años mencionados los ingresos reales no habrían excedido los 4.000-5.000 millones de dólares: los "impagados" habrían estado, por tanto, a la orden del día. La reducción en las exportaciones habría afectado ante todo a las dirigidas a estados morosos, con lo que los ingresos efectivos apenas habrían experimentado mermas. En este marco no es fácil evaluar, por lo demás, en qué medida el relativo descrédito que las armas "soviéticas" han padecido en los últimos años –y la propia incapacidad para cumplir las cláusulas temporales de los contratos o para proporcionar repuestos– ha incidido en el volumen y en la naturaleza de las exportaciones.

Algunos especialistas han subrayado, por otra parte, la desorganización característica de las instancias encargadas de las exportaciones. Frente a lo que sucedía antes

6/ Sobre las exportaciones véanse P. Almquist: «Arms Producers Struggle to Survive as Defense Orders Shrink», en *RFE/RL Research Report*, nº25, 1993; I. Anthony y otros: «The trade in major conventional weapons», en *SIPRI Yearbook 1991*, Oxford UP, Oxford, 1991, y S. Foye: «Russian Arms Exports after the Cold War», en *RFE/RL Research Report*, nº13, 1993.

de 1991, muchos han sido en la FR los agentes ocupados en estos menesteres y no parecen claros los límites de sus esferas de actividad. Si la situación se orienta en el sentido en que lo desean figuras de innegable peso, en el futuro pueden abrirse procesos inesperados. Así, la asesora presidencial Galina Starovoitova ha reivindicado para las empresas del sector de defensa el derecho a negociar directamente con sus contrapartes extranjeras, mientras que el general Kobets ha reclamado para las Fuerzas Armadas ese mismo derecho; no debe olvidarse que en fecha tan temprana como febrero de 1992 el presidente Yeltsin emitió una autorización para que la fuerza aérea vendiese 1.600 aviones. Si medidas como las sugeridas ganan terreno, a la pérdida de control sobre las exportaciones pueden seguir tanto una lucha fratricida entre instituciones como una creciente agresividad de la FR en los mercados internacionales.

¿Un renacimiento militar?

Sean las cosas como sean, con el tiempo cada vez parecen mayores las presiones encaminadas a que la industria militar recupere pasados esplendores y oriente el grueso de su producción a la exportación, con la vista puesta en la obtención de divisas. Este planteamiento, cuya lógica económica es discutible —muchos estiman que no conduce sino a una reaparición de viejos “cuellos de botella”, habida cuenta de la demostrada incapacidad de la economía militar para “tirar” de la civil—, parece obedecer a los intereses corporativos de muchos de los gestores de las grandes industrias productoras de armamento. En la mayoría de los casos debe albergarse la sospecha, además, de que los beneficios serían rápidamente “privatizados”, y en modo alguno alcanzarían al conjunto de la vida económica.

Sería un error pensar, sin embargo, que sólo quienes hemos llamado “industrialistas” se han dejado llevar por semejante forma de ver las cosas. El propio Yeltsin ha apostado con fuerza por conferirle un renovado impulso a las exportaciones de armas, y ello aún en detrimento de la reconversión, como se deduce de sus declaraciones durante un viaje realizado a la India en enero de 1993. Otro tanto puede decirse del ministro de Defensa, Grachov, quien en más de una ocasión ha actuado como “corredor/representante” de la industria de armamentos. El mismo alcalde de San Petersburgo, el “reformista” Sobchak, ha defendido abiertamente una expansión de las exportaciones de armas.

Pero acaso el mejor reflejo de la influencia de estas ideas es la propuesta que el “liberal” ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Kozirev, parece le realizó al Gobierno norteamericano a principios de 1993: como forma de ayuda indirecta a las reformas, los EE UU y otros países debían comprometerse a abrir a las armas rusas mercados hasta entonces cerrados. En algunos casos las posiciones rusas eran aún menos respetuosas de las formas; así sucedió, por ejemplo, cuando desde el disuelto Soviet Supremo de la FR se subrayaron, con acritud y evidentes deseos de poner fin a la situación, las enormes pérdidas que el embargo contra Libia, Irak y la Federación Yugoslava le había ocasionado al país.

Datos como los reseñados deben completarse con una conclusión de carácter más general: la que identifica la poderosa presencia, en la FR, de tensiones que apuntan a un renacimiento nacionalista con claros ribetes militares. El entorno mundial —con

unas potencias occidentales poco inclinadas a la generosidad y más bien recelosas a la hora de invertir viejas tendencias y actitudes— no hace sino estimular la consolidación de posiciones que apuntan en el sentido referido.

La situación es particularmente propicia, por cierto, para que en un sólo proyecto se den cita —algo que hasta el momento no ha sucedido posiciones “tradicionalistas”, hechizadas por la reconstrucción de decaídos imperios, y posiciones “rupturistas”, que acaso perciben en la apuesta por un renacimiento militar una vía rápida hacia la resolución “modernizante” de acuciantes problemas. En el plano interno, la consolidación de esta alianza puede ser a la vez causa y efecto del reforzamiento de las ya de por sí poderosas tendencias autoritarias que se hacen sentir en la vida política rusa (y en la de países aledaños). Sin necesidad de imaginar —aún cuando tampoco conviene descartarlas— rupturas traumáticas del juego político, el afloramiento de rasgos del viejo orden burocrático, en confusa relación con un sinfín de elementos novedosos y con una activa tercermundización de muchas relaciones, puede ser un dato sustantivo en los próximos años.

Si la perspectiva que manejamos acaba ganando terreno, las consecuencias imaginables son muchas. Una de ellas puede ser el fortalecimiento de una industria de defensa que ha empezado a asumir dos cometidos: el uno —tan tradicional como irrealizable— es el de locomotora tecnológica del resto de la economía; el otro —más bien novedoso— estriba en la ampliación de su producción de armas cara a la exportación, en la confianza, más bien ilusoria, de que las divisas obtenidas permitirán un inmediato resurgir económico. Con una economía como la de la FR, la consolidación del horizonte que nos ocupa está llena de riesgos; el de los tributos políticos de la operación descrita no es precisamente el menor.

Pero si ésta es una posible consecuencia “interna” del renacimiento nacional-militar —se sumaría a la perspectiva de “autoritarización” que antes nos ha ocupado—, hay que reseñar también los presumibles efectos “externos”. Uno sería, a buen seguro, la ratificación del papel de “gendarme regional” que muchos reservan para la FR, empeñada entonces en reconstruir, por vía indirecta, un desvanecido imperio; la aplicación de una “doctrina Monroe” a la rusa sería el fundamento de este proceso.

Una segunda consecuencia bien podría ser el despliegue de una política exterior independiente lejos de las fronteras de la vieja URSS; de la mano de esa política —no necesariamente indeseable en sí misma—, muchos de los términos del actual orden internacional, y entre ellos los relativos al papel de la ONU, estarían llamados a entrar en crisis. Otro tanto podría suceder con las negociaciones de control de armamentos: los obstáculos que el Parlamento ruso ha impuesto a la ratificación del acuerdo START-II adquirirían entonces definitiva carta de naturaleza. Al amparo de un porvenir como éste —al que se agregarían, claro es, los efectos de la mezquina política occidental— no puede sorprender que algunos analistas auguren el renacimiento de fórmulas que inequívocamente remiten a la “guerra fría” y sus reglas.

Un elemento más, el último, del que hay que hacer mención es el relativo a la problemática condición de la entidad político-territorial invitada a acoger, en papel central, tensiones como las que estamos apuntando. Aunque muchos datos invitan a concluir que esa entidad tiene que ser, por fuerza, la FR de estas horas, no faltan opiniones que estiman muy probable un resurgimiento del proyecto de una confederación eslava entre Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Como es fácil comprender, la con-

solidación de esta última tendría importantísimas consecuencias militares. Claro es que, en un sentido contrario, tampoco faltan los especialistas que prefieren estudiar las consecuencias de un desmembramiento interno en la FR o en la propia Ucrania. Como se ve, la situación de ahora no es, en lo que a predicción del futuro respecta, mucho mejor que la de tiempos pasados.

Nueva Dirección

Viento Sur

Apartado de Correos 50.522

28080-Madrid

Teléfono y Fax: (91) 527.96.52

Bélgica

La gran huelga

François Vercammen

Desde finales del mes de octubre se ha desarrollado en Bélgica una espectacular movilización social que ha culminado, por el momento, en el éxito de la huelga general del pasado 26 de noviembre, que ha paralizado de punta a punta el país. Esta huelga fue precedida de una impresionante serie de huelgas regionales, interprovinciales, interprofesionales, pero también de asambleas, congresos sindicales, manifestaciones, acciones de piquetes contra oficinas bancarias, ocupaciones de empresas, piquetes móviles de solidaridad, barricadas en autopistas y carreteras nacionales, cerco de las llamadas *zonings* industriales, en las que se agrupan numerosas pequeñas y medianas empresas, en general modernas y con patronos reaccionarios.

Esta repentino ascenso de luchas ha sorprendido, máxime si se tiene en cuenta que la anterior huelga general se realizó en mayo de 1986 y fracasó. Desde entonces, existía un considerable derrotismo entre los militantes sindicales y, quizás aún más, dentro de la izquierda política del movimiento obrero y social. Los acontecimientos internacionales de 1989-1990 reforzaron estos sentimientos. Pero ahora, un violento ataque gubernamental contra conquistas sociales básicas, combinado con reconversiones industriales y el "saneamiento" de los servicios públicos, han convencido finalmente a los trabajadores de la necesidad de responder.

Las relaciones y contradicciones a lo largo de estas semanas entre ataques gubernamentales, respuestas, debates y conflictos internos en los sindicatos y acciones obreras tiene un alto interés en la actual situación europea. Por ello, vamos a seguir un orden cronológico, reconstruyendo la historia de estos días apasionantes.

29 de octubre: la señal de salida

El 29 de octubre, más de 50.000 trabajadores llegados de todo el país se manifestaron en Bruselas. A la vez, los servicios públicos estaban paralizados por una huelga de 24 horas. El éxito de estas acciones sindicales, pese a que habían sido convocadas en el último minuto, inició el cambio de rumbo de la situación social.

Podemos situar el origen de la crisis en los debates entre el Gobierno Dehaene (de coalición socialdemócrata y demócratacristiano), patronal y sindicatos para la conclusión de un pacto social. Conviene recordar que esta nueva oleada de propuestas de pactos sociales nació en instituciones europeas. La lanzó Etienne Davignon, presidente de la multinacional belga Société Generale e inspirador de la TRIE (Mesa Redonda de los Industriales Europeos): a continuación, tomó el relevo Jacques Delors en el pasado mes de junio. Aprovechando la breve histeria patriótica y monárquica que acompañó la entronización de Alberto II, Dehaene aprovechó la ocasión para que el nuevo rey incluyera el tema en su discurso. Pero esta euforia duró poco tiempo.

Durante algunas semanas se realizaron conciliábulos "secretos" entre las tres partes, con filtraciones a la prensa sabiamente dosificadas, para ir preparando a la opinión pública. Efectivamente, la píldora que se estaba cocinando era amarga: un plan

gubernamental de "saneamiento" de la seguridad social, reducción de la deuda pública y del déficit presupuestario (es decir, aplicación de los acuerdos de Maastricht) y reducción del coste del trabajo. Presentada como «una lucha contra el paro» por medio de «esfuerzos equitativamente compartidos», se trataba en realidad de franquear una nueva etapa —pero incomparablemente mas dura que los planes de austeridad anteriores— en la explotación del trabajo (flexibilización de las leyes sociales, reducción de los salarios...) y la redistribución de las rentas entre capital y trabajo, en detrimento de éste, por supuesto. La burguesía y el Gobierno trataban de aprovecharse del debilitamiento de la fuerza sindical en los servicios públicos (cuya estructura es muy frágil) y en ciertas empresas clave del sector privado, sometidas a duras reconversiones. Pero, como van a mostrar los hechos, fueron demasiado lejos.

Es verdad que inicialmente, el núcleo central de la burocracia sindical, llamada "interprofesional" (*nota*: equivalente a las Ejecutivas o Secretariados Confederales), de las dos confederaciones (FGTB, socialdemócrata y CSC, demócratacristiana), se comprometieron muy a fondo en la negociación en nombre del "mal menor". Pero algunos de los acuerdos que estaban en marcha (en particular, la anulación de la vigencia en 1994 de los convenios firmados en 1992, la suspensión durante tres años de la adaptación automática de los salarios al índice del coste de la vida...) alertaron a las direcciones de las federaciones sindicales del metal, la administración, el textil, la química... Su propia razón de ser estaba amenazada: la actividad contractual y, mas ampliamente, su lugar en los resortes de la concertación social, muy desarrollados en Bélgica. Estas federaciones, verdadero centro de gravedad del movimiento sindical belga, pasaron a la oposición con la "interprofesional". Éste fue el detonador de los acontecimientos.

El jueves 21 de octubre, el presidente de la FGTB François Janssens constataba las dificultades para llegar a un acuerdo con el Gobierno, pero rechazaba cualquier idea de acción sindical. Pero a la vez, la poderosa Central General de la FGTB (que agrupa a la química, la petroquímica, el vidrio, la construcción...) hizo saber que autorizaba por anticipado, y cubriría con el correspondiente preaviso de huelga, cualquier acción que quisieran desarrollar sus adherentes. Y la no menos poderosa Central de los Servicios Públicos se pronunciaba por la convocatoria de una huelga general de 24 horas. Esto significaba la rebelión de dos de las tres mas fuertes federaciones sindicales de la FGTB (la tercera es el metal). Entonces, Janssens decidió retirarse de la negociación. La FGTB trató de rehacer su unidad convocando una manifestación (mientras la otra confederación, CSC, quería continuar negociando y era el Gobierno el que no estaba por la labor...). Pero la Central de los Servicios Públicos insistía en la idea de la huelga general.

Por esta brecha empezaron a moverse sectores de la clase obrera. Los primeros, los metalúrgicos de Charleroi (uno de los bastiones tradicionales del movimiento obrero belga), enseguida los portuarios de Amberes, los ferroviarios... El viernes 29, el país estaba paralizado. La manifestación fue, como dijimos al comienzo, un gran éxito.

Pero no hay que olvidar cuál es el origen del proceso. No hubo al comienzo una gran presión de base queriendo desbordar a los aparatos sindicales. Mas bien ocurrió lo contrario. El aparato sindical se defiende de la presión Gobierno-patronal y llama a la base. A continuación, delegados y militantes sindicales en las empresas consiguieron que saltaran los cerrojos de frustración, impotencia y miedo que atenazaban

a los trabajadores, los movilizaron y así lograron imponer a las confederaciones sindicales una orientación unitaria y de lucha.

Pero el día 29, nada estaba decidido. Y mientras se desarrollaba la manifestación, la patronal belga, FEB, exigía al Gobierno, nuevas concesiones que vaciarían totalmente de sustancia la indexación automática de los salarios respecto a los precios. Dehaene se vio pillado entre dos fuegos: la presión patronal y la del movimiento sindical. Aquí empieza una segunda etapa de la lucha.

15 de noviembre: se rehace la unidad sindical

Bajo la presión que los acontecimientos generan en su base, la Confederación demócratacristiana CSC decide pasar a la acción unitaria, por una vez, con la FGTB; ambas reúnen dos millones de afiliados sobre un total de tres millones y medios de trabajadores asalariados y en paro. Juntas convocan una huelga general que logrará sus objetivos en todo el país, salvo en Bruselas, donde salió adelante en los transportes y la administración pública, pero el sector privado de los servicios (bancos, seguros, distribución) quedó fuera del movimiento; por razones circunstanciales, ocurrió lo mismo con los ferroviarios. La huelga tuvo un éxito especialmente significativo en las grandes empresas del sector privado.

El Gobierno Dehaene estaba así al borde de la crisis, pero ni la patronal, ni las direcciones sindicales querían que cayera. La patronal mantenía, eso sí, su presión, anunciando que rechazaba todo compromiso sobre el plan de creación de empleo, pieza esencial de la política gubernamental. Los patronos miden el riesgo de echar a los socialistas del Gobierno en pleno ascenso de la movilización sindical. Por su parte, las direcciones sindicales se habían visto finalmente obligadas a movilizar a su base para intentar lograr cambios sustanciales en la política gubernamental, pero temiendo que el actual Gobierno fuera sustituido por una coalición liberal-demócratacristiana.

En estas condiciones, el frente común sindical anunció un plan de movilizaciones: tres huelgas generales regionales de 24 horas (cada vez en tres de las nueve provincias del país). Y se anunciaba una huelga general para el 10 de diciembre, como "bienvenida" a la reunión de la Unión Europea y a su presidente Jacques Delors.

18 de noviembre: rebelión en la FGTB

Así las cosas, el Gobierno intentó recuperar la ofensiva. El 17 de noviembre, o sea sólo dos días después del éxito de la movilización sindical, Dehaene dio a conocer su plan llamado "global", que recoge el conjunto de las agresiones sociales que se habían intentado imponer por la vía del pacto social. La Bolsa saltó de euforia. El índice de los valores belgas pulverizó todos sus récords. El Banco Central anunció una bajada de su tipo de interés central de 1,10 puntos (del 9,40 al 8,30), nada menos.

Los trabajadores comprendieron inmediatamente cuál era el juego. La CSC, fue especialmente sensible ante el ataque a las subvenciones familiares; se hizo notar la presión de las organizaciones sociales cristianas que le dan su implantación capilar

en la sociedad en la región flamenca, donde es claramente mayoritaria respecto a la FGTB. Su principal objetivo: medidas que garantizaran la creación de empleo, no había sido alcanzado. Además, aunque se mantenía una relación entre los salarios y el índice de precios, se retiraban del cómputo los productos «nocivos para la salud» (tabaco, alcohol, gasolina, diesel...). En consecuencia, mantuvo su compromiso con el plan de acción sindical unitario.

Pero la FGTB anunció que encontraba «elementos positivos» en el plan del Gobierno (mantenimiento de la vigencia de los convenios colectivos en 1994, impuestos sobre las grandes fortunas, retroceso en las reformas previstas de la seguridad social...) y «suspendió el plan de acción». La consternación en sus filas fue muy grande.

Unas horas después de conocerse la decisión de la dirección confederal de la FGTB, estalló una huelga espontánea en una empresa de la zona industrial de Lieja. En Amberes se reunieron delegaciones sindicales de empresas químicas y amenazaron al secretario del sector, que acababa de regresar de Bruselas, con lanzar una huelga el día siguiente si no se retiraba el comunicado. Por todas partes surgieron reuniones, comités, delegaciones que se encontraban, se telefoneaban, discutían. Se enviaron comunicados a la prensa que expresaban el malestar y la voluntad de continuar la lucha. Espontáneamente se fue formando una opinión en las filas de la FGTB: «¡Hay que darle un repaso a la Ejecutiva!».

Al mediodía del 18 de noviembre, el presidente de la FGTB Janssens intentó salir del apuro mediante una vergonzosa maniobra de división: reconociendo que sigue habiendo varios puntos negativos en el plan gubernamental, anunció directamente por la TV, una huelga general para el 26 de noviembre convocada solamente por la FGTB y siguió mudo sobre el plan unitario que había sido establecido con la CSC.

Así echó aceite sobre el fuego. Los militantes sindicales y una buena parte del aparato no aflojaron la presión: tres direcciones regionales que según el plan de acción unitario debían ir a la huelga el día 22 de noviembre, anunciaron que en cualquier caso mantenían su compromiso. La inter-regional flamenca les apoyó; la inter-regional valona, mas ligada a los ministros socialdemócratas, dudaba.

En esta ambiente de tensión, se reunió el día 19 el Congreso Nacional de la FGTB, con carácter ordinario ya que había sido convocado desde hacía largo tiempo. Janssens empezó su discurso con una extraordinaria autocrítica, que equivale a una gran victoria del movimiento sindical: «¡Hemos cometido un error!». Y después pasó a una segunda autocrítica: apoyaba la huelga unitaria del día 22. El Congreso estalló de alegría. E inmediatamente lanzó una nueva maniobra.

Halagando el amor propio de los militantes eufóricos, anunció un «viernes rojo» (*sic*), «de la FGTB», para el 26 de noviembre. Estupefacta, la sala se dividió: una parte aplaudía, otra dudaba; se intercambiaban miradas de extrañeza...: aquí empezó verdaderamente el Congreso.

Espontáneamente se creó un estado de opinión –tanto entre los militantes que subían la tribuna, como en los que hablaban en los pasillos– de que no hay que oponerse a esta propuesta, porque eso podía abrir una brecha grave dentro del sindicato. La presión va a dirigirse hacia hacer del día 26 una huelga general unitaria. Janssens se vio obligado a ceder.

El Gobierno comprendió los peligros de la situación creada; sabe que lo único que piden las direcciones sindicales es algunas concesiones para apagar la marmita en

ebullición. Dehaene anuncia que no excluye una nueva negociación pero no «bajo la presión de la calle». Un dirigente de la CSC le respondió: «Sería peligroso detener la movilización en marcha».

Como era de esperar, la huelga del día 22 será un éxito total. La CSC anunció inmediatamente su apoyo a la huelga general del día 26.

26 de noviembre: la gran huelga

Y el día 26, la huelga fue total. Ese día se concentraron las mejores lecciones y consecuencias del proceso de luchas de las últimas semanas.

La polarización de clase se ha bruscamente agudizado en las empresas. Hay que tener presente que muchas empresas del sector privado llevaban años sin tener ninguna lucha. Una nueva generación de trabajadores ignoraba la acción colectiva. Había muchos delegados sindicales que nunca habían dirigido una huelga...

Una tenacidad generalizada emerge de esta lucha: trabajadores y patronos han hecho todo lo posible para ganar, empresa a empresa. Un patrón llegó a hacerse trans-

También los estudiantes

Los estudiantes de instituto se habían comprometido a repetir este año la movilización que lanzaron en 1992 contra el éxito electoral del partido fascista *Vlaams Blok*. Pero esta vez había que hacerlo mejor: una huelga nacional.

Y el 24 de noviembre, coincidiendo con las grandes movilizaciones obreras, la huelga obtuvo también un gran éxito. En Amberes, bastión de los fascistas, mas de 10.000 manifestantes apoyados por el sindicato de la enseñanza, dirigido por la izquierda sindical, ocuparon el centro de la ciudad. Como viene ocurriendo felizmente en estas acciones, las chicas ocuparon un papel fundamental en la organización de la lucha.

El movimiento ganó a todo el país. Hubo acciones en una veintena de ciudades, casi todas las grandes, excepto Bruselas.

Espontáneo y multicolor, el movimiento no fue nada improvisado. Un serio trabajo viene haciéndose en los institutos a partir del éxito de las acciones de 1992 en Amberes, Gante y Malinas. Se habían formado en estas ciudades comités de coordinación pluralistas, autónomos y, a veces, en relación con el gran movimiento antirracista que está preparando una gran manifestación de masas para el 27 de marzo de 1994 (hay que recordar que en 1992 movilizó a mas de 200.000 personas en Bruselas).

Combinando la intransigencia moral antirracista y la conciencia clara de que hay que combatir desde ahora a los fascistas, una nueva generación ha emprendido el camino de la lucha.

Bruselas, 28 de noviembre de 1993

portar a su empresa, junto con su coche, ¡en helicóptero! Ha habido piquetes de cuadros. No consiguieron doblegar a los trabajadores.

Pero a la vez que crece la combatividad y la conciencia política, se mantiene obstruida la perspectiva de victoria. La fuerza masiva del movimiento contrasta con la ausencia de perspectivas de conjunto. No hay en ello ningún misterio. Las direcciones sindicales se niegan a defender el objetivo que apoyan casi unánimemente todas las asambleas: la retirada pura y simple del plan global de Dehaene. Ésto implicaría evidentemente la caída del Gobierno de centro-izquierda. Y ¿por quien reemplazarlo? Un debate sin precedentes se ha abierto sobre este problema en el movimiento sindical belga. La impotencia actual respecto a él no paralizará el combate, pero constituye un hándicap muy serio en el camino de la movilización.

Se están haciendo enormes esfuerzos para que baje la temperatura de la clase obrera. Pero esta historia está lejos de su fin.



Podría haber sido peor...

Diego Giachetti

[Los resultados de la 1ª vuelta de las elecciones municipales italianas del 21 de noviembre mostraron un espectacular giro a la derecha del electorado italiano, con el dato destacado del enorme crecimiento del neofascista Movimiento Social Italiano (MSI).

Los resultados de la 2ª vuelta, que tuvo lugar el pasado 5 de diciembre, parecen haber volcado la situación en sentido contrario: ahora se dice que la victoria ha sido lograda por los "ex-comunistas" del Partido Democrático de la Izquierda (PDS) y, particularmente, por la política de su secretario general Achille Occhetto: datos globales atribuyen 119 alcaldías (de las 221 elegidas en ciudades de más de 15.000 habitantes) al "PDS y coaliciones de izquierda", 40 a la Liga, sólo 19 al MSI...y 9 a la Democracia Cristiana.

En realidad, hay que distinguir entre las consecuencias de un sistema electoral mayoritario a dos vueltas, que tiende a exacerbar el efecto de "voto útil" entre los bloques convencionales de "izquierda" y "derecha" -beneficiando especialmente a la "izquierda", al menos en esta ocasión, que el candidato de la derecha sea un neofascista- y las relaciones de fuerzas sociopolíticas que estas elecciones han reflejado. El artículo que publicamos de Diego Giachetti, analiza los resultados de la derecha en la 1ª vuelta, cuando la gente ha votado según sus preferencias más directas, y presenta un panorama desolador.

En lo referente a los resultados de la 2ª vuelta es, en muchos casos, un exceso verbal considerar de "izquierdas" algunos de los nuevos alcaldes que llevan esa etiqueta: por ejemplo, Riccardo Illy, vencedor en Trieste, empresario cafetero conocido por desarrollar un furibundo antisindicalismo en sus empresas. Y, lo que es más importante, hay ya gestos que indican por dónde va a ir la política de las administraciones electas: por ejemplo, el nuevo alcalde de Roma, Francesco Rutelli, se ha apresurado a nombrar máximo responsable económico de su equipo a uno de los capos de la multinacional Benetton. No por casualidad la victoria de esta "izquierda" ha llevado la euforia a la Bolsa. Las razones de esta reacción las ha explicado muy claramente Luigi Lucchini, antiguo, y duro, dirigente de la patronal italiana: «El PDS y los sindicatos son un elemento de estabilidad del sistema; el saneamiento de la situación económica y de las cuentas del Estado impone una dolorosa cura de rigor y un Gobierno de izquierdas que haga una política de derechas es quien mejor pueda hacerla aceptar». Se puede hablar más fuerte, pero no más claro...Occhetto se ha apresurado a decir: "¡Presente!" ante esta invitación, presentando a su partido como «defensor de la economía» y renovando su apoyo al actual Gobierno Ciampi.

El balance de las elecciones escrito, inmediatamente después de la segunda vuelta por Luciana Castellina, diputada del Parlamento Europeo y directora del periódico de Refundación Comunista, Liberazione, plantea con claridad los difíciles problemas a que se enfrenta su organización].

El ascenso electoral del MSI, partido que se reclama históricamente del fascismo, en Roma, Nápoles y otros lugares de menor importancia del sur de Italia, como Cerignola (en la provincia de Foggia) y la afirmación de una lista de derechas en Taranto, son los datos más inquietantes revelados por los resultados de las elecciones municipales del 21 de noviembre.

Lo asombroso no es tanto el reforzamiento de la derecha, en el Sur y en el Centro, como los miles de votos que han ido a este partido como producto del derrumbe de la Democracia Cristiana. Los que pronosticaban la desaparición progresiva del partido neofascista, estimando que no tenía razón de ser tras “la caída del comunismo”, tienen un motivo más que válido para cambiar de opinión.

Crecimiento espectacular

Dirigido por Gianfranco Fini, después de una larga batalla interna con el ala “neonazi” de Pino Rauti, el MSI ha reconstituido sus tropas durante estos últimos años y ha redefinido su identidad. En Roma, ha obtenido un 31%, mientras que en las elecciones de 1992 sólo alcanzó el 9,7%. Así se ha convertido en el primer partido de la

Una trampa para la izquierda italiana

Luciana Castellina

El pasado 21 de noviembre, el MSI, un partido nacido de la nostalgia del fascismo, se ha convertido en la fuerza política más consistente en el Sur de Italia. En el Norte, la Liga (que, ciertamente, no es fascista, pero tiene una cultura fascizante) ha obtenido la mayoría relativa. Si pensamos en todo eso, recordar el juicio que tantos partidarios improvisados de la reforma electoral y promotores de la loca campaña antipartidocrática habían formulado sobre el nuevo curso político —«Es lo nuevo que avanza», habían afirmado— sólo puede provocar una sonrisa. Amarga.

En efecto, lo que ha avanzado, e incluso emergido, en este torbellino electoral, es una derecha agresiva y presente en todo el territorio, que en adelante es un competidor creíble de la Democracia Cristiana.

Entendámonos: el fascismo no está a nuestras puertas. Incluso si el MSI y la Liga expresan unos efluvios, una cultura, unos objetivos convergentes, hay entre ellos, y crecerá necesariamente, un antagonismo objetivo, que se debe a arraigamientos geográficos, y por consiguiente sociales, diferentes. Sin embargo, no habría que subvalorar el fenómeno que ha radicalizado a sectores hasta ahora moderados: está alimentado por la crisis económico-social que ha eliminado las mediaciones que habían servido de apoyo a los equilibrios precedentes. Al mismo tiempo, la crisis ha impulsado fuertes protestas que han producido un movimiento reaccionario de masas análogo en ciertos aspectos a los que se desarrollaron en Europa entre las dos guerras.

La caída de los partidos tradicionales de centro que habían gobernado el país de forma ininterrumpida durante casi medio siglo es impresionante. Desborda cualquier previsión y ha trastornado la hipótesis previa a la consulta electoral: una Italia dividida en tres, el Norte para la Liga, unas regiones centrales rojas del PDS y el Sur demócratacristiano y socialista. Los intentos de reorganización del bloque moderado no han servido para nada. Incluso parece que no podrán dar ningún fruto a corto plazo: consisten en una Democracia Cristiana depurada y rebautizada o en la puesta

ciudad. Ciertamente, el PDS queda en segunda posición, pero con sólo un 18,2%. Esta extraordinaria progresión no tiene precedentes en la historia de la República italiana y no está compensada por una progresión comparable de los votos de la izquierda.

El MSI se ha convertido en el primer partido en barrios populares que apoyaban tradicionalmente a la izquierda; su avance es proporcionalmente menor en las capas sociales medias-altas.

Un estudio mas preciso del resultado debe tener en cuenta en número elevado de abstenciones (22% frente a 11% en las elecciones anteriores), lo que acentúa aún mas el éxito de la derecha neofascista, única que gana una cantidad importante de votos en términos absolutos, mientras que las ganancias porcentuales de los partidos de izquierda, PDS y Refundación Comunista, no se corresponde siempre con un aumento en el número de votos. Esta constatación es especialmente clara en Nápoles, donde el número de votantes ha rondado solamente el 50% del censo: la candidata neofascista, Alessandra Mussolini, nieta del *Duce*, ha obtenido un 31,2% de los votos, frente a los

en pie, un poco arrogante y ridícula, de una alianza democrática inventada por dirigentes políticos improvisados.

Frente a la derecha sólo queda, por decirlo así, la izquierda. En estas elecciones ha conseguido un éxito significativo. Hasta tal punto que con el sistema electoral mayoritario a una vuelta, que estará en vigor en las próximas elecciones legislativas, debería estar en condiciones de conquistar una buena parte de la representación parlamentaria (el PDS consigue un 18% aproximadamente y es el primer partido democrático; Refundación Comunista, con un 8% es el segundo). Pero quizás se ha insistido demasiado en este punto. Sobre todo porque el crecimiento en votos de los partidos de izquierda ha sido modesto cuantitativamente (1% solamente para el PDS, 1,7% para Refundación y cifras aún mas débiles para los ecologistas y la *Rete* de Leoluca Orlando).

Este éxito se debe, por tanto, mas al derrumbe de las fuerzas adversas que a un ascenso real. Pero, sobre todo, la izquierda sigue estando dividida (pese a algunas convergencias posibles aparecidas recientemente) y sigue siendo frágil a escala nacional y en cuestiones programáticas.

De ahí el aspecto dramático de las perspectivas que se abren ante ella de cara a las elecciones legislativas que, sin duda, tendrán lugar en marzo próximo. Estas elecciones pueden llevarla a ejercer inmediatamente responsabilidades gubernamentales y a gestionar la crisis, en ausencia de las condiciones objetivas y subjetivas para dominarla.

El desafío es muy importante y el tiempo disponible para impedir lo peor es muy corto. Mucho depende de lo que la izquierda sepa hacer de ahora en adelante. No se trata de conquistar, mostrando un perfil bajo, un consenso cualquiera con el campo moderado. No hay que olvidar que es en los suburbios mas desfavorecidos donde la derecha ha obtenido sus mejores resultados...

LIBERATION/ 6 de diciembre de 1993/ París

9,5% que obtuvo su partido en las elecciones precedentes; además el MSI se convierte en el primer partido de la ciudad.

Una base social

Estos resultados muestran hasta qué punto este fenómeno no puede ser comprendido solamente como un voto de protesta, pilotado por restos de la DC que buscarían un nuevo lugar político. En realidad, una parte consistente de la opinión pública considera que la derecha representa una oposición al Gobierno actual, que quiere claramente desmarcarse de los partidos implicados en los escándalos y que es sensible a la necesidad de rechazar la violenta ofensiva fiscal del Gobierno. Se trata de una base social que tiene numerosas características comunes con la que vota en el Norte a la Liga de Umberto Bossi.

Ambos partidos tienen una misma actitud hacia los "extracomunitarios" (personas que vienen de países exteriores a la Unión Europea), una "cultura" de la intolerancia, hoy solamente verbal, frente a todos los "otros", considerados como adversarios, y que se acompaña de un desprecio ostensible por las organizaciones de izquierda.

Aunque el MSI crece y se afirma como el primer partido en varias ciudades del Centro y del Sur, sería un error considerarlo como un partido circunscrito geográficamente. En el Norte, sufre obviamente por la presencia de la Liga, pero ésta no parece "robarle" votos. Como mucho, la Liga impide que el MSI obtenga allí éxitos tan espectaculares como en el Sur.

Comparando los resultados electorales nacionales, el semanario de Refundación Comunista, *Liberazione* del 26 de noviembre, constata que el MSI obtiene un total de 707.686 votos (17,5%); en 1992 obtuvo 408.846 (7,6%) y en las anteriores elecciones municipales 263.375 (5,3%). Sin duda, una grave progresión.

También la Liga

Los comentarios más extendidos de la TV y los periódicos explican, como consuelo, que la Liga no ha tenido un gran crecimiento. O sea, que podría haber sido peor. Pero si es cierto que la Liga no ha triunfado, es en cualquier caso evidente que su impacto electoral y social no debe ser subestimado. Las cifras de las últimas elecciones muestran, sin ninguna duda, su neto reforzamiento tanto en la Lombardía como en las zonas situadas más al Norte.

Vittorio Moiolo, que estudia a la Liga desde hace mucho tiempo, ha escrito en *Liberazione* del 26 de noviembre que «frente al derrumbamiento del antiguo régimen (...), asistimos al éxito de la derecha, tanto antigua como nueva, mientras que la izquierda sólo ha podido recoger algunas migajas». Este comentario es totalmente justo si consideramos los resultados de una quincena de ciudades lombardas. Respecto a 1992, la Liga crece un 40% en términos absolutos, y su resultado medio es del 32%, frente al 18% del conjunto de la izquierda. Los candidatos de la Liga que han debido pasar a la segunda vuelta obtienen resultados próximos al 40% y, en algunos barrios, la Liga obtiene resultados plebiscitarios, especialmente donde viven capas sociales medias y medias-altas.

El voto a la Liga está motivado por diversas razones: el rechazo a todos los políticos corruptos; una respuesta a los problemas fiscales acentuados por la política predatoria del Estado; el rechazo visceral de los partidos de izquierda y de los sindicatos, anclado en un anticomunismo profundo; una transferencia de sectores de los aparatos de los viejos partidos en proceso de desagregación, que ven en la Liga una posibilidad de reciclarse.

Desde hace mucho tiempo, la Liga ha dejado de ser un fenómeno únicamente lombardo. Ahora cubre todo el Norte del país y los resultados de la última consulta confirman una tendencia que se había ya expresado anteriormente. La Liga se ha convertido en el primer partido de Venecia, Génova, Trieste, Alejandría y en varias ciudades de la periferia de Turín, ciudad donde ya lo era desde 1992. También se afirma en ciudades tradicionalmente "rojas" como Grugliasco, en la provincia de Turín. Alguna de sus progresiones son impresionantes: por ejemplo, en Venecia obtuvo un 3,1% en 1990, un 12,8% en 1992 y un 29,9% ahora. La estimación de *Liberazione* para la Italia del Norte da a la Liga 313.111 votos (30,9%) frente a los 202.065 que obtuvo el año pasado.

A diferencia de la vieja derecha neofascista, el problema principal de la Liga es su dificultad para enraizarse en el Centro y en el Sur del país, donde no puede contar ni siquiera con un umbral mínimo de votos como el que el MSI obtiene en el Norte.

Pero dejando aparte las divergencias ideológicas que existen entre los dos partidos de derechas sobre cuestiones como el federalismo, la unidad nacional...un punto fundamental salta a la vista: la impresionante similitud de motivaciones por las que los viejos y, sobre todo, los nuevos electores se orientan hacia estos partidos.

ROUGE/ 2 de diciembre de 1993/ París

Nueva Dirección

Viento Sur
Apartado de Correos 50.522
28080-Madrid

Teléfono y Fax: (91) 527.96.52

1.000.000.000

100.000.000

10.000.000

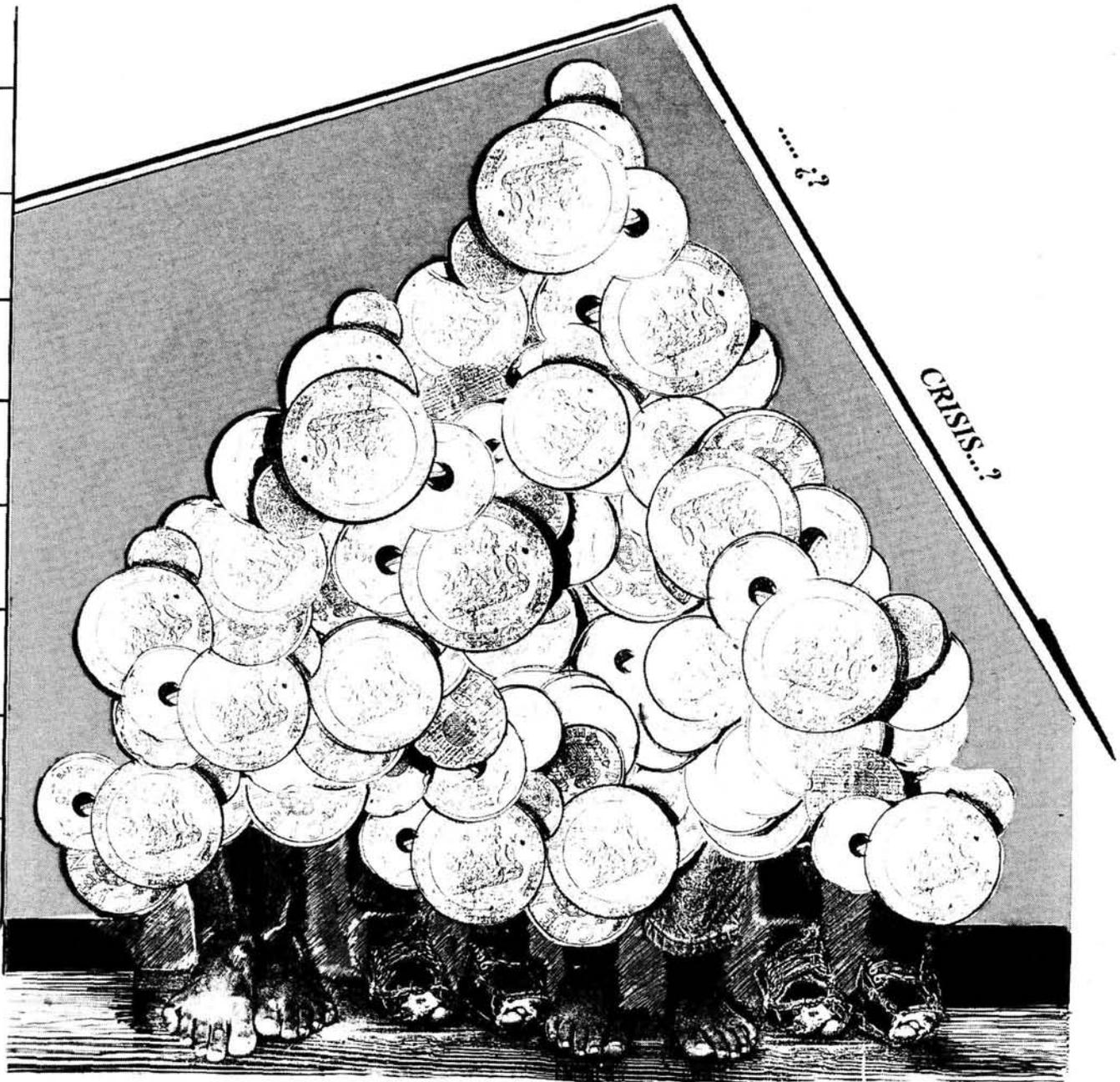
1.000.000

100.000

10.000

1.000

100



Recortes

Redes sociales internacionales. La experiencia de la lucha contra el Tratado de Libre Comercio Norteamericano (TLC)

Para la mayoría de los pueblos del mundo, la "Nueva Economía Mundial" es un desastre ya existente. Los damnificados no pueden escapar de él. Pero tampoco pueden permitirse aceptarlo. De manera que muchos están buscando vías para reformarlo.

El TLC se ha convertido en símbolo de un acumulación de temores e iras respecto al lugar de la gente trabajadora en la "Nueva Economía Mundial". La integración económica norteamericana que el TLC intenta facilitar, es sólo un aspecto de la rápida y trascendental transformación histórica, desde un sistema de economías nacionales hacia una economía global integrada. Las nuevas tecnologías de información, comunicación, transporte y producción, combinadas con reducciones en los aranceles, han hecho posible coordinar la producción, el comercio y las finanzas a escala mundial. Walter Wriston, ex-presidente de Citicorp, se jactaba recientemente de que «200.000 monitores en oficinas financieras internacionales», dirigen «una especie de plebiscito global sobre las políticas monetarias y fiscales de los Gobiernos emisores de moneda...Ningún país puede escapar a este control». Wriston recuerda la elección del «ardiente socialista» François Mitterrand como presidente francés en 1981: «El mercado echó una mirada a su política y en seis meses la fuga de capitales le forzó a cambiarla».

Buscando alternativas. ¿Cuáles son las alternativas a la globalización destructiva? La derecha ofrece racismo y nacionalismo. El proteccionismo convencional no ofrece ninguna solución. La globalización también ha desarmado intelectualmente a la izquierda. Las bases de un nuevo enfoque surgieron del mismo movimiento contra el TLC. En vez de abogar por el proteccionismo, muchos oponentes al TLC reclamaron políticas que mejoraran las normas ambientales, laborales y sociales en México, de modo que su nivel no arrastrase hacia abajo a las de los Estados Unidos y Canadá. Así, gente de distintos países mostraron un interés común por elevar las condiciones de vida de "los de abajo".

Efectivamente, la lucha contra el TLC generó nuevas redes transnacionales basadas en estos intereses comunes. Una Red "De trabajador a trabajador" norteamericana vincula a sindicalistas de base en México, Estados Unidos y Canadá por medio de conferencias, visitas, apoyo solidario y un boletín. "De mujer a mujer" vincula de forma similar a grupos de mujeres. El Centro Highlander, "Sureños por la Justicia Económica", la Red de Renovación Industrial de Tennessee y un buen número de sindicatos han organizado encuentros y visitas para poner en contacto a trabajadores Mexicanos y Norteamericanos. Hay redes similares en otras partes del mundo, como el Plan Popular 21 en las regiones del Pacífico asiático y Centroamérica.

Programas internacionales alternativos. Estas nuevas redes están desarrollando programas transnacionales para contrarrestar los efectos de la reestructuración económica global. Representantes de grupos ecologistas, sindicales, religiosos, con-

sumidores y campesinos de México, los Estados Unidos y Canadá han redactado el documento «Una Iniciativa justa y sostenible de Comercio y Desarrollo para Norteamérica». Una síntesis paralela, «Del Pillaje Global a la Aldea Global», ha sido respaldada por más de sesenta organizaciones de base.

Diferenciándose en el énfasis y en detalles, estos programas alternativos emergentes son importantes no sólo por las soluciones que proponen sino también porque esas soluciones han surgido de un diálogo arraigado en una gran diversidad de grupos y experiencias. Algunos programas requieren la aplicación de políticas nacionales, otros de acuerdos internacionales, algunos pueden ser puestos en práctica por la acción transnacional de ciudadanos. Tomados en conjunto, proporcionan lo que podríamos llamar “siete recetas” para las siete señales de peligro de la economía global desregulada:

Derechos y normas internacionales. Para prevenir que la competencia conduzca a una *carrera hacia abajo*, varios de los grupos quieren establecer derechos y normas humanas, laborales, y ambientales mínimas, similares a la Carta Social que se discute en la Comunidad Europea. La Federación Internacional de Trabajadores del Metal ha propuesto recientemente una “Carta Social Mundial” de diez puntos que debería ser incorporada al GATT.

«Una Iniciativa Justa y Sostenible de Comercio y Desarrollo para Norteamérica» explica con cierto detalle una alternativa al TLC que debería proteger los derechos humanos y laborales, garantizar que los salarios de los trabajadores aumenten con la productividad y establecer derechos ambientales continentales, como el derecho a un lugar de trabajo y una comunidad libres de agentes tóxicos; los organismos de vigilancia de estos acuerdos deberían ser accesibles a los ciudadanos y poder imponer multas a quienes los incumplan. La iniciativa destaca especialmente los derechos de los inmigrantes. Miembros de ONGs en los tres países han propuesto una comisión ciudadana para supervisar los efectos humanos, laborales y ambientales del comercio y la inversión.

Espiral ascendente. En el pasado, las políticas monetarias y fiscales de los Gobiernos, combinadas con el establecimiento de un salario mínimo, los programas del Estado del Bienestar, la negociación colectiva y otros medios para elevar el poder de compra de los pobres, contribuyeron mucho a contrarrestar la recesión y el estancamiento dentro de las economías nacionales. Son necesarias ahora medidas similares a nivel internacional para contrarrestar la tendencia hacia una espiral descendente de demanda inadecuada en la economía global. «Una Iniciativa justa y sostenible de Comercio y Desarrollo para Norte-América» propone que el remanente del servicio de la deuda sea pagado en moneda local a un fondo de desarrollo administrado democráticamente. Invertir la espiral descendente requiere, finalmente, un “keynesianismo global” en el cual las instituciones internacionales apoyen, en vez de desalentar, políticas nacionales de pleno empleo.

Una espiral ascendente requiere, también, elevar los salarios de “los de abajo”, lo que puede ser impulsado por la solidaridad internacional de los trabajadores. Los experimentos en organización transfronteriza realizados por sindicatos norteamericanos como el *Amalgamated Clothing and Textile Workers* y el *United Electrical*

Workers, en cooperación con sindicatos independientes en México, se orientan a derrotar el yugo de las transnacionales, mejorando los salarios y condiciones de los trabajadores mexicanos.

Redistribución entre ricos y pobres. «Una Iniciativa Justa y Sostenible de Comercio y Desarrollo para Norteamérica» pide una campaña de “financiación compensatoria” para corregir las diferencias crecientes entre ricos y pobres. Los fondos de la Comunidad Europea para promover el desarrollo de sus miembros más pobres podrían servir de referencia.

Una democracia reforzada. El TLC, el GATT y otros acuerdos similares no debieran ser usados —como pueden serlo hoy— para expropiar el derecho de localidades, regiones y países para establecer normas laborales, de salud, de seguridad y de medio ambiente efectivas, que sean superiores al mínimo garantizado en los acuerdos internacionales. Sobre todo, la democratización requiere una nueva oportunidad para la gente “de abajo” para participar en la forja de su destino.

Códigos de conducta para las corporaciones transnacionales. Varios grupos de base transnacionales piden códigos de conducta que puedan, por ejemplo, exigir a las corporaciones informes sobre sus intenciones de inversión; revelar los materiales peligrosos que importan; prohibir el empleo de niños; impedir la descarga de contaminantes; requerir la notificación anticipada y la indemnización cuando la actividades están terminadas; y prohibir la interferencia de la compañía en la organización sindical. Las discusiones de tal código en las Naciones Unidas, obstruidas desde hace largo tiempo por la hostilidad de los EE UU deberían ser reavivadas.

La meta es que estos códigos operen mediante acuerdos intergubernamentales, pero la presión pública global y la organización transfronteriza pueden comenzar a imponerlos. La Coalición por la Justicia en las Maquiladoras (empresas de ensamblaje), un grupo de organizaciones religiosas, ecologistas, sindicales, de latinos y de mujeres en los Estados Unidos y México, por ejemplo, han editado un código de conducta para las corporaciones norteamericanas en México y las han presionado para que respeten las disposiciones laborales y ambientales.

Reforma de las instituciones internacionales. Los ciudadanos deberían recurrir a la ONU para convocar una segunda Cumbre de la Tierra consagrada a la democratización del FMI y el Banco Mundial y plantearse la formación de nuevas instituciones que promuevan un desarrollo equitativo, sostenible y participativo: podrían servir de referencia campañas internacionales ya realizadas como el boicot a Nestlé y también la que sigue en marcha contra la destrucción del Amazonas.

Reglamentos a múltiples niveles. En lugar de la rivalidad entre países y regiones, estos programas implican un sistema de instituciones democráticamente controlado a todos los niveles, del global al local.

Estas propuestas no proporcionan una panacea a corto plazo: son objetivos en torno a los cuales organizarse. La “Nueva Economía Mundial” no se va a evaporar de la agenda política. Ni tampoco lo harán las pasiones y fuerzas políticas despertadas por

el debate sobre el TLC. Muchos de los mismos temas van a resurgir en relación con el Foro Asia-Pacífico de Cooperación Económica y con el GATT. Ante la proximidad del 50 aniversario del FMI y del Banco Mundial, se oyen en todo el mundo voces que reclaman su reforma.

Globalización desde abajo. La lucha contra el TLC ha mostrado que los perjudicados por la “Nueva Economía Mundial” tienen que negarse a ser víctimas pasivas. El proyecto «Del Pillaje Global a la Aldea Global» sugiere una orientación: «La internacionalización del capital, la producción y el trabajo va por delante, hasta ahora, de la internacionalización de los movimientos y organizaciones populares. La construcción de solidaridad y organizaciones populares internacionales serán nuestra revolución desde dentro: una sociedad civil sin fronteras. Este internacionalismo o «globalización desde abajo» será la base para convertir el pillaje global en una aldea global participativa y sostenible».

Las organizaciones que han liderado la lucha contra el TLC tienen la responsabilidad de no retirarse a preocupaciones localistas. Deben reagruparse y trabajar sobre el impacto de la globalización económica sobre la gente y el planeta. [*Jeremy Brecher. The Nation, 6 de diciembre de 1993, Nueva York.*]



Economía. ¿Cuándo acabará la Ronda?

A finales de septiembre y comienzos de octubre, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), en un estudio difundido coincidiendo con la Asamblea General del FMI y el Banco Mundial, pretendía que la firma de los acuerdos de la llamada Ronda Uruguay (o GATT: Acuerdo General sobre las Tarifas Aduaneras y el Comercio Mundial) haría progresar el comercio mundial (y en un enorme volumen: según el estudio, en el año 2002 existiría una renta mundial suplementaria de 450.000 millones de dólares si hubiera una liberalización total del comercio mundial). Para demostrar el crédito que se otorga a este tipo de estudios, el ministro francés de Economía y Finanzas, Edmond Alphandéry, ni siquiera ha querido comentarlos, acogiéndolos, según informa *Le Monde*, con una sonrisa significativa... Si algo hubiera que retener de estas profecías es que ese aumento del comercio mundial, caso de producirse, beneficiaría esencialmente a los grandes países desarrollados.

También en 1992 se realizaron estudios de este tipo por instituciones de seria reputación, pero gangrenadas por la teoría liberal que obliga a esconder la realidad de la economía mundial y a adornar con todas las virtudes el libre cambio y la libertad de comercio. Esto no ha impedido que los acuerdos no hayan sido firmados el año pasado y que las previsiones catastrofistas sobre ello no se hayan confirmado. Los EE UU, y sólo ellos, han salido de la recesión y han tenido un crecimiento del 2,4% este año. Con firma o sin ella, la situación de las economías habría sido la misma.

Estos estudios se basan en una idea simple: bajando los derechos aduaneros y los contingentes –es decir, las restricciones cuantitativas impuestas a las mercancías extranjeras– y por medio de la elaboración de normas comunes –las normas son ahora

proteccionismo disfrazado, ya que basta con que un Estado dicte normas incompatibles con las de los productos extranjeros para prohibirles la entrada— todos los países verán que sus rentas aumentan. O dicho de otra manera, el interés común es igual a la suma de los intereses particulares.

Las consecuencias del liberalismo. La teoría de Ricardo, llamada de los “costes imperativos” ilustra esta idea base del liberalismo. Ricardo utiliza el ejemplo de Inglaterra y Portugal en el siglo XIX: la primera, inmensa potencia industrial, y el segundo, exportador de materias primas, como el vino de Oporto. Ricardo, el mas grande de los economistas “clásicos”, pretende que si Portugal quisiera producir textiles industrialmente, debería utilizar muchas riquezas para construir una industria textil. Y podríamos añadir que, en ese caso, se vería obligado a cerrar sus fronteras para no sufrir la competencia de Inglaterra, que destruiría su recién nacida industria.

Por su parte, Inglaterra no puede producir, o lo haría muy mal, vino de Oporto. Por consiguiente, la mejor solución sería que intercambien sus mercancías respectivas en el mercado mundial para conseguir ambos el mayor beneficio: los ingleses podrían beber vino de Oporto y los portugueses vestirse, al menor coste. Los dos países ganarían y el comercio mundial les permitiría desarrollarse. El resultado de esta teoría, que aún se aplica hoy, conduce a especializar a cada país en la producción de los bienes en los que tiene una ventaja comparativa, o en los que es mas competitivo.

Desarrollo desigual y combinado. La realidad de la economía mundial se opone a esta visión: no funciona según esta regla, sino según la del “desarrollo desigual y combinado”, como ya señaló León Trotski. Dicho de otra manera, todos los países tienen un desarrollo, pero algunos se desarrollan mas que otros y el foso que los separa se hace cada vez mas profundo. Podemos recordar el título de una obra de André Gunder Frank: es el “desarrollo del subdesarrollo”, en particular para los países productores de materias primas.

Actualmente, los mayores defensores del liberalismo son los Gobiernos de los países del Tercer Mundo, en especial, México, Brasil, Argentina, a los que se han unido hace poco, pero gritando aún mas fuerte, los dirigentes de los países de Europa del Este, con Yeltsin a la cabeza. Todos ellos piensan desarrollarse gracias a los intercambios comerciales a escala mundial.

Pero todos los ejemplos muestran que eso es imposible. Un país especializado en materias primas se encuentra bloqueado en su desarrollo por el propio juego del intercambio desigual, porque un producto manufacturado se vende relativamente mas caro que una materia prima, y porque se efectúa una transferencia de valor del país del Tercer Mundo hacia los países industrializados, como se ha efectuado la misma transferencia de valor del campo hacia la ciudad, hacia la industria.

El intercambio desigual se ha agravado por la sobreproducción, que hace estragos desde hace algunos años en el conjunto de los mercados de materias primas. El cacao acaba de tener un pequeño aumento a comienzos de octubre, pero una golondrina no hace verano. Incluso los miembros de la OPEP conocen actualmente dificultades: el precio del petróleo está fuertemente orientado a la baja en el mercado llamado “libre” de Rotterdam; podría llegar a los diez dólares por barril (por dieciocho, cuando la guerra del Golfo, en enero de 1991).

En cuanto al continente africano, se encuentra prácticamente tachado en el mapa económico. Para ese continente, la baja en la demanda de materias primas se traduce en una disminución de las entradas de dinero provenientes de las importaciones, lo cual conduce a una acentuación de la pobreza para la mayor parte de ellos.

El ejemplo tradicional de desarrollo que se utiliza como señuelo para el conjunto de estos países es Corea del Sur. Pero como recuerdan Thomas Coutrot y Michel Husson en su reciente obra *Les destins du tiers monde* (Paris, Circa-Nathan, 1993), la industrialización de este país se explica, en primer lugar, por la ayuda masiva norteamericana para luchar contra Corea del Norte, a continuación por el proteccionismo y finalmente por el papel del Estado, principal instigador de la acumulación de capital y de la difusión de las relaciones de producción capitalistas: es decir, todo lo contrario, palabra por palabra, a la teoría liberal.

GATTástrofe... Pero fundamentalmente, todo el debate sobre la Ronda Uruguay está falseado porque esos acuerdos no buscan la liberalización del comercio mundial, sino simplemente someterlo a nuevas reglas. La mejor prueba de ello está en los propios temas de la actual negociación: la agricultura, los servicios (con una nueva dimensión reciente: los servicios culturales), la industria y, en fin, la transformación del GATT, por el momento un simple acuerdo, en una organización encargada de resolver los conflictos entre los 108 países miembros. Ésta es también una manzana de la discordia: muchos países desarrollados rechazan esta organización suplementaria. Y ciertamente no se ve cuál podría ser su papel en la medida que los organismos existentes son incapaces de definir políticas comunes. Así el fracaso del Grupo de los 7 en proponer un relanzamiento económico común, que sin embargo sería necesario desde el estricto punto de vista de los intereses del modo de producción capitalista, da malos augurios para cualquier negociación futura.

Resulta revelador de los obstáculos que están encontrando las negociaciones, los acuerdos llamados de Blair House entre los EE UU y la CE sobre cuestiones agrícolas. Este acuerdo es un ejemplo de la actual estrategia comercial de los EE UU: firmar convenios bilaterales con sus competidores más directos, al margen de las negociaciones del GATT. Otro ejemplo: el acuerdo multifibras entre EE UU y la CE, orientado a construir una zona de libre cambio entre estos países, que va dirigida claramente contra los productores del sudeste asiático.

Lógicamente, una "ronda" supone un acuerdo de un conjunto de países sobre reglas comunes, y no la firma de acuerdos separados. Pero los EE UU siguen otra política: quieren aumentar su parte de mercado en la agricultura o en los servicios culturales. El patrón de la CNN, Ted Turner, ha anunciado ya que partía con sus programas a la conquista del Viejo Continente: frente a este proyecto se ha producido una movilización de profesionales de la cultura de algunos países europeos para exigir la "excepción cultural" en los acuerdos del GATT, sin contrapartidas en otros terrenos. Pero la CE, en plena crisis, no puede hablar con una sola voz en las negociaciones internacionales.

El próximo 15 de diciembre es la nueva fecha límite para poner fin a la Ronda. Por el momento los resultados están en el aire. Volveremos sobre ellos. [Nicolas Bènies].

Territorios upados. Mas allá de la Intifada

[Walid Salem es un investigador palestino que vive en Jerusalén Este y un militante de los Territorios Ocupados desde 1967. Ha sido detenido varias veces por su papel en la dirección de la Intifada y bajo la acusación de pertenecer al FPLP. A principios de año salió de la prisión de Neguev, una de las mas duras cárceles israelíes, tras un periodo de detención de dieciocho meses. Ha sido entrevistado por Inprecor].

Pregunta: *¿Crees que los acuerdos Arafat-Rabin eran inevitables?*

Walid Salem: Arafat pretende que el proceso abierto por la Conferencia de Madrid era un paso obligado. Las razones de ello serían, por una parte, la caída de la URSS y de los países del bloque socialista y por otra parte la derrota irakí. Pero estas afirmaciones son refutadas por una serie de hechos.

En primer lugar, los palestinos viven en una situación de revolución, no en un marco estatal. Las revoluciones son, en general, menos sensibles a las modificaciones de las relaciones de fuerzas que los Estados, que son tributarios de las relaciones diplomáticas y protocolarias. En cambio, Arafat actúa como si la OLP fuera un aparato de Estado, pese a que el pueblo palestino no tiene Estado. Los cambios que han tenido lugar, sea nivel internacional o árabe han sido muy negativos. Pero en Palestina teníamos el arma de la Intifada. La OLP podía apoyarse en ella para organizar una sublevación, desarrollarla, dotarla de un programa de acción, en definitiva, para modificar la relación de fuerzas en el terreno palestino. Aunque haya una innegable regresión a nivel internacional, no es sin embargo inevitable que repercuta en todos los países y todas las revoluciones. Era posible crear en Palestina una relación de fuerzas que permitiera realizar los derechos del pueblo palestino: su derecho al retorno, a la autodeterminación y a un Estado independiente.

P.: *¿Por qué crees que Arafat no ha asumido las reivindicaciones de la Intifada?*

W.S.: Mientras que la Intifada reivindicaba la independencia, Arafat se ha limitado a la autonomía. Pero eso no es todo. También ha participado en la asfixia de la Intifada, en hacerla abortar. No exagero si digo que las renunciaciones de Arafat han contribuido mas a aplastar a la Intifada que la represión israelí, a la cual se podía combatir resistiendo. Las renunciaciones son un arma mucho mas temible. En lugar de utilizar los puntos marcados por la Intifada para crear una relación de fuerzas favorable, ha renunciado a la Intifada y se ha propuesto objetivos cada vez mas mínimos hasta llamar, como ha hecho en su reciente visita a China, a detener la Intifada.

P.: *¿Cómo va a desarrollarse la asistencia internacional al plan "Gaza-Jericó, primero"?*

W.S.: Será supervisado por el Banco Mundial y la OLP será solamente un instrumento a su servicio. El plan elaborado por Abu Alaa, responsable del departamento económico de la OLP, preconiza que el Banco Mundial dirija el proceso de desarrollo íntegramente. Hay pues una demanda oficial palestina para que el Banco Mundial sea el actor principal. Se trata de una situación inédita, en la que la dirección de un país

propone por sí misma ser dependiente. El llamado plan de Harvard ha sido elaborado conjuntamente por economistas palestinos que apoyan el proceso de negociaciones, americanos e israelíes. Éste proyecto preconiza también que la ejecución esté ligada al control del Banco Mundial. En la práctica, el Banco Mundial dirige ya el proceso.

P.: *Se habla de una especie de mercado común entre Israel, Jordania y los Territorios Ocupados y hay alusiones al levantamiento del boicót árabe a los productos israelíes. ¿Cuál es la realidad de estos proyectos?*

W.S.: La burguesía comercial palestina ser una burguesía compradora, que despachará los productos israelíes hacia los mercados árabes. Jugará un papel de intermediario, de "comisionista" como decimos en Palestina, tan bien descrito por Adel Samara ¹. Se trata de un proyecto que desborda la región árabe; en realidad, se le llama el "Mercado Común de Oriente Medio" que comprendería Israel, Egipto, Jordania, Siria, Líbano y Turquía. Este plan incluye también objetivos políticos. El primero, aislar a algunos países como Irak, Libia, Sudán, Irán o Yemen que se opusieron a Estados Unidos durante la Guerra del Golfo, con la excepción de Jordania, cuya presencia en el proyecto es inevitable. El segundo objetivo busca comprometer la unidad árabe y a impedir las condiciones de su realización. Todos esos países árabes van a desarrollar sus relaciones con Turquía, como por ejemplo Egipto, que no tiene relaciones con países árabes hermanos como Túnez o Marruecos.

Otra ambición de ese mercado común es banalizar la presencia israelí, hacer su existencia natural, evidente en la región árabe. Israel podrá, por consiguiente, desarrollar sus potencialidades económicas y llegar a ser un país del centro cuando hoy está a medio camino entre el centro y la periferia. En fin, la existencia de ese mercado común refuerza al imperialismo de EE UU contra el de la CE o la atracción de los siete dragones asiáticos. Es un proyecto esencialmente americano, que perpetúa la hegemonía imperialista, en los planos económico, militar y político.

P.: *No todos los palestinos han sido considerados dentro de los Acuerdos. ¿Qué porvenir espera a los "olvidados"?*

W.S.: Los Acuerdos firmados por Arafat no mencionan en ningún momento a los refugiados de 1948; ésta es una forma implícita de sedentarizarlos en los países en que residen. La dirección palestina les ha simplemente abandonado.

En lo que se refiere a los refugiados de 1967, Arafat dice que exigirá su retorno, pero los Acuerdos sólo evocan la posibilidad de repatriar un cierto número de ellos, número que deben precisar los negociadores israelíes y los palestinos. Las declaraciones israelíes posteriores al Acuerdo constatan la posibilidad de retorno para los que se fueron en 1967 con una autorización de salida y que no regresaron en los plazos previstos. Pero los Acuerdos no afectan a los que huyeron, los que fueron obligados a huir por la guerra de 1967.

Por otra parte, el régimen jordano ha declarado oficialmente que quiere dar a los palestinos la opción entre el retorno a los Territorios o quedarse en Jordania, en cuyo caso obtendrían la ciudadanía jordana. En lo referente al Líbano, la cuestión no está clara, pero hay signos de que van hacia la sedentarización.

¹ Ver *Viento Sur* nº 11.

Se llegaría así a una "kurdistanización" de los palestinos, que quedarían repartidos en varios países, perdiendo su identidad como pueblo.

P.: *¿Cuál es tu opinión sobre los llamamientos a constituir un frente nacional islámico por los oponentes a los Acuerdos?*

W. S.: Tras un debate en el seno de las "diez fracciones" ², se han puesto de acuerdo para constituir un "Frente Nacional Democrático Islámico", no un "Frente Nacional Islámico" solamente. Su primer objetivo es el fracaso de los Acuerdos y el segundo la reconstrucción de la OLP. Esto quiere decir que Hamas ha estado de acuerdo también en este punto y con la Carta Palestina, como puede comprobarse claramente en el comunicado de la reunión realizada en Damas el día 17 de octubre. Así la lucha palestina se ha dotado rápidamente de una nueva dirección. Las perspectivas de la lucha palestina están en adelante ligadas a este frente, ya que Arafat ha decidido abandonar el combate.

Pero hay que reconocer que el contexto de la lucha es mucho más complejo por varias razones. En primer lugar, Arafat va a querer demostrar sus buenas intenciones al Estado sionista en las regiones que va a administrar, impidiendo los actos dirigidos contra Israel por parte de los militantes palestinos. El Acuerdo establece el derecho del Ejército israelí a penetrar en Gaza y Jericó en persecución de los autores de esos actos. Si Arafat no quiere que el Ejército israelí entre, deberá impedir él mismo esos actos para no dar pretexto a una intervención militar; esto va a complicar la lucha.

Además, el Ejército israelí va a desplegarse fuera de las zonas de población palestina, pero no va a retirarse; algunos objetivos israelíes serán más difíciles de alcanzar que anteriormente. En fin, tercer elemento de toda esta complejidad, la lucha contra la entidad sionista va a comportar una nueva dimensión. No se tratará solamente de una lucha de masas, militar contra la presencia sionista armada. Incluirá también la lucha contra los explotadores israelíes, pero esta vez el capital será israelí y palestino.

Yo tengo confianza en las fuerzas que constituyen el Frente; ellas encontrarán soluciones. Habrá que añadir a la lucha nacional una lucha democrática, por los derechos humanos frente a la represión, por la libertad de las mujeres, por la pluralidad ideológica y política.

En lo que se refiere a la Intifada, ha retrocedido y está estancada. Luchaba contra la ocupación. Pero ahora que Arafat está a dos dedos del poder en Gaza y Jericó, abordamos una nueva fase de la lucha, nacional y democrática, diferente de la Intifada.

² Las "diez fracciones" son una especie de "frente de rechazo" del proceso abierto por la Conferencia de Madrid y después del Acuerdo Gaza-Jericó. Sus principales componentes son el FPLP, el FDLP, el FP (Comando General) de Ahmed Jibril y Hamas.

Portugal. El PSR cumple 20 años



El PSR portugués es amigo de la casa, de toda la vida. Suele haber bastante trasiego de colegas, de aquí para allá y de allá para acá. El año próximo, veinte aniversario de la que fue llamada "revolución de los claveles" lo mismo vale la pena hacer alguna movida ibérica. Ya veremos.

De la multitud de grupos de izquierda radical que lucharon en abril del 74, sólo queda uno que exista y sea leal con los sueños y el combate de entonces: precisamente, el PSR. Y como es, además, una organización modesta y perseverante, a la que le gusta lo que hace —la revuelta, las campañas políticas y electorales radicales e imaginativas, su prensa (tan subversiva en la forma, como en el fondo), el impulso de la insumisión, el antifascismo y el antiracismo...—, se ha ganado a pulso el respeto, el interés y la amistad de mucha gente.

El 11 de diciembre, el PSR ha celebrado su veinte cumpleaños. En el camino han cambiado de siglas al comienzo se llamaban Liga Comunista Internacionalista), han renovado a fondo su dirección (no queda en ella ninguno de los fundadores y una tercera parte de ella tiene mas o menos la edad del partido) y han evolucionado de una manera razonable y constructiva en sus ideas. Buena gente, vaya.

Han organizado una fiesta de cumpleaños y la invitación es esa botella, de excelente cosecha Nos la han enviado, acompañada de una nota que dice: «*A vossa saúde*». Pues, con nuestra felicitación, y una sana y fraternal envidia: A la vuestra, hermanos.

3 miradas Voces

Fuera del estudio



¡¡ No!! (Madrid, 1990).



Árboles solitarios (Madrid, 1989).



Fernando Salas (Madrid, 1990).

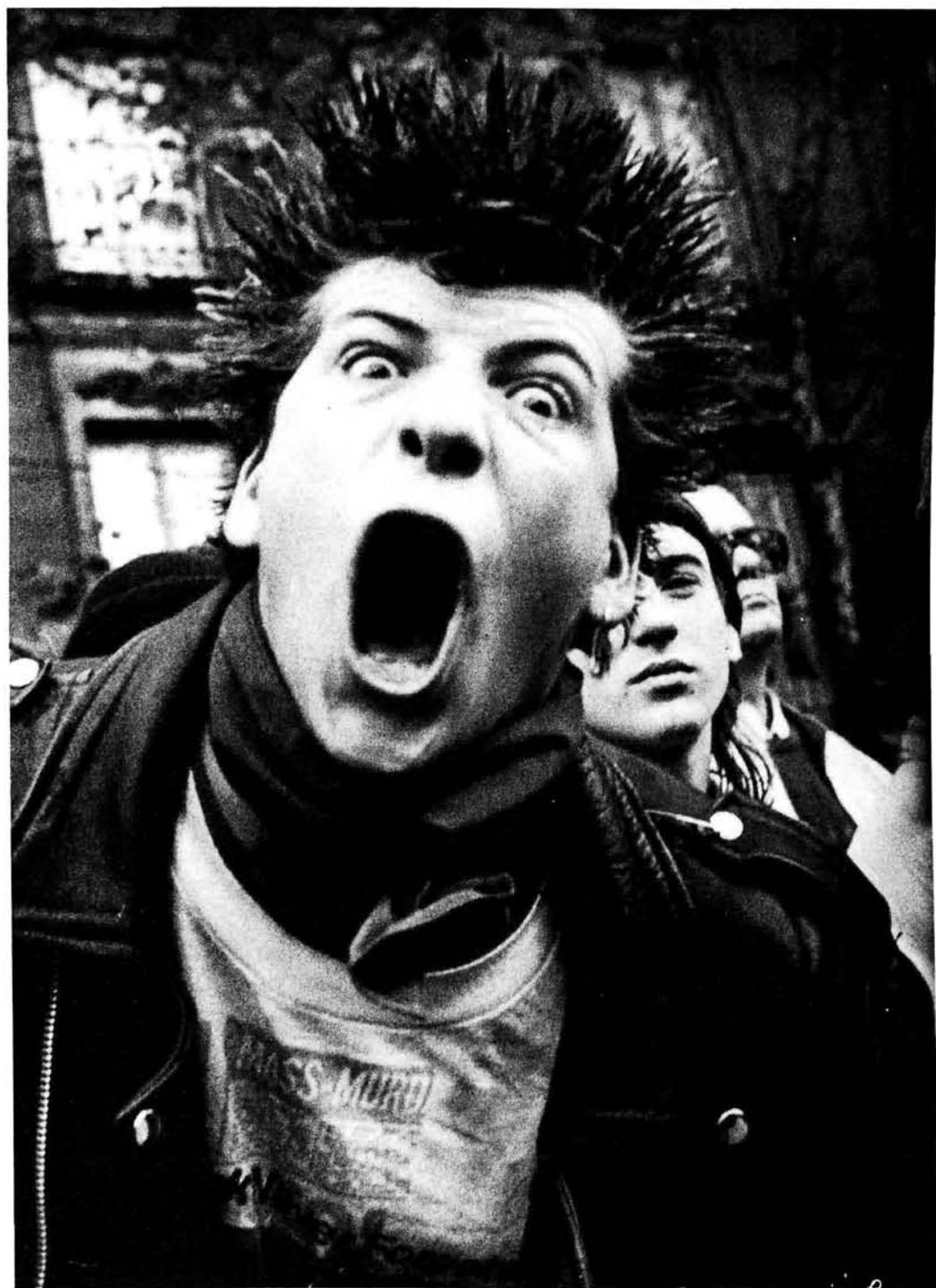


La fábrica (Villaverde, Madrid, 1992).

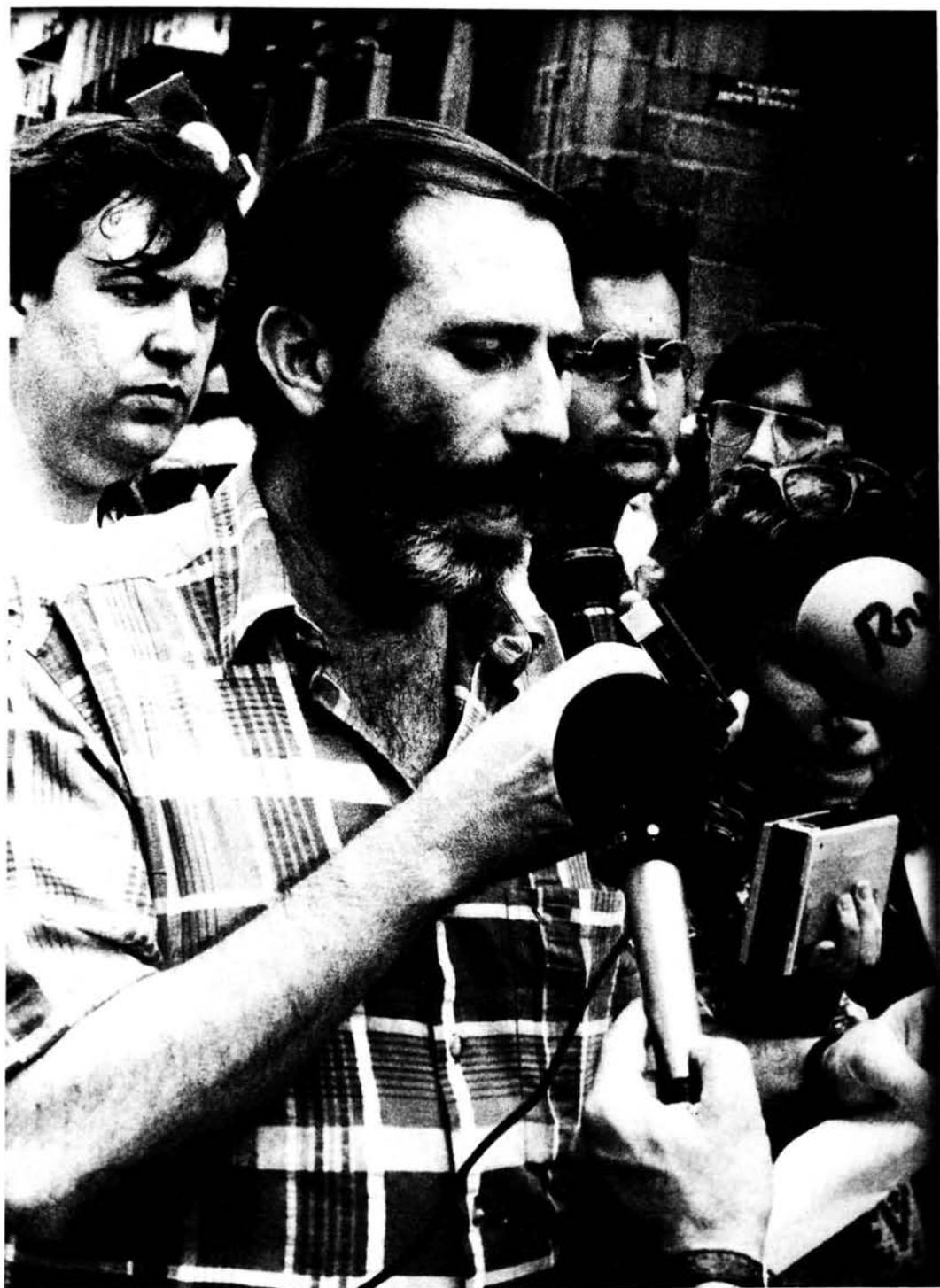


Marcha del hierro (Madrid, 1992).

Fotos de Santiago de la Iglesia











1 ¿Todavía hay clases?

¿Qué es una clase social?

Tony Andréani

Hoy es casi un lugar común considerar que las clases sociales, si es que han existido alguna vez desde la llegada del capitalismo, están en vías de desaparición, laminadas por los progresos de la democracia política, por la reducción de las desigualdades económicas, por el ascenso de las categorías sociales intermedias, por el irresistible crecimiento de la individualización en todas las capas de la sociedad. «Las dinámicas modernas, se dice, no han jugado a favor de las clases, han desdibujado y, al menos parcialmente, borrado las distinciones de clase» /1. Como consecuencia de ello, la conciencia de clase habría descendido hasta lo más bajo y, con ella, las luchas de clases. Se insiste en la desaparición de los grandes conflictos sociales, en el declive de las ideologías revolucionarias, en la sustitución de las luchas frontales por movimientos sectoriales y corporativos, en la pacificación general de la sociedad. Indudablemente, el capitalismo nos llevará con suavidad, sin enfrentamientos ni revolución, hacia la sociedad sin clases. La profecía de Marx se realizará, pero sin que el proletariado intervenga para nada; por el contrario, la ideología proletaria, habrá reconstituido una sociedad de clases, la peor de todas.

Este cuadro idílico no tiene mucho que ver con la realidad. Y sobre todo, se basa en múltiples confusiones teóricas, comenzando por las que afectan a la noción de clase, bastante confusa, es cierto, en la tradición marxista. Voy a proponer aquí algunos temas de reflexión, aunque no pueda entrar en todas sus implicaciones /2.

El concepto de clase es a la vez simple y muy complejo, sin duda el más difícil de toda la teoría social, puesto que pone en juego la mayor parte de sus demás conceptos.

1/ P. Bénéton: *Les classes sociales*, PUF, 1991, p.114

2/ Me apoyo en el aparato teórico que he desarrollado en *De la société à l'histoire*, 2.t. Meridiens Klincksieck, 1989.

Hay relaciones de clases a partir del momento en que hay relaciones de dominación y de explotación: tal es la intuición central del pensamiento marxiano, y es esta intuición la que da un alcance teórico a lo que no era hasta entonces más que una noción jurídico-política (confundida, bajo el Antiguo Régimen, con las de rango, orden o estamento) o una categoría económica descriptiva (fundada en diferencias de fortuna o, como en los fisiócratas, en distinciones de sectores productivos). Pero tales relaciones están normalmente asociadas al régimen de propiedad, aunque Marx haya advertido contra una criterio que, también, podía ser considerado en un sentido jurídico, disimulando la “propiedad real” (esas funciones sociales que él designaba, en el caso del capitalismo, como funciones de “autoridad” o de “dirección”).

Si se quiere enlazar con la inspiración marxiana, aumentando el rigor y la precisión de los conceptos, la tarea es difícil y exigiría amplios desarrollos. Me limitaré a señalar los puntos principales.

Dominación y explotación

Los poseedores del poder económico son, en primer lugar, los que toman las decisiones de gestión y las imponen a los demás agentes sociales. En una empresa perfectamente democrática, en la que todos participaran directamente en las decisiones, habría una relación de producción, un poder de cada uno sobre todos y de todos sobre cada uno, pero no habría dominación. La empresa capitalista está dominada por sus grandes accionistas y sus managers; un manager que no tuviera propiedad no dejaría por ello de formar parte de los dominantes. Las decisiones de gestión comportan, entre otras cosas, poder determinar el número de trabajadores y sus cualificaciones (y consiguientemente las contrataciones y los despidos), fijar su gasto de trabajo, directa o indirectamente (vía la organización del trabajo y la elección de las técnicas de producción), decidir clasificaciones, escalas de salarios y sistemas de remuneración al rendimiento. Estamos aquí en el corazón de las prerrogativas patronales o directivas, como muestra claramente la negativa intransigente, obstinada, que oponen las direcciones de empresas a cualquier forma de compartir estos poderes. ¿Es necesario decir que estas prerrogativas significan una dominación del “capital” sobre el “trabajo”, y que los empresarios no son esos puros compradores de factores que postula el modelo neoclásico?

Aunque no sea fácil identificar a los detentadores de estas funciones de “propiedad” o de “gestión”, esta categoría social es claramente la heredera directa de la burguesía del siglo XIX, y no hay ninguna razón para atribuirle otro nombre. Tal es el núcleo duro de la clase económicamente dominante, alrededor del cual gravitan los átomos de los pequeños accionistas y obligacionistas que sacan sustanciales rentas de sus títulos, y que, aunque no tienen ningún poder directo, pueden sin embargo, cediendo esos títulos, marcar su desconfianza hacia los dirigentes de empresa y así sancionarles. Frente a esta categoría dominante, todos los demás asalariados son dominados, lo que no quiere decir, como se verá, que constituyan una sola clase.

Pero el concepto de clase sólo adquiere su sentido con una segunda dimensión, la de la explotación; daremos esta primera definición: es explotador el que se atribuye una parte del producto social superior a la que debería corresponderle en función del

trabajo que ha efectuado; es explotado el que recibe una parte inferior /3. Esta definición plantea problemas y presenta insuficiencias.

Calidad del trabajo

Una primera dificultad aparece con el problema de la "calidad" del trabajo. Algunos han quedado tan bloqueados en él, que han renunciado a toda medida de la explotación en términos de cantidades de trabajo, considerando que no había ningún medio de hacer el trabajo homogéneo. Los teóricos y economistas de los países "socialistas" se las han ingeniado para embrollar las cosas, con el objetivo de justificar una fuerte jerarquía de salarios, utilizando y mezclando expresiones como "trabajo difícil", "cualificado", "competente", "responsable", etc.

Ahora bien, ¿qué significa, en realidad, la calidad? Puede ser el cuidado, la atención aportadas a un trabajo, pero eso se refiere a un mayor esfuerzo o a una mayor intensidad del trabajo, perfectamente medible, incluso si es difícil hacerlo desde el exterior, ya que pone en juego toda clase de parámetros y no puede ser realmente evaluada más que por los propios trabajadores.

La calidad puede también significar la cualificación. Ahora bien, ésta, contrariamente a lo que se ha afirmado, es también medible, de la forma siguiente: por el tiempo utilizado para adquirirla y por un cierto número de costes anexos (los gastos de enseñanza), lo cual no tiene nada que ver con que un trabajo más cualificado sea más productivo que un trabajo menos cualificado /4. En cuanto a que un trabajo sea más "difícil" o más "responsable", puede medirse también en términos de esfuerzo proporcionado: tal trabajo puede exigir un cierto gasto de energía, que puede compararse con la requerida por un trabajo más fácil, o puede exigir una mayor cualificación. Resulta de esto que una distribución que se hiciera según el principio de «a cada cual según su trabajo» (según su gasto de trabajo), no teniendo que retribuir sino la intensidad del trabajo y los costes de la cualificación /5, conduciría a una muy débil jerarquía de las remuneraciones. En lo que concierne a la escala de las cualificaciones, apenas podría superar la relación de 1 a 1,5, que correspondería al reembolso, a lo largo de la vida de trabajo activo, del coste de la formación (naturalmente si éste es sufragado por el individuo) /6.

Una segunda dificultad, que también ha parecido insuperable, es que la explotación

3/Ver *De la société à l'histoire*, t. 1, p.394 y sig. y t.2, pp.156-159.

4/ Por ejemplo, el coste de la cualificación podría conllevar un salario base aumentado en un 10%, mientras que el trabajo habría dado dos veces más resultados.

5/ Se puede tener una idea de coste de la cualificación suponiendo que el trabajador en formación ha tomado prestado para vivir y ha pagado el precio de sus estudios, en un sistema en el que habría que pagar por completo la enseñanza.

6/ C.Baudelot y R.Estabet, *La petite-bourgeoisie en France*, Maspéro, 1974, p.215. Mi análisis es un poco diferente. El cálculo del valor de la cualificación debería hacerse, en mi opinión, según las bases siguientes: 1) el número de años de formación por encima de la formación mínima (por ejemplo hoy después de los 16 años, edad del final de la escolaridad obligatoria) y que deberían ser remunerados como trabajo simple (en la realidad es claramente un trabajo «simple», es decir nada o poco cualificado, que llevan a cabo todos los jóvenes que deben trabajar para vivir durante el tiempo de sus estudios); 2) los gastos de escolaridad que son soportados por los individuos y no por el sistema de educación pública (entrados en la vida activa, pagarán impuestos para el financiamiento de los gastos de educación);

no parece medible mas que si se compara un gasto de trabajo con una renta (consumible o acumulable), también evaluable en términos de cantidades de trabajo. Pero ocurre que la economía mercantil y capitalista funciona en términos de precios y de rentas monetarias, y además los precios difieren en ella de los valores (en el sentido de la economía clásica), incluso de los valores medios, debido a la igualación de las tasas de ganancia **7**.

Precios y valores

La dificultad es efectivamente importante, e insoluble mientras uno se dedique a convertir valores en precios y recíprocamente. De hecho el famoso problema de la «transformación de los valores en precios de producción», que ha hecho las delicias, a menudo perversas, de generaciones de economistas, no puede encontrar una respuesta satisfactoria, porque es un falso problema: hay que comprender que los precios son una cosa y los valores otra. Para medir la explotación, habría que reevaluar todos los procesos productivos en términos de cantidades de trabajo y las estadísticas faltan en este terreno, o son extremadamente imprecisas; los raros trabajos efectuados sólo pueden ser sino aproximativos **8**.

Otra consecuencia de esta discordancia precios/valores es la imposibilidad de medir la explotación empresa por empresa y rama por rama: si se quiere, por ejemplo, definir una tasa de explotación, hay que considerar el conjunto de la clase explotadora y el conjunto de la clase explotada en un país dado. Esto es suficiente para mostrarnos que una delimitación de clases es impracticable, de un modo riguroso, con los útiles de que disponemos. Pero eso no prueba que las clases no existan, si nos colocamos al nivel requerido, es decir al nivel macroeconómico. La consideración anterior complica también en la práctica el problema de la evaluación del valor de las cualificaciones. En las relaciones sociales concretas, las cosas se presentan de forma diferente: aquí cada empleado hace frente a su empleador y no evalúa su explotación más que por el salario recibido, en la medida que puede compararlo a los demás (cosa difícil, pues los salarios y los diferentes complementos no son objeto de ningún tipo de publicidad) y a las rentas del capital (sobre las cuales es aún más ignorante). Ésta es una de las razones por las que el fenómeno de la explotación permanece tan oscuro. Pero ello no impide la existencia de fuertes conflictos de intereses entre las clases,

y 3) los gastos de mantenimiento de la cualificación que habría que calcular sobre las mismas bases: tiempo de trabajo pasado (y no pagado) y gastos de estudios a cargo de los individuos. Un cálculo efectuado sobre estas bases muestra que entre el trabajo menos cualificado y el trabajo más cualificado la relación apenas puede superar la relación de 1 a 1,5. En una sociedad diferente e igualitaria el trabajo de formación sería remunerado como cualquier otro trabajo y la sociedad tomaría a su cargo todos los gastos de enseñanza (ciertamente gastaría más en unos que en otros, pero nadie encontraría nada que decir, si el trabajo fuera libremente elegido, teniendo en cuenta las necesidades sociales). Como, en la sociedad capitalista, el trabajo de formación y numerosos gastos están a cargo de los individuos o de sus familias, es normal que un cierto sobresalario venga a compensar su coste.

7 Estas "cantidades de trabajo socialmente necesarias" de las que hablaba Marx, correspondían para él a un estado de equilibrio entre la oferta y la demanda y a condiciones medias de productividad en la rama.

8 El estudio más preciso que conozco es el de C. Baudelot, R. Establet y J. Toiser, en *Qui travaille pour qui?*, Maspéro, 1979.

determinados en última instancia por una distribución de los poderes, de las riquezas y del producto del trabajo social del que sólo se perciben algunos efectos **9**.

Una tercera dificultad, que pasa generalmente desapercibida, es la siguiente: ¿se debe tener en cuenta todo el trabajo, cualquiera que sea su naturaleza? Hay que hacer una distinción esencial entre el “trabajo general”, que corresponde a funciones indispensables a todo sistema productivo, y “funciones especiales”, que están ligadas a la dominación y a la explotación **10**. En el caso del capitalismo, los gestores del capital toman decisiones (sobre las inversiones, la fijación de los salarios, los modos de organización del trabajo, etc.) que unos “trabajadores asociados” estarían también obligados a tomar. Este trabajo general debe ser retribuido como cualquier otro, y también según su cualificación. Que una fracción de la ganancia de la empresa sirva, vía autofinanciamiento, para la acumulación privada y para un fondo de reserva igualmente privado, que se convierten así en fondos de explotación, no cambia en nada la necesidad de ese trabajo. Pero esos gestores efectúan también un «trabajo de dominación» (Bourdieu) con múltiples facetas: guardar el secreto sobre las informaciones cruciales, levantar barreras alrededor de su poder, atribuirse un fondo de consumo extra, elegir los mejores métodos de presión física y psicológica sobre el trabajador, dividir a los asalariados, romper sus formas de resistencia, etc. Sería inevitablemente contradictorio poner este trabajo, que supone además numerosos medios de producción, en la cuenta de la contribución al proceso productivo, puesto que desaparecería en una empresa en la que el trabajo estuviera “asociado”. Esto nos lleva a revisar nuestra definición de la siguiente manera: es explotador un agente social que se atribuye una parte del producto social superior a la que debería corresponderle en función del trabajo general que ha efectuado.

¿Cómo retribuir al capital?

Se objetará a esta teoría de la explotación que se refiere únicamente al trabajo proporcionado, en su duración, su intensidad y su cualificación. Sin embargo, ¿estaría explotado el detentador del capital si no percibiera ninguna renta por invertirlo? Esto es, naturalmente, lo que sostienen los economistas liberales, para los cuales, todos los factores de producción deben ser remunerados, fijando el mercado el justo precio. Ciertamente podemos responderles que dan por supuesta una apropiación privada del capital y que el problema no se plantearía si el ahorro fuera público (el impuesto, o la tasación del uso del capital público, constituiría un ahorro forzoso igual para todos).

Supongamos sin embargo que el ahorro fuera un mecanismo económico indispensable, disociándole de todo derecho de control sobre la gestión, de forma que fuera

9/ Los trabajadores serían evidentemente bastante más conscientes de la realidad si fueran capaces de conocer y analizar las estadísticas macroeconómicas, cualesquiera que sean sus lagunas, de los institutos de la contabilidad nacional.

10/ Esta es una distinción que se cruza todo *El Capital*, por ejemplo cuando Marx opone, a propósito del trabajo de vigilancia, las «funciones generales» de coordinación, que son comparables a las de un jefe de orquesta, y las funciones de coerción y de represión que sirven para «explotar el proceso de trabajo social». Para un análisis detallado de estas funciones, ver *De la société à l'histoire*, t. 1, p. 397.

una pura inversión: ¿no debería ser remunerado, en la medida que implica un “sacrificio”, el de la “espera” de resultados?

No hay en mi opinión, más que dos tipos de respuestas aceptables. O bien el dinero prestado está suficientemente remunerado por el mantenimiento de su valor (mientras que todos los demás bienes están afectados por la obsolescencia), o bien debe recibir un interés real, que podría ser determinado bien por el mercado, bien por el poder público. En el primer caso se encuentra incluido en el “fondo de reemplazo del valor de los medios de producción”, y hay pocas cosas que cambiar en la teoría de la explotación /11; en el segundo hay que deducir del producto social neto un fondo correspondiente al interés, y la explotación empezaría solamente a partir de ahí. Esta cuestión es menos importante de lo que parece pues un estrechamiento de la escala de las rentas (declaradas y ocultas) del trabajo, tal como se produciría muy probablemente en un sistema socialista auténticamente democrático, no permitiría grandes diferencias en las posibilidades de ahorro.

Otra objeción podría referirse a la remuneración del “talento” y de la “innovación”. Admitir tal remuneración conduciría a revisar la teoría marxiana de la explotación, pero en una débil medida: se podría admitir que las cualidades así manifestadas por ciertos individuos demanden una “prima” (le tocaría a la sociedad decidirlo, y ello por razones de eficacia y no por razones de “justicia”), pero diferiría profundamente del “salario de rareza” tal como se manifiesta en la economía capitalista /12.

Una tercera objeción trataría sobre el propio principio de «a cada uno según su trabajo», en la medida que este principio es de naturaleza meritocrática. Esta objeción traería una larga discusión sobre este problema, pero debemos señalar aquí que la teoría de la explotación se refiere a conjuntos de trabajadores, no de individuos. La cuestión, sin embargo, está cargada de implicaciones sociales.

Toda la teoría de la dominación y de la explotación (y acabamos de ver cómo los dos conceptos están intrínsecamente unidos) se sitúa a nivel económico, sin olvidar que este nivel está siempre más o menos determinado por el político /13. ¿Pero qué ocurre con el poder político y el poder “espiritual”? Siempre se podrá señalar que los detentadores de estos poderes no son los mismos agentes que los que ejercen el poder económico (los gestores del capital, en la crítica de Raymond Aron). Esto sería (parcialmente) cierto para el sistema social capitalista, aunque mucho menos para los sistemas sociales anteriores. Pero será mucho más difícil probar que el lugar central del poder no es la economía; por otra parte, un pensador liberal como Aron debería estar de acuerdo con ello sin dificultad.

Sólo una interpretación extremadamente esquemática del pensamiento marxiano podía pretender que la clase económicamente dominante se confundía con la clase

11/Sobre el reparto del producto entre diferentes fondos «generales», cf. *De la société à l'histoire*, t.1, pp.374 a 386. Sobre los fondos de «explotación», cf. *ibidem*, pp.389-a 394 y t.2 pp.156-159 para un resumen y pp. 166-168 para una ilustración simplificada.

12/ Si la sociedad decidiera remitirse al mercado para fijar el montante de esta “prima”, quedaría por saber de qué mercado se trataría (el mercado capitalista está caracterizado por el poder de “casta” de los dirigentes, por rarezas artificiales, como el *numerus clausus* de orden institucional para la entrada en las grandes escuelas de enseñanza superior, y por una tendencia estructural al paro.

13/ Hay que tener en cuenta en particular, los efectos muy complejos, y muy difíciles de evaluar, de los mecanismos estatales de redistribución a partir de recaudaciones obligatorias, así como el uso efectivo de las prestaciones sociales.

política e ideológicamente dominante. Pues no sólo los mismos agentes no ejercen, en general, simultáneamente las mismas funciones; también hay que considerar que las clases dominadas tienen, al menos desde la instauración del sufragio universal, un lugar en las instituciones políticas y culturales.

La cuestión de la "clasificación" de los dirigentes y élites políticas y culturales puede resolverse así: en cuanto ejercen un dominio en las instituciones en las que trabajan y contribuyen a la reproducción del sistema económico de dominación y de explotación (en el que tienen funciones "especiales"), constituyen una fracción de la clase dominante; en la medida que no ejercen una función de dominio, defienden realmente los intereses de la clase dominada y explotada y se contentan con una retribución que sea simplemente función de su trabajo y de su cualificación, pertenecen a la clase explotada.

Pero se ve enseguida que la inmensa mayoría de esos agentes no están ni en uno ni en el otro caso, y esto nos conduce a una última serie de consideraciones sobre la teoría de las clases.

Una clase intermedia

Entre la clase dominante y explotadora y la clase dominada, existen un número más o menos grande de agentes que, sin ejercer las funciones de la "propiedad real", sino funciones de dirección subordinada, o simplemente funciones de producción, aunque sean a alto nivel, constituyen una "clase intermedia". Estos agentes son "beneficiarios de la explotación" en la medida que la clase dominante les cede una cuota-parte del producto social, superior a la que deberían recibir en función del trabajo general que han proporcionado (pues, aquí también, importa distinguir trabajo general y trabajo especial, ligado a la dominación y a la explotación). En el caso del capitalismo se podrá hablar de una "pequeña burguesía capitalista". Una fracción de esta pequeña burguesía se encuentra también en el sistema político y en las "profesiones ideológicas", en las que posee un peso particularmente importante.

Esta teoría de las clases se sitúa en el nivel "objetivo", en el de las "relaciones reales", independientemente de la forma en que están representadas. ¿Qué vale, sin embargo, esta distinción objetivo/subjetivo, o real/imaginario?. Debe, claramente, ser relativizada, si no se quiere caer en un estructuralismo epistemológicamente dudoso. No puedo entrar aquí en un análisis detallado. Diré solamente que todo lo que ocurre en el terreno de la distribución del trabajo social, de las rentas y del poder, tiene necesariamente efectos sobre la vida social real, incluso si los mecanismos económicos funcionan según otros criterios y si la ciencia económica no se interesa más que por esos mecanismos /14/. Sin embargo, estos efectos no afectan a la información y la conciencia inmediata de los agentes (por ejemplo, la penosidad del trabajo en las distintas ramas sólo adquiere un sentido social a través de las comparaciones que pueden efectuar los trabajadores). Por consiguiente, lo objetivo está siempre en un

14/ Supongamos, por ejemplo, que la remuneración de los factores sea estrictamente proporcional a su productividad marginal, esto querría decir solamente que es por este medio como se realiza esa transferencia de valor que se denomina explotación.

cierto sentido de lo subjetivo. Pero entre esta conciencia inmediata y las representaciones individuales y colectivas más elaboradas, hay todo tipo de mediaciones **/15** que hacen que la “conciencia de clase” difiera siempre, a veces hasta la “inversión”, de la realidad espontáneamente vivida.

Pero ¿acaso margina esta concepción de las clases, de inspiración marxiana, algunos determinantes importantes? No lo creo. Las diferencias de patrimonio acentúan, ciertamente, las polarizaciones sociales, pero no tienen efecto sobre las relaciones reales más que en la medida que esos patrimonios son fuente de rentas. En cuanto a la posesión de un “capital cultural” (titulaciones, por ejemplo), de un “capital social” (“relaciones”, etc.), sólo es operativa si produce efectos sobre las relaciones ordinarias de poder y sobre la distribución de las rentas **/16**.

Las clases hoy

Una primera conclusión es que no pueden dejar de existir clases mientras existan relaciones de dominación y de explotación. Desde luego, no han desaparecido. Pero, ¿estarían al menos “en vías de desaparición”? Es lo que numerosos autores han concluido, a partir de la utilización de algunos índices. Ahora bien, si reflexionamos sobre esos índices, resultan más bien menores y esas conclusiones son precipitadas: como si la apertura de una ventana transformara una cabaña en un palacio. Y sobre todo, los índices parecen estar bastante mal interpretados.

Las precisiones conceptuales que he querido aportar podrían concluir en la imposibilidad de un análisis económico y sociológico riguroso, de tantas precauciones metodológicas como implican: especialmente, habría que reinterpretar las categorías socioprofesionales de las estadísticas de empleo, incluso en su estructuración fina, en función de la naturaleza de los empleos (por ejemplo, buscar por dónde pasa la frontera, en términos de poder, entre la burguesía y la pequeña burguesía del capitalismo, o examinar cuales son las diferencias, en términos de trabajo general y de trabajo especial, entre lo que hace una enfermera y lo que hace un policía). Esto no es inalcanzable, máxime teniendo en cuenta que algunas grandes diferencias de categorías están bien definidas.

De hecho, las desigualdades económicas han permanecido poco más o menos estables durante los últimos decenios (basta, para convencerse de ello, considerar la evolución de las distancias entre las rentas salariales). Incluso han aumentado incluso durante los diez años que acaban de pasar. ¡Y no podría decirse que, durante ese mismo período, la democracia política haya progresado! Lo que ha cambiado, son los contornos de las clases sociales, y, en una débil medida, su fuerza numérica respectiva. No daré aquí sino un breve resumen de los resultados a los que he llegado, a partir

15/ Por ejemplo la propiedad de un piso o de algunos títulos de bolsa, con la mentalidad de “pequeño propietario” que puede conllevar

16/ Es el primer reproche que se puede plantear a las concepciones de Pierre Bourdieu, que pone en el mismo plano a todos los tipos de “capital”; el segundo es que una teoría de los campos no tiene en cuenta más que las dominaciones, olvidándose de la explotación. Todo esto conduce finalmente a un desdibujamiento de las diferenciaciones sociales más decisivas.

de los conceptos que acabo de evocar /17.

El proletariado, que comprende ya casi tantos empleados como obreros, representaría, en 1989, alrededor del 58% de los activos (*nota*: todos los datos que siguen se refieren a la situación francesa). La evolución más importante concierne a su fracción obrera: ha conocido una diversificación y un verdadero estallido entre un núcleo central relativamente privilegiado y capas periféricas más o menos maltratadas, debido a las reestructuraciones capitalistas y a la dualización del mercado de trabajo. Lo que, con la importancia del paro, explica muchas cosas. La burguesía propiamente capitalista (jefes de empresa, una fracción de los cuadros superiores, y sus "correspondientes" en el aparato del Estado) no representaría más que el 1,7% de la población activa /18. Pero también ella ha conocido mutaciones internas. Sólo la pequeña burguesía del capitalismo está en expansión (alrededor del 24% de los activos hoy), pero está muy dividida entre una grande y una pequeña burguesía y entre una fracción de encuadramiento y una fracción intelectual.

Como se ve, el paisaje social ha cambiado sin duda en sus relieves, pero bastante poco en su geología más profunda. Quedaría por interpretar el debilitamiento de las luchas sociales y el declive del movimiento obrero. Pero son cuestiones demasiado complejas para ser abordadas en el marco de este artículo.

17/ Están detalladas en un capítulo de un libro que todavía no ha aparecido, *Discours sur l'égalité parmi les hommes*, L'Harmattan.

18/ Si se añade, como "asimilados burgueses", un cierto número de miembros de las profesiones liberales y de las profesiones de la información, de las artes y del espectáculo, no se alcanza el 3% de los activos.



2 ¿Todavía hay clases?

La clase obrera tiene dos sexos

Helena Hirata y Danièle Kergoat

La literatura existente habla de la "clase obrera" sin hacer referencia al sexo de los actores sociales, como si el lugar en la producción fuera un elemento unificador de tal naturaleza que formar parte de la clase obrera remitiera a una serie de comportamientos y de actitudes relativamente unívocos... Ciertamente, esta tendencia a promover la imagen de una clase relativamente homogénea, cuyas únicas rupturas verdaderas se-

rían las producidas por el empleo o el paro, el lugar en la producción o la cualificación, no ignora solamente las categorías de sexo. Variables como la nacionalidad o la edad..., aunque su calidad heurística sea poco reconocida, han sido objeto desde hace largo tiempo de tratamientos sociológicos. En cambio sobre la variable sexo no hay nada o casi nada /1.

Deseamos romper aquí este silencio reafirmando que el concepto de clases sociales ha sido cuestionado por el feminismo, en particular por las investigaciones sobre las relaciones sociales de sexo y sobre el "género" /2. Es mas, el concepto de clases sociales, o mas bien la utilización que ha sido hecho de él, no permite comprender, por sí solo, el lugar de las mujeres en la producción y la reproducción sociales. Relaciones de clase y relaciones de sexo son, de hecho, conceptos coextensivos (es decir, se recubren parcialmente el uno al otro): por consiguiente, tanto para las mujeres como para los hombres, hay que analizarlos conjuntamente.

Clase y género

La conceptualización marxista de las clases sociales fue criticada desde un punto de vista de género en los años setenta. Christine Delphy ha mostrado cómo la pertenencia de clase de las mujeres se construye por referencia exclusiva a los hombres (marido, padre), sin que sean tomadas en consideración las actividades de las propias mujeres. Mas indirectamente, Nicole-Claude Mathieu habla de «categorías de sexo» /4; Colette Guillaumin avanza el concepto de «sexaje» /5.

Volveremos sobre estas teorizaciones, pero su impacto se debe a que, en la tradición académica—incluyendo los análisis marxistas— las clases sociales han sido tratadas siempre como si el género no implicara ninguna heterogeneidad en su composición, sus comportamientos y sus prácticas. Cuando se abordaba el problema, era en términos biologizantes: "las mujeres"; y pronto la cultura dejaba su lugar a la naturaleza y el razonamiento político o sociológico a los estereotipos.

Pero, por un lado, todos los individuos son hombres o mujeres y, por otra parte, todos tienen una situación de clase determinada (origen de clase, inserción actual). Así, las relaciones de clase y las relaciones de sexo son relaciones estructurantes fundamentales de la sociedad, por oposición a relaciones contingentes (maestro-alumno, médico-paciente, jóvenes-viejos). Sin embargo, el concepto de género (o de sexo social) tiene un origen mucho mas reciente que el de clase social. En *El Capital*, las mujeres no existen en tanto que sexo social, sino son, junto con otras categorías sociales, integrantes del ejército de reserva industrial. La construcción del concepto

1/ Kergoat, Daniele: «Ouvriers=ouvrières?», *Critiques de l'Economie politique*, 1978, n 5. Volkoff, Serge y Molinie, Anne-Francoise, «Les conditions de travail des ouvriers et des ouvrières», *Economie et Statistique*, n 118, 1980.

2/ Hemos adoptado aquí, por comodidad de escritura, el término "género" que habitualmente sólo utilizamos muy poco. cfr. Kergoat, Danièle: «A propos des rapports sociaux de sexe», *Revue M: Le féminisme a l'heure des choix*, 1992, n° 53-54.

3/ Delphy, Christine: «Les femmes dans les études de stratification», en Michel, Andre (org.): *Femmes, sexisme et société*, Paris, PUF, 1977.

4/ Mathieu, N. N.: *L'anatomie politique. Categorisations et ideologies du sexe*, Paris, Côté-femmes, 1991.

5/ Guillaumin, C.: *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de Nature*, Paris, Cote-femmes, 1992.

de género data de los años setenta y los antropólogos y sociólogos que han trabajado sobre esta noción lo han hecho en el marco histórico del movimiento de las mujeres. Las reivindicaciones de este movimiento prueban hasta qué punto la explotación, concepto clave del marxismo y base de la relación antagonica entre las clases, es radicalmente insuficiente para dar cuenta de la opresión que sufren las mujeres, en el marco de las relaciones hombres-mujeres en el seno de la sociedad. Sin embargo, se mantiene el problema: es, efectivamente, por referencia (o en oposición) al marxismo como los nuevos conceptos de "modo de producción doméstico", de "categorías de sexo" o de "sexaje" han sido elaborados. Y eso es, sin duda, una de las diferencias mas fuertes entre el feminismo francés y el feminismo anglosajón, en particular, americano.

Estos trabajos han ocasionado consecuencias importantes en la manera de conceptualizar toda una serie de nociones, empezando por la de clases sociales: ha sido necesario, en primer lugar, hacer visible la construcción histórica, cultural, del sexo social (o género) contra el naturalismo y el fatalismo que impregnan la representación de las mujeres como seres inferiores, subordinados por razones de orden biológico; aquí, la analogía es evidente con la naturalización de las razas dominadas a partir de diferencias biológicas **16**.

La clase obrera tiene dos sexos: esta afirmación no se dirige solamente contra la utilización corriente del masculino en los escritos sobre la clase obrera en los que se habla de...trabajadoras. Se trata también de afirmar que las prácticas, la conciencia, las representaciones, las condiciones de trabajo y de paro de los trabajadores y trabajadoras son casi siempre disimétricas y que razonar en términos de unidad de la clase obrera, sin consideración de sexo social conduce a un conocimiento truncado —peor: falso— de lo que es una clase social.

Por nuestra parte, aunque pensamos que este enfoque es erróneo, no creemos sin embargo que sea el patriarcado la estructura esencial de la sociedad, ni que las relaciones sociales de sexo, o el sexaje, sean las relaciones predominantes en nuestras sociedades. Los trabajos que lo afirman tropiezan con una dificultad: afirmar la primacía o la simultaneidad del sistema patriarcal respecto a la organización social en su conjunto no basta para mostrar cómo ese sistema afecta a los otros sistemas, cómo se articula con ellos: cómo, por ejemplo, articular el modo de producción doméstico con el modo de producción capitalista, el sexaje con las relaciones de clase **17**.

Nuestra posición es diferente. No solamente creemos en la existencia de las clases sociales; pensamos que las dos relaciones sociales, de clase y de género, se recubren la una a la otra. Hay que destacar el carácter subversivo de esta proposición respecto al mito de la unidad (política) de la clase obrera, de su solidaridad orgánica y de su integración social. Pero el movimiento obrero ha funcionado siempre con la hipótesis de que la unidad política de la clase obrera podría alcanzarse a pesar de los conflictos y de los antagonismos de sexos. Tradicionalmente, la respuesta del movimiento obrero internacional a las reivindicaciones planteadas por el movimiento feminista ha sido: resolver primero las desigualdades de clase poniendo fin a la explotación, en la

6/ Cfr. Guillaumin, Colette, *op. cit.*

7/ Olin Wright, Erik: «Women in the Class Structure» en *Politics and Society* 17, n° 1, 1989. Creemos que este punto de vista es deudor todavía de enfoques en términos de yuxtaposición, mas que en términos de combinación.

lucha por el socialismo; resolver, en una segunda etapa, los problemas de opresión relacionados con el sexo.

Relaciones sociales de sexo

Afirmar que la clase obrera tiene dos sexos equivale a decir, a fin de cuentas, que las relaciones de clase son sexuadas. De ahí la necesidad de conceptualizar la noción de clase obrera sexuada con su propuesta recíproca: las relaciones de sexo están atravesadas por puntos de vista de clase **8**: están “claseadas”. Las relaciones sociales de sexo son transversales a toda la sociedad: dinamizan todos los campos de lo social. La dinamización de uno (clases sociales, producción) no puede dejar de tener efectos sobre la dinámica del otro. Afirmar esto equivale a denunciar el postulado (frecuentemente implícito) según el cual esta relación social sólo se ejerce en un lugar determinado. En realidad, relaciones de clase y de sexo organizan la totalidad de las prácticas sociales cualquiera que sea el lugar en que se ejercen. En otros términos: no sólo se es oprimida en el hogar y se es explotado(a) en la fábrica.

Por consiguiente, las relaciones de clases deben analizarse en tanto imprimen contenidos y direcciones concretas a las relaciones de sexo y, a la inversa, las relaciones de sexo en tanto aportan contenidos específicos a las otras relaciones sociales.

Sin embargo, afirmar que las relaciones de opresión y las relaciones de explotación no sólo se articulan, sino forman una trama, no resuelve todos los problemas. Porque las diferentes modalidades de articulación, su propia naturaleza, dependen del tipo de sociedad, de su grado de industrialización, de su nivel de desarrollo económico y social, etc. A su vez, los lugares que se ocupan en las relaciones de clase y de sexo están determinados por las prácticas y por las luchas.

En la primera mitad de los años setenta, periodo de ascenso de las luchas, hemos tendido a pensar que si el grado de combatividad feminista subía, también lo haría el de la combatividad de clase. Pero estas relaciones mecanicistas no han resistido a la prueba de los hechos: no hay correspondencia entre los dos, sino una cohabitación a veces difícil. Porque, ¿cómo combatir simultáneamente en tanto que mujer-negra-proletaria? **9**. De hecho, según los lugares y los momentos de la vida, según las oportunidades políticas, se combate primero como mujer, o como negra, o como proletaria. Finalmente, consideramos que los actores individuales y colectivos son, a la vez, productos y productores de las relaciones sociales. En el análisis de este doble movimiento, las dos relaciones sociales –de sexo y de clase– deben ser integradas, dada su indisociabilidad y su complementariedad. Las relaciones sociales forman una trama, en la que hay separación y entrelazamiento, contradicción y coherencia de esas relaciones. Una y otra son transversales al conjunto de la sociedad.

Pero la actual coyuntura de recesión y los cambios fundamentales en el mercado de trabajo y del empleo inducen efectos de “interferencias” en este enfoque ya complejo.

Cuando se observa el paisaje de los países llamados “subdesarrollados” o

8/ Por referencia al “punto de vista del proletariado” de Gramsci.

9/ Sobre este tema cfr. Davis, Angela: «Réflexions sur l’heritage de Malcolm X», *Politics la Revue*, n° 3, 1993.

“semiindustrializados”, una primera constatación es que las clases y las categorías sociales están mucho menos estructuradas y su demarcación es menos neta (lo que no quiere decir que estén ausentes antagonismos sociales muy fuertes y distancias muy marcadas entre dominantes y dominados): hay una mayor fluidez entre reproducción y producción, el nivel de asalarización es más débil, las transferencias del sector formal hacia el informal y del informal al formal son frecuentes y amplias... respecto a la situación europea. En toda América Latina hay crecimiento, o incluso generalización de la economía informal.

En este marco, la relación entre clase y sexo no se plantea tampoco de la misma manera: las trayectorias sociales y profesionales de los trabajadores y trabajadoras no dibujan demarcaciones netas desde el punto de vista de su pertenencia de clase: datos que han podido demostrarse respecto a las mujeres francesas –paso del terciario al secundario, del secundario a la inactividad, a través de pequeños trabajos, con períodos de paro, etc.– resultan válidos también para los hombres en Brasil.

Una encuesta sobre la crisis económica y la división sexual del trabajo, efectuada en 1986 en Brasil, evidencia una muy grande flexibilidad de las trayectorias, desde el trabajo de la mujer de limpieza –o en la construcción– a la vendedora, sirvienta, cajera, portera... hasta el trabajo autónomo (venta de alimentos en la calle, la propiedad de un pequeño bar o de un pequeño taller), sin olvidar el trabajo precario industrial (trabajo temporal con contrato de tres meses). Todo eso intercalado con períodos de paro, o de paro encubierto.

Pese a una identificación subjetiva con el proletariado industrial, las obreras y obreros encuestados han sido obligados a alejarse de él, para ir hacia empleos no industriales, hacia trabajos remunerados fuera del sector formal, para finalizar –en el caso de las mujeres consideradas no cualificadas– regresando al hogar y a las actividades domésticas y de cuidado de los niños pequeños. Esta importancia creciente de la economía doméstica y de la economía informal aumenta el peso de la esfera reproductiva, tanto en la producción mercantil como en su lugar en las luchas. La relación con el trabajo asalariado se articula en condiciones objetivamente diferentes. Hay ciertamente relaciones de clase y conciencia de clase, pero una y otra sufren, en cierto modo, “interferencias” respecto a los ideales-tipo marxistas clásicos.

Clase y género divergen y convergen

En lo referente a la conciencia de género, la conciencia colectiva, en particular en la juventud, considera como un dato irreversible lo que las feministas saben que es sólo históricamente contingente. Esto conlleva una denegación ideológica del feminismo como movimiento colectivo y una ideología y unas prácticas impregnadas de un cierto sentimiento de igualdad con los hombres. Mas exactamente, se piensa que la igualdad no es perfecta, pero es posible, sin cuestionarse más la naturaleza de esa “igualdad” /11.

10/ Kergoat, Danièle: *les Ouvrières*, Paris, Le Sycomore, 1982 y sobre las trayectorias en Brasil, cfr. Hirata, Helena y Humphrey, John, «Crise économique et trajectoires professionnelles», en *Relations de genre et développement. Femmes et sociétés* (colección dirigida por J. Bisilliat, ed. Scientifiques F. Pinton, M. Lercame), Orstom ed., Paris, 1992.

11/ Esto es sin duda lo que explica el éxito de una noción como “paridad” con la que no estamos de acuerdo... Pero eso daría para otro artículo entero.

A la vez, a finales del pasado decenio, existieron por vez primera en Francia movimientos sociales masivos creados e incluso dirigidos por mujeres: por ejemplo, la lucha y la coordinadora de las enfermeras, la huelga de las trabajadoras de Hacienda, el movimiento de asistentes sociales. Estos movimientos replantean las nociones de clase social y de conciencia de clase: en la práctica, una y otra son indisociables objetivamente del sexo social de las protagonistas de esas experiencias. En realidad, hay “interferencias” en las anteriores categorías de pensamiento, pero no hay desaparición de las clases sociales o de la conciencia de clase.

Lo cierto es que la conciencia de clase no puede deducirse mecánicamente del lugar que se ocupa en la producción. Pero dicho esto, hombres y mujeres se sitúan de manera diferente respecto a este efecto de “interferencias”. Así hemos podido observar lo que llamamos “la solución tercer niño” en obreras en paro de larga duración, hipótesis corroborada por trabajos posteriores **/12**. Estas salidas, ligadas al universo reproductivo, no existen para los hombres en paro de larga duración, y sin embargo, su reinserción no puede lograrse, frecuentemente, sólo por medio del trabajo. En efecto, el paro es para ellos sinónimo de fracaso y el paro de larga duración implica por otra parte, al menos potencialmente, una “privación” de la ciudadanía. Lo cual es tanto mas importante porque la ciudadanía ha sido construida históricamente en la clase obrera, sobre y a partir de la conciencia de clase **/13**.

La crisis desplaza las piezas sobre el tablero de la conciencia de clase: jóvenes y viejos se separan, pero también se aproximan, hombres y mujeres se separan cada vez mas: actualmente en Francia, de cada cuatro empleados administrativos, tres son mujeres y de cada cinco obreros, cuatro son hombres; por consiguiente ha aumentado la segregación, a la vez que las modalidades sexuadas de la relación salarial tienden a aproximarse. La conciencia de los hombres tiende a aproximarse a la de las mujeres. Los obreros, igual que les ocurre desde hace largo tiempo a las obreras, se han convertido, en cierto modo, en “extranjeros” respecto a su propio trabajo, unos por “decepción”, otros por precariedad. Hasta el punto de que podemos preguntarnos si no sería posible utilizar para estas situaciones el término “extranjería”, forjado para estudiar la situación de las mujeres obreras.

Las mujeres, por su parte, se insertan cada vez mas en la relación salarial: no existe el salario de apoyo. Veamos un testimonio directo: acaba de realizarse un curso de formación de la empresa Hacuitex durante varios días, con obreras sindicadas; por una vez, la noción de salario de apoyo no ha sido enunciada, ni siquiera evocada. La inserción en el trabajo asalariado va reforzándose: la “extranjería” **/14** de las obreras sigue estando presente, pero ellas se aferran mas que nunca a su empleo; las luchas de las enfermeras, de las asistentes sociales, que están en el centro del nuevo sector cualificado (el cual, para nosotras, tiene un lugar pleno y entero en la “clase obrera”, aunque no sea directamente productivo) es otro ejemplo. Esta combatividad es tanto

12/ “La salida tercer niño” se refiere al caso de mujeres en paro, que han conocido una sucesión de pérdidas de empleo y que después de un período depresivo mas o menos abierto deciden tener el tercer niño. Nicole-Drancourt, Chantal: «L'idée de précarité revisitée», *Travail et emploi*, n° 52, 2/92, pp. 57-70.

13/ Riot-Sarcey, Michele: *Parcours de femmes dans l'apprentissage de la démocratie*, que se publicará próximamente, en noviembre de 1993, en Albin Michel.

14/ La *extranéité* (nota: hemos traducido “extranjería”) designa en francés «la situación jurídica de un extranjero en un país dado», según el diccionario *Le Petit Robert*.

mas importante cuando se ha trabajado con frecuencia –como ocurrió en las luchas de las enfermeras– al margen de los sindicatos tradicionales, que continúan tratando a las mujeres sea como madres-esposas, sea como trabajadoras sobreexplotadas; pero estas dos imágenes no se corresponden ya con la visión de sí mismas que tienen las mujeres.

Que ya no sea el minero o el metalúrgico, sino mas bien la enseñante, la asistenta social, los técnicos(as)... las figuras centrales /17 del nuevo trabajo asalariado plantea problemas a la conciencia de clase.

Ciertamente, estos nuevos movimientos sociales muestran mas la radicalización del enfrentamiento con el Estado-patrón y el rechazo de un sistema que no permite al individuo-usuario ser bien ciudadano (o bien tratado) y al individuo-trabajador hacer bien su trabajo /18, que una afirmación consciente de la pertenencia de clase. Pero estos ejemplos permiten pensar que podemos encontrarnos aquí correspondencias con lo que se observa en el terreno privado: pensamos en la reivindicación difusa sobre la gestión de la empresa, no tanto en el terreno financiero como en el control del trabajo, reivindicaciones que se ven surgir un poco por todas partes. Finalmente, creemos que la explicación de la ausencia de luchas en las empresas debe referirse menos a un individualismo exacerbado que a la dificultad de lanzarse a la acción cuando se sabe que se arriesga el empleo en cualquier momento, a la falta de unidad sindical y a la debilidad del movimiento obrero.

Si las modalidades de conciencia de clase siguen siendo distintas en los hombres y en las mujeres, aunque sólo fuera a causa de los lugares y de los movimientos en las estructuras productivas, sin embargo hacemos la hipótesis de que, bajo el efecto de “interferencias”, las prácticas de clase de unos y otros tienden a aproximarse, mucho mas por otra parte que las prácticas de género, pese a lo que piensan algunas /19. Pero para comprender los procesos de recomposición que están en curso en el trabajo asalariado, quizás sea necesario haber asimilado bien sus premisas: la clase obrera tiene dos sexos.

POLITIS LA REVUE n°4/ Julio-Agosto-Septiembre 1993/ Paría

Traducción: Miguel Romero



3 ¿Todavía hay clases?

Teoría clasista de la sociedad y teoría individualista de las clases /*

Andrés de Francisco

Hay multitud de problemas que aguardan a una teoría de las clases. Quisiera aprovechar esta ocasión para discutir algunos de ellos: los que, en cualquier caso, me parecen más acuciantes.

Hay un primer problema de orden *epistemológico* que podría resumirse en la siguiente pregunta: ¿existen las clases en la realidad? Es ésta naturalmente una pregunta que remite al estatuto *ontológico* del concepto clase. Aunque éste es un tema complejo que requeriría mayor extensión, yo voy a tratarlo escueta, esquemáticamente. Pues bien, lo que pienso –al menos en estos momentos– es que una “buena” teoría de las clases debe empezar por descargar al máximo su ontología, simplificarla, filtrarla. Por ejemplo, considero que los supuestos ontológicos de la teoría marxista clásica de las clases han ocasionado un lastre innecesario para los propósitos explicativos de la teoría. En otras palabras, para el marxismo clásico, las clases existen, están ahí objetivamente dadas. No sólo eso, son además el principio básico de escisión y de conflicto social y, en esa misma medida, el motor decisivo del cambio histórico. Es el caso, empero, que esta *ontología fuerte* de la clase como *Sujeto* (con mayúsculas) ha dado muchos quebraderos de cabeza a los teóricos marxistas en el sentido de que han traído consigo bastantes desfases entre teoría y realidad, desfases que tan a menudo han sido “salvados” mediante hipótesis *ad hoc* del tipo de la distinción entre la clase *en sí* y clase *para sí*: si los miembros “objetivos” de una clase no responden a la llamada de “sus” intereses de clase es que no tienen “verdadera” conciencia de clase. ¿Acaso estas salidas tangenciales no son la mejor manera de hacer cognitivamente inútil una teoría de las clases?

Relaciones entre individuos

Tal vez todo ello se resolviera fácilmente si simplificáramos los supuestos ontológicos de la teoría, esto es, si en lugar de postular la existencia de clases nos conformáramos con una ontología basada en individuos (junto con sus acciones) y en relaciones entre individuos **/1**. Ello, por supuesto, no impediría que habláramos de clases, pero el

*/ El título de este texto y la idea misma de diferenciar entre teoría individualista de las clases y la teoría clasista de la sociedad me fueron sugeridos por Julio Carabaña en una discusión privada. Por lo demás, este pequeño escrito fue inicialmente redactado como material para la conferencia que di en febrero de 1992 para las Jornadas sobre estructura, conciencia y biografía de clase, organizadas por la Comunidad de Madrid.

1/ Se objetará que una ontología individualista no es en absoluto una ontología débil. De acuerdo, si pensamos en términos absolutos. Pero yo ahora pienso en términos relativos. En este sentido, la ontología de la teoría marxista tradicional de las clases era *más fuerte* que la que yo propongo pues, además de los individuos, admitía la existencia real de las clases. Yo admito la existencia de relaciones objetivas –y cambiantes– entre individuos, pero como estas relaciones son tanto clasistas como paraclasistas –y ello siempre según la teoría que manejemos–, sigo sin ver al

concepto de clase sería ahora un concepto estrictamente teórico –un “conceptor”, por decirlo con la filosofía estructuralista de la ciencia– referido a un conjunto definido de relaciones entre individuos. Ello –pienso– tendría un efecto liberador para la teoría, de la misma forma que lo tuvo la emancipación de la física moderna respecto de la hinchada ontología aristotélico-reformista. En efecto, un universo basado exclusivamente en partículas y fuerzas (y un único tipo de causalidad) era mucho más apto para la formulación de teorías altamente parsimoniosas con multitud de modelos empíricos capaces de satisfacerlas. Así, por ejemplo, las leyes de la mecánica clásica se cumplen en diversos sistemas, desde el sistema solar hasta el sistema formado por la Tierra y el péndulo. De la misma manera, una teoría de las clases puede tener múltiples modelos, desde la acción sindical o el comportamiento electoral hasta las políticas públicas o un proceso revolucionario. Lo que estamos proponiendo, para decirlo de una vez, es una teoría *individualista* de las clases como paso previo a una teoría *clasista* de la sociedad **12**. Ello es, a mi entender, compatible con la concepción que Erik Olin Wright defiende de las relaciones de clase como un conjunto de *mecanismos causales* **13** que producen una serie de efectos –intereses materiales instrumentales, experiencias de vida y recursos para la movilización colectiva– sobre los individuos. Pues, en efecto, podemos decir que estos mecanismos existen, que son reales, pero sólo en la medida en que forman parte de la estructura motivacional de los individuos, definiendo lo que podríamos llamar su *conjunto de oportunidad*.

La acción individual

Obviamente, el concepto de individuo y el de relación esconden, a su vez, numerosos problemas. Para empezar, ¿qué es anterior, el individuo o la relación? ¿Podemos hablar de sistemas de relaciones como algo inteligible por sí mismo? Si es así, ¿no estaríamos defendiendo el enfoque inverso del que venimos proponiendo, esto es, un enfoque sistémico **14**? Por otro lado, las relaciones que los individuos establecen entre sí son muy variadas: las hay más o menos simétricas (amor, cooperación, intercambio, reciprocidad...) y las hay más o menos asimétricas (poder, dominación, explotación, manipulación...) ¿Cuáles de ellas son relevantes para un análisis de clase? Finalmente, ¿cómo definimos al individuo, por su racionalidad, por su egoísmo, por

individuo "clase" como entidad del mundo de los sentidos. Toda esta reflexión es un intento de contestar a una objeción que me hizo –y quiero agradecerse desde aquí– Margarita Baraño tras la conferencia.

2/ Para una propuesta contraria a la que defendemos aquí, cfr. P. Bourdieu: «What Makes a Social Class? On the Theoretical and Practical Existences of Groups», *Berkeley Journal of Sociology*, vol. XXXII, 1987, pp. 1-18, donde Bourdieu rechaza tanto la concepción *objetivista* de las clases para la que éstas son entidades del mundo real como la concepción *individualista*, para la que las clases son meros artefactos teóricos. Ambas –escribe– comparten el hecho que «aceptan una filosofía substancialista» (pág. 3). Bourdieu propone, por el contrario, una teoría de las clases basada en el concepto de *espacio social* multirrelacional.

3/ Cfr. E. O. Wright: «Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clase», en J. Carabaña y A. de Francisco, comps. (1993), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Madrid. Pablo Iglesias, pág. 30.

4/ Para el concepto de “enfoque sistémico” y para una buena cantidad de ejemplos de sistemas físicos y sociales, cfr. A. Rapoport: «Algunos enfoques sistémicos de la teoría política», en D. Easton, comp. (1973): *Enfoques sobre teoría política*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 197-215.

sus intenciones...? ¿Pensaremos en él como consciencia unitaria o como consciencia escindida? En cualquiera de los casos, parece claro que una teoría individualista de las clases necesita ir acompañada de una teoría de la acción individual.

Pues bien, mi siguiente propuesta es que la mejor teoría disponible al respecto, pese a sus limitaciones, es la teoría de la elección racional, según la cual los individuos actúan en principio racionalmente para maximizar su función de utilidad. Por otro lado, se trata de una teoría implícita o explícitamente asumida por los desarrollos de la teoría neomarxista de las clases. Un ejemplo sobresaliente de asunción explícita de la teoría de la elección racional lo representa la obra de J. Roemer, *Teoría general de la explotación y de las clases* /5, donde las clases surgen endógenamente como resultado lateral de la acción individualmente maximizadora sometida a la restricción fundamental de los recursos productivos.

Ahora bien, adoptar la teoría de la elección racional como teoría subyacente de acción individual significa que nuestro principal problema será el inverso del que se planteó la concepción marxista clásica sobre la acción colectiva de clase. En efecto, nuestro problema será ahora explicar por qué cooperan los miembros de una clase, ya que la teoría de la elección racional pronostica que la cooperación, en principio, no tendrá lugar entre agentes maximizadores de su interés privado /6. Este es el denominado dilema de la acción colectiva o dilema del francotirador, del que Marx fue tan consciente como incapaz fue de resolverlo teóricamente.

La cooperación

Nos encontramos, pues, ante individuos racionales que actúan en el seno de una serie de relaciones sociales. Así las cosas, ¿para qué queremos una teoría de las clases, pues no se trata de construir teorías que no sirvan para nada? Dicho en los términos más genéricos, necesitamos (seguimos necesitando) una teoría de las clases para explicar, para entender, el comportamiento político colectivo de los individuos y, a través de dicho comportamiento, la *dinámica social*. Ahora bien, creo que deberíamos protegernos contra la ilusión de esperar demasiado de una teoría de las clases. En definitiva, una teoría de las clases no será más que una herramienta que nos ayudará a poner orden conceptual en lo que de otra forma sería un caos ininteligible compuesto por individuos, sus acciones, los resultados de éstas y sus interacciones; pero nunca una teoría, ni siquiera en la física, agotará la inabarcable riqueza del mundo real. Un filósofo español contemporáneo, Jesús Mosterín, expresa esta idea de la siguiente forma: «Somos como las arañas, y las teorías son como las redes o telas de araña con que tratamos de captar y capturar el mundo. No hay que confundir estas redes o telas de araña con el mundo real, pero, sin ellas ¡cuánto más alejados estaríamos de poder captarlos y, en último término, gozarlos!» /7.

Pues bien, ¿cómo fabricaremos nuestra telaraña conceptual? En el caso de la construcción de una teoría de las clases partiremos de algunos supuestos. En primer lugar,

5/ J. Roemer: *Teoría general de la explotación y de las clases sociales*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

6/ Cfr. M. Olson: *The Logic of Collective Action*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1965.

7/ J. Mosterín, *Conceptos y teorías en la ciencia*, Madrid, Alianza, 1984, pág. 146.

supondremos que la pertenencia de clase impone ciertas constricciones estructurales a la acción individual, dificultando unas pautas de acción y facilitando otras. También partiremos del supuesto de que junto a esas constricciones hay igualmente ciertos intereses que comparten los miembros de una misma clase, intereses que explican, si no la necesidad, sí al menos la posibilidad de cooperación entre ellos, y ello pese a la fuerza centrífuga que desencadena el principio de racionalidad del que antes hablábamos. Ahora bien, como partimos de una ontología individualista donde las clases son meros conceptos teóricos, y no entidades del mundo real, dejaremos siempre la puerta abierta a que aquellas constricciones sean lo suficientemente flexibles como para permitir los conflictos *intraclasis*. O dicho de otra forma, permitiremos que haya factores paraclasis de división interna de la clase ⁸. Podemos decir que este conjunto de supuestos forman la estructura básica de una teoría de las clases.

Sin embargo, hay múltiples teorías diferentes que pueden construirse a partir de esa misma estructura básica. ¿De qué dependerá, pues, su especificidad? Dependerá justamente de sus criterios de pertenencia de clase, que son criterios de unificación/diferenciación. Así pues, los individuos que pertenecen a una clase comparten una serie de rasgos que les confieren cierta unidad y a la vez los diferencian de los miembros de otras clases. Pero la especificidad de una teoría de las clases dependerá también de los intereses que impute a sus miembros y de las constricciones estructurales que les imponga. Así las cosas, ¿cómo decidir racionalmente entre teorías alternativas?

Información y predicción

A mi modo de ver, y dicho muy rápidamente, hay dos criterios centrales para guiar dicha decisión: el contenido informativo de la teoría, por un lado, y su adecuación empírica, por otro. Una teoría será tanto más adecuada empíricamente cuanto más certeras sean sus predicciones. Y será tanto más informativa, paradójicamente, cuanto más expuesta esté al error. En el debate teórico contemporáneo sobre las clases hay, como se sabe, dos grandes paradigmas, el neomarxista y el neweberiano. Pues bien, podríamos decir que las teorías marxistas son más informativas pero menos adecuadas empíricamente, mientras que las weberianas tienen estas mismas propiedades pero al revés.

En efecto, las teorías marxistas, pero no las weberianas, al establecer una correspondencia entre clase y explotación, de la que se derivan intereses antagónicos de clase, pueden lanzar predicciones mucho más fuertes sobre la conexión estructural entre clase y conflicto social. Wright explica esta diferencia en términos de *sorpresas*. Merece la pena transcribir sus palabras:

«Para los marxistas es claro que, si una sociedad se caracteriza por la explotación de clase, sería sorprendente que no se observaran conflictos regulares entre las clases supuestamente antagónicas. Por lo tanto, la ausencia de conflictos sistemáticos implicaría la presencia de algún poderoso mecanismo que impide que los mecanismos

⁸/ Para una correcta crítica del permanente olvido o secundarización por parte del marxismo de las divisiones internas de las clases, cfr. F. Parkin: *Marxismo y teoría de clases: una crítica burguesa*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, cap. 3.

de los intereses generen conflictos empíricos. Para un weberiano, por el contrario, dado que los intereses identificados por las clases sólo son diferentes, no intrínsecamente opuestos, no pueden fundamentar ninguna expectativa general sobre los patrones de conflicto que acompañarán a las divisiones de clase. *En principio, los teóricos weberianos no se sorprenderían más ante la presencia de conflictos de clase que ante su ausencia en el capitalismo»* **9**.

Cuanto más sorpresas potenciales recoja la teoría, tanto más informativa será, pero naturalmente más expuesta estará también al error empírico. Podríamos decir que la estrategia teórica de Wright, el más importante teórico neomarxista de las clases en la actualidad, responde a un intento de mantener el mayor nivel informativo de la teoría marxista conquistando para ella a la vez un nivel de adecuación empírica comparable al de las teorías neoweberianas.

Clasificaciones

En cualquier caso, habrá saltado ya a la vista que el concepto de clase es ante todo un concepto clasificatorio. Una teoría de las clases partirá, pues, de una clasificación de los individuos de un dominio dado —el capitalismo, por ejemplo— según criterios de clase. En realidad, lo que suele ocurrir es que una teoría de las clases juega con varias clasificaciones a la vez. Por ejemplo, la teoría marxista de las clases maneja al menos cuatro clasificaciones basadas, respectivamente, en criterios de clase, de explotación, de riqueza y de acción colectiva, y establece relaciones causales hipotéticas entre los distintos sistemas clasificatorios. De esta forma, un miembro de la clase obrera pertenecerá al grupo de los explotados, al grupo de los menos favorecidos económicamente, y será bastante probable que coopere con otros miembros de su clase en acciones colectivas contra algunos miembros de la clase capitalista. Y decimos que la relación entre posición de clase y acción de clase es una relación de mera probabilidad porque, como es sabido, los numerosos desfases entre el *mapa de clase* y el *mapa de la acción colectiva* constituye una de las principales “anomalías” de la teoría marxista de las clases y una fuente permanente tanto de crítica externa como de revisión interna. Recuérdese, por ejemplo, que la imputación de intereses prosocialistas a los directivos que resultaba de la segunda tipología de Wright es uno de los motivos por los que se decide a abandonarla y a abrir nuevas estrategias de investigación **10**.

Dada, en cualquier caso, la importancia de las clasificaciones para una teoría de las clases, no debe olvidarse que toda clasificación ha de ser, como mínimo, formalmente adecuada, esto es, ha de ser exhaustiva y excluyente. Será exhaustiva cuando ningún individuo quede excluido del mapa clasificatorio de clase; será además excluyente cuando ningún individuo pertenezca a dos clases distintas.

En otro lugar he defendido **11** —y aquí sólo lo apunto— que las dos grandes tipologías

9/ Wright, *op. cit.*, pág. 40, nota 23 (cursiva mía).

10/ Cfr. E. O. Wright: “Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases”, en J. Carabaña y A. de Francisco (comps.): *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Zona Abierta, 59/60, 1992, pp. 71-73.

11/ Cfr. A. de Francisco: «¿Qué hay de teórico en la teoría marxista de las clases?», en J. Carabaña y A. de Francisco (comps.), *op. cit.*, pp. 157-186.

de Wright han renunciado parcialmente a la adecuación formal, pues hay individuos que pertenecen a dos clases a la vez. Naturalmente esta renuncia ha sido el precio a pagar por una mayor adecuación material (por un mayor poder explicativo) de una teoría que no renuncia al criterio marxista de clase basado en las relaciones de producción. En efecto, sin esa renuncia difícil resultaba integrar consistentemente a las denominadas “nuevas clases medias” en un marco teórico de ascendencia marxista.

Casi sin proponérselo hemos topado con el problema de las nuevas clases medias, del que hay que decir que ha representado el gran punto de condensación del debate contemporáneo sobre las clases, a resultas del cual ha quedado patente la convergencia de las teorías neomarxistas con el paradigma weberiano /12. Convergencia, huelga decirlo, no significa identificación. En efecto, sigue habiendo importantes elementos de filiación con la tradición marxista, como ocurre con la explotación, que sigue siendo central. Pero también se han incorporado conceptos de clara raigambre weberiana, como es el caso de las oportunidades de vida, de la situación de mercado, las relaciones de autoridad, etcétera.

Una convergencia enriquecedora

Nuestra opinión es que este proceso de convergencia ha supuesto un enriquecimiento de la teoría marxiana; la ha hecho, en definitiva, más apta para afrontar la complejidad de la estructura de clases del capitalismo contemporáneo. Es, por decirlo de otra manera, una mejor teoría clasista de la sociedad. Pero, al menos en el caso del último Wright, este enriquecimiento ha supuesto una pérdida de la unidad teórica de sus anteriores enfoques. Ahora ni la dominación ni la explotación ocupan el lugar privilegiado que antes, respectivamente, ocupaban; antes bien, ambas conviven junto a conceptos, a mi entender decisivos, como el de trayectorias de carrera, que permiten incorporar la dinámica de la movilidad social en un marco estructural de clase que, por marxista, era –como reconoce el propio Wright– esencialmente estático /13. Si antes el empleo, en cuanto que encajaba en unas relaciones de producción definidas objetivamente, era la unidad básica de análisis, ahora la relación entre empleo y clase ya no es tan inmediata y puede estar de hecho mediada por cosas tales como la dimensión temporal de los empleos o por otras relaciones sociales (por ejemplo, la relación basada en el matrimonio). El resultado, en cualquier caso, es, en nuestra opinión, favorable. Nos atreveríamos a decir que la evolución del pensamiento de Wright es un buen ejemplo de cómo los intereses de la ciencia han vencido sobre la fidelidades escolásticas. O también –dicho a la inversa– de cómo hacer marxismo sin renunciar al interés por la verdad /14.

12/ Un análisis exhaustivo de dicha convergencia puede verse en Val Burris: «La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases», en J. Carabaña y A. de Francisco (comps.), op. cit., pp. 127-156.

13/ Op. cit., pág. 96.

14/ La ascendencia marxista de los análisis de Wright se trasluce en la centralidad del trabajo y las relaciones de producción en sus sucesivos intentos de construir un concepto de estructura de clase capaz de servir para el análisis concreto y de nivel micro de las sociedades del capitalismo contemporáneo.



Hacia una nueva agenda marxista

Erik Olin Wright, Andrew Levine y Elliot Sober /*

Durante más de un siglo, la palabra "marxismo" ha designado a una corriente esencial en la política cultural y la vida intelectual, primero en Europa Occidental y más tarde en todo el mundo. Sin embargo, para muchas personas hoy, incluyendo a muchos que se han llamado marxistas hasta hace poco, esta tradición parece agotada. En tanto que tendencia política, el marxismo está en una crisis tan profunda que muchos de los que eran fervorosos marxistas evitan estos días la etiqueta. Y tras dos décadas de escrutinio analítico, la teoría marxista reaparece desprovista de casi todo aquello que antes la distinguía metodológicamente de otras visiones rivales y desinflada en sus pretensiones explicativas. Parece por lo tanto apropiado preguntar qué queda, si queda algo, de lo que fue la principal alternativa a la teoría y la práctica "burguesas".

Creemos que queda mucho. Así, al centrarnos en los capítulos anteriores en los temas del marxismo, nuestro objetivo no era, como Marx dijo de su propia crítica del hegelianismo de izquierdas en *La Ideología Alemana*, «ajustar cuentas» con una tradición insostenible. Por el contrario, al desechar aquello que ya no puede ser defendido, nuestro objetivo ha sido exponer, como también hubiera dicho Marx, el «núcleo racional» que permanece. A modo de conclusión, trataremos de señalar como este «núcleo racional» apunta hacia una nueva agenda marxista.

Para enmarcar nuestra discusión será útil utilizar dos analogías simplificadas entre el marxismo como tradición intelectual y la medicina. La primera se refiere a la distinción entre la medicina en tanto que práctica clínica y la medicina en cuanto investigación científica; la segunda implica la distinción entre disciplinas médicas que se organizan esencialmente a partir del estudio de los sistemas orgánicos y aquellas que lo hacen a partir del de las enfermedades.

Marxismo clínico frente a marxismo científico

Los médicos clínicos tratan las enfermedades apoyándose en las descripciones existentes sobre los mecanismos que generan los síntomas de la enfermedad. Son "científicos" en cuanto aplican conocimientos científicos. Pero, en tanto clínicos, su principal preocupación no es desarrollar o transformar las teorías que aplican. Por el contrario, utilizan las teorías ya existentes para comprender las enfermedades y tratar o curar a los pacientes enfermos. Puede ocurrir que en el caso de algunas enfermedades, las teorías conocidas no sean de ninguna utilidad. Este tipo de fracasos en la práctica clínica suele ser un importante motivo para realizar nuevos descubrimientos. Pero la medicina clínica, *per se*, no busca la generación de nuevos conocimientos. Los médicos clínicos consideran las teorías existentes como herramientas de su práctica clínica, pero no les interesan por sí mismas.

*/ Este texto es la conclusión del libro *Reconstructing marxism*, Londres, Verso, 1992.

Por el contrario, la medicina científica tiene como objetivo desarrollar su comprensión y conocimiento. A este fin, los científicos buscan, de manera típica, casos que no encajen en las predicciones de las teorías existentes. La observación de *anomalías* en relación con lo que se conoce es la base para reconstruir –y desarrollar– el conocimiento heredado. Para ello, en vez de buscar aquellas teorías que mejor “encajan” en los datos, como en la medicina clínica, su objetivo es buscar datos que desafíen las mejores teorías existentes ^{1/}.

Por analogía, podemos distinguir un marxismo *clínico* de otro *científico* como dos polos analíticamente distintos de la práctica teórica marxista. El marxismo clínico intenta diagnosticar y hacer frente a las “patologías” de la situación social utilizando el instrumental del maletín médico marxista. Mientras que el marxismo clínico emplea los logros del marxismo científico –y es por lo tanto “científico” en el mismo sentido en que lo es la medicina clínica– su objetivo no es desarrollar o reconstruir la teoría marxista, sino comprender las fuerzas (de clase) y límites (sistémicos) que operan en casos específicos, sugiriendo tratamientos y, cuando es posible, curas.

Por el contrario, el marxismo científico se preocupa precisamente del desarrollo y reconstrucción de la teoría marxista. En tanto que científicos marxistas, los teóricos buscan activamente aquellos casos que plantean problemas a la teoría existente. A este fin, las anomalías se convierten en desafíos indispensables para profundizar nuestra comprensión teórica, y no algo embarazoso que haya que negar o ignorar conscientemente.

La distinción entre marxismo clínico y marxismo científico no es idéntica a la de marxismo político y marxismo académico. Hay muchos marxistas académicos cuya práctica es, en su naturaleza, esencialmente clínica. Cuando un historiador o un sociólogo marxista, por ejemplo, estudian una revolución o un movimiento obrero particular, y tratan de comprender por qué ocurrió y por qué triunfó o fracasó, una gran parte de su trabajo consiste en utilizar el repertorio de conceptos y teorías marxistas para diagnosticar los hechos de un caso particular. De la misma manera que un médico diagnostica la enfermedad de un paciente, el académico marxista clínico puede aprender mucho *sobre* el caso particular en cuestión, sin por ello hacerlo *a partir* del caso, sobre su naturaleza más genérica.

El marxismo hizo suya la idea de que ambos enfoques, el clínico y el científico, deberían enriquecerse y reforzarse mutuamente. La práctica clínica del marxismo, especialmente cuando se ejerce políticamente en la acción real de los movimientos socialistas, ayuda a identificar anomalías y fallos de la teoría científica a la hora de diagnosticar adecuadamente las situaciones sociales. Estas anomalías llevan a reconstruir la teoría mediante la práctica científica del marxismo. Y la teoría así reconstruida puede entonces ser aplicada con mayor eficacia a luchas futuras. Esta “dialéctica de la teoría y la práctica” debe generar un diálogo abierto y creativo entre ambos aspectos de la práctica marxista. Sin embargo, como se ha señalado ya, los marxistas han tendido a negar o ignorar las anomalías. Incluso aquellos marxistas que han proclamado su devoción por las normas científicas, han defendido por lo general la

^{1/} Así, cuando existen teorías contradictorias sobre una enfermedad y están bien formuladas, conviene buscar datos que discriminen entre ambas. La confrontación entre teorías rivales consiste en muchos casos en la búsqueda de datos que constituyen una anomalía con respecto a las explicaciones de una u otra.

teoría existente con un celo mas propio de la religión que de la ciencia.

Esta tendencia al dogmatismo fue debida en parte a la peculiar relación institucional entre las prácticas clínica y científica del marxismo. Imaginemos un sistema médico en el que los clínicos controlaran tanto la medicina clínica como la científica y en el que su poder y privilegios institucionales dependieran de la formulación de ciertos diagnósticos y de la prescripción de unos tratamientos particulares. En esa situación, sería predecible que se suprimirían las anomalías y que se produciría un estancamiento científico.

La tradición marxista ha estado sometida a este tipo de presiones. Durante la mayor parte del siglo XX, los marxistas clínicos, o mas precisamente, las élites políticas de las sociedades socialistas de Estado y los partidos comunistas que fueron los guardianes oficiales del marxismo clínico, han dominado institucionalmente al marxismo científico. El resultado no sólo ha comprometido el status científico del marxismo, sino que también ha reducido la utilidad científica del marxismo para los clínicos ¹².

El renacimiento contemporáneo del marxismo científico es, en parte, una consecuencia de la mayor autonomía de la que disfruta el desarrollo de la teoría marxista gracias a la desaparición del carácter oficial del marxismo como ideología justificadora. Es difícil imaginar que los avances teóricos que se han producido en el marxismo en los años 70 y 80 hubieran tenido lugar si el trabajo teórico marxista hubiera tenido lugar esencialmente en el seno de las estructuras organizativas de partidos políticos que exigían a sus miembros acatar su disciplina. La muy alta autonomía de que disfruta la práctica científica marxista de cualquier subordinación directa a exigencias políticas ha contribuido a abrir el discurso marxista a influencias y debates teóricos mas amplios y variados. Éste es el caso, de manera muy señalada, de la nueva corriente marxista analítica, que con toda intención discute y se alimenta de distintas tradiciones de las ciencias sociales y la filosofía "burguesas". Incluso entre aquellos marxistas que critican el marxismo analítico, hay una relación mucho menos íntima que en períodos precedentes entre la producción de la teoría marxista y la participación activa en los partidos políticos marxistas, y ello ha facilitado las nuevas direcciones que han tomado los desarrollos teóricos.

Para comprender la naturaleza de estos nuevos desarrollos sería útil volver a nuestra segunda analogía entre el marxismo y la medicina: la distinción entre disciplinas construidas a partir de variables independientes y aquellas que operan con variables dependientes.

VARIABLES INDEPENDIENTES VERSUS VARIABLES DEPENDIENTES Comparemos endocrinología y oncología. La endocrinología es el estudio de un sistema orgánico particular del cuerpo: el sistema endocrino. Los endocrinólogos investigan y tratan las glándulas que forman este sistema y todo aquello —desde la personalidad hasta el crecimiento humano, pasando por el cáncer y la sexualidad— en que interviene el sistema endocrino. En algunos de estos aspectos, el papel de las hormonas producidas por el sistema endocrino es muy importante; en otros, su influencia es periférica.

¹²/No se deduce de ello, por supuesto, que todos los diagnósticos clínicos marxistas han sido equivocados. El poder explicativo de marxismos dogmáticos, incluso "vulgares", ha sido útil como herramientas de un marxismo clínico en algunos lugares, que como el Tercer Mundo sufren una polarización de clases extrema.

Aunque la mayoría de las investigaciones de los endocrinólogos abordan problemas en los que se sabe que el sistema endocrino cumple un papel muy importante, no hay prevención alguna a la hora de investigar problemas en los que el papel de las hormonas es sólo marginal. El progreso científico en la endocrinología es el resultado, en parte, de precisar con todo cuidado los diferentes efectos causales del sistema endocrino y de la comprensión de sus efectos, incluso en aquellos casos en los que las hormonas juegan sólo un papel muy pequeño.

La oncología, por otro lado, se define por el conjunto de males que investiga y trata: cánceres. Los oncólogos investigan aquellos procesos que están relacionados con la aparición y desarrollo del cáncer: desde factores genéticos a la contaminación ambiental, pasando por virus y el tabaquismo. Algunos de estos factores pueden ser de importancia esencial en algunos cánceres y no en otros; algunos, incluso, es posible que carezcan de toda importancia. Aunque gran parte de la investigación sobre las causas del cáncer se hace sobre aquellas causas cuya importancia ya es conocida, no hay sin embargo el menor inconveniente o prevención en investigar también aquellas otras que parecen poco importantes. El avance científico de la oncología implica comprender el impacto específico de las causas más y menos importantes.

Estos dos tipos de especialidades médicas pueden ser catalogadas, respectivamente, como disciplinas de «variables independientes» y de «variables dependientes». En la tradición marxista hay una distinción similar.

Marxismo de variables independientes. El marxismo de variables independientes se define, en primera instancia, por su preocupación por un grupo determinado de mecanismos conexos: clase, relaciones de propiedad, explotación, modo de producción, estructura económica. Esta lista puede ampliarse o reducirse, pero su elemento central es el concepto de clase, entendido en el sentido propio del marxismo. Por lo tanto, el marxismo de variables independientes es ante todo un *marxismo como análisis de clase*.

Además de estudiar las propiedades inherentes a este fenómeno, el marxismo como análisis de clase investiga una serie de problemas en los que las clases aparecen como causa. Así, hay un análisis de clase marxista de la religión, del arte, del conflicto social, de la guerra, de la pobreza, de la política electoral, de la trayectoria del desarrollo capitalista, y muchos otros temas. En algunos de estos desarrollos explicativos, el concepto de clase, entendido en su sentido marxista, es muy importante; y para otros, no tiene la menor importancia. El avance del marxismo en tanto que análisis de clase es el resultado, en parte, de comprender el alcance y los límites de la capacidad explicativa del concepto de clase.

¿Qué es, se podrá preguntar, lo que justifica el uso del término “marxismo” junto a “análisis de clase”? Existe toda una gama de tradiciones no marxistas de análisis de clase en sociología, cada una de ellas basada en el estudio de un grupo determinado de mecanismos explicativos. El marxismo como análisis de clase se diferencia de los restantes en dos aspectos: primero, por la manera en que se conceptualiza la clase, y segundo, por la teoría substantiva de los efectos de las clases **3**.

3/ Decir que el marxismo como análisis de clase implica un compromiso substantivo con posiciones teóricas discutibles debilita de alguna manera la analogía con las disciplinas médicas. En medicina, se puede tratar la endocrinología

“Clase” es un término muy discutido en las ciencias sociales. Para algunos sociólogos, clase significa simplemente los distintos peldaños en la escalera de status socioeconómica; para otros, las clases son cualquier grupo social que se encuentra en una relación de dominación autoritaria y subordinación. El marxismo como análisis de clase se basa en una manera especial de conceptualizar la clase: las clases se definen *en su relación*; esas relaciones son *antagónicas*; esos antagonismos nacen de la *explotación*; y la explotación surge de las relaciones sociales de producción (o como se dice en ocasiones, de las relaciones sociales de propiedad) /4.

Lo que justifica utilizar el término “marxismo” en el marxismo como análisis de clase es también el resultado de compromisos teóricos substantivos sobre qué efectos tienen las clases. Si uno cree que las clases, definidas así, tienen poca o ninguna importancia explicativa para los problemas estudiados tradicionalmente por el marxismo, sería incongruente identificar los análisis de clase así producidos con el marxismo, simplemente por el criterio conceptual formal utilizado para definir clase. El *marxismo* como análisis de clase (en oposición al análisis de clase que utiliza el concepto de clase con una cierta influencia marxista) implica ciertos compromisos con posiciones que conllevan una afinidad conceptual con las tesis tradicionales del marxismo sobre la importancia causal de las clases y los conceptos relacionados con ellas que sirven para comprender el cambio social y la reproducción social.

En estos términos, puede resultar útil distinguir tres niveles de compromiso con el contenido marxista del análisis de clase:

.El análisis de clase marxista *ortodoxo* aborda problemas específicos con la presunción de que el concepto de clase y otros relacionados con él son los *mas importantes* en la explicación causal. Un marxista ortodoxo no necesita insistir dogmáticamente en que el concepto de clase es siempre de gran importancia, pero se sorprendería cuando no es así.

.El análisis de clase *neo-marxista* parte de la presunción de que el concepto de clase y los que se relacionan con él son *importantes*, pero no necesariamente los mas importantes en la explicación causal. Un neo-marxista no se sorprendería, por lo general, si descubre que otras causas actúan con considerable importancia en algunos problemas, pero se sorprendería si el concepto de clase jugase sólo un papel *marginal*.

El análisis de clase *post-marxista* cree sólo que el concepto de clase es un factor *relevante* en cualquier análisis; no espera en general que tenga una importancia considerable.

En todas estas variantes de análisis de clase marxista, el *concepto* de clase es como una temática definida por su relación con un sistema causal particular, ya que no se pone en cuestión que exista ese mecanismo causal. El marxismo como análisis de clase no puede ser visto de manera plausible simplemente como un tema de investigación.

4/ Para la discusión de estos parámetros conceptuales, ver Erik Olin Wright: *Classes*, Londres, Verso Books, 1985, pp. 34-37. John Roemer ha puesto en cuestión el que el concepto de “explotación” sea un elemento central, partiendo de un concepto marxista estricto de las clases. Sin embargo, la principal preocupación de Roemer se refiere a la importancia de la explotación para la condena normativa del capitalismo, no con el papel explicativo que juega la explotación en el análisis de clase. Ver J. Roemer: «Should Marxists be Interested in Exploitation?», *Philosophy and Public Affairs* 14:1, 1985, pag. 30-65.

prendido de una manera específicamente marxista, pero la presunción sobre su importancia explicativa difiere. En estos términos, uno puede ser marxista ortodoxo por lo que se refiere a ciertos problemas, neomarxista en otros, e incluso posmarxista en algunos. El posmarxismo puede ser un punto de ruptura con el marxismo, pero a diferencia con el antimarxismo no tiene por qué rechazar radicalmente la importancia explicativa del concepto de clase marxista.

Definir el marxismo por su uso del concepto de clase como una variable independiente no significa que la explicación marxista se limite a él. Incluso los conceptos centrales explicativos del marxismo implican factores que no son simples derivaciones del concepto de clase. Considérese, por ejemplo, el término "estructura económica", que aparece en muchas explicaciones marxistas. En general, las referencias a las estructuras económicas no se limitan al conjunto de las relaciones de clase dentro de la producción. La distribución del empleo en los distintos sectores industriales, la distribución geográfica de los distintos tipos de producción, la relativa importancia de las empresas orientadas a la importación o la exportación, y el tamaño de las unidades de producción son todos aspectos de la estructura económica que figuran en una explicación marxista. Sin embargo, lo que confiere al uso de este concepto un carácter claramente *marxista* es la atención que se presta a su relación con los aspectos de clase en la economía de una sociedad.

El marxismo de variables dependientes. El marxismo de variables dependientes se define por su preocupación por explicar la reproducción y transformación de las relaciones de clase en los diferentes tipos de sociedad. De manera más específica, el marxismo de variables dependientes intenta explicar la trayectoria del desarrollo del capitalismo como un tipo particular de sistema económico basado en las clases, para poder comprender qué posibilidades existen de llegar al socialismo, y eventualmente al comunismo. Para utilizar una expresión algo tendenciosa, pero con una historia venerable en la tradición marxista, el marxismo de variables dependientes puede llamarse *marxismo como socialismo científico*.

Como el análisis de clase marxista, el marxismo como socialismo científico no puede definirse sin conexión con sus compromisos teóricos substantivos. En particular, el marxismo como socialismo científico se basa en una visión típicamente marxista del capitalismo, del socialismo y quizás del comunismo en tanto que formas de sociedad en una trayectoria materialista histórica. En este sentido, los marxistas no necesitan ser partidarios en el sentido *fuerte* del materialismo histórico. Pero deben asumir una visión materialista histórica de las posibilidades de la Humanidad y de los obstáculos que existen en el camino de las transformaciones históricas. Los defensores de un materialismo histórico *limitado* y *débil* siguen siendo socialistas científicos. Pero aquellos que mantienen posiciones que se separan de manera más radical de la teoría de la historia propuesta por Marx, hasta el punto de negar por completo la existencia de la dinámica histórica que Marx quiso identificar, no pueden ser considerados "marxistas" en este sentido.

La distinción entre marxistas ortodoxos, neomarxistas y posmarxistas también tiene su reflejo en el marxismo como socialismo científico. Los marxistas ortodoxos creen que el socialismo (y eventualmente el comunismo) son prácticamente inevitables dadas las contradicciones del capitalismo y la dinámica postulada por el materia-

lismo histórico. Los neomarxistas rechazan la inevitabilidad de la trayectoria materialista histórica, pero sin embargo creen que el socialismo será un resultado probable de la dinámica capitalista. Los posmarxistas creen que el socialismo es meramente una posibilidad. Los marxistas ortodoxos, los neomarxistas y los posmarxistas son "marxistas" porque creen que el socialismo puede ser el resultado posible de la dinámica y de las contradicciones materiales del capitalismo. Pero no están de acuerdo sobre la predictibilidad del resultado de este proceso ⁵.

Puede pensarse que esta caracterización del marxismo de variables dependientes es demasiado estricta. Los marxistas, después de todo, investigan las políticas estatales, las formas de conciencia, las guerras, el imperialismo, y toda una serie de fenómenos que son ostensiblemente distintos de la transformación histórica de la estructura de clases. Pero a pesar de ello, lo que confiere un carácter netamente marxista a sus explicaciones sobre estos temas es su conexión con el materialismo histórico; lo que motiva estas investigaciones marxistas es la dinámica de la propiedad de la sociedad capitalista y las perspectivas de transformarla en una dirección socialista. Así, los marxistas estudian, en general, las políticas estatales por sus consecuencias en las relaciones sociales de producción, no por su interés innato o por motivos diferentes de los que surgen del materialismo histórico. Aquellas políticas que no tienen estos efectos no constituyen objetos de explicación marxista característicos. Pueden interesar, por supuesto, a un análisis social *radical* más difuso, en el que el marxismo como análisis de clase puede jugar un papel explicativo. A pesar de todo, lo que da un carácter marxista a una explicación causal, en oposición a una descripción explicativa, es su énfasis en la reproducción y transformación de las relaciones sociales de producción.

La relación entre ambos marxismos

Hasta hace poco, la relación entre variables dependientes e independientes era muy estrecha en la tradición marxista. Se creía que el marxismo como análisis de clase podía justificar las explicaciones descriptivas del marxismo como socialismo científico. Poco podía sorprender esta convicción en el caso de aquellos marxistas que tenían una extraordinaria fe, irrealista, en los poderes explicativos del análisis de clase. Pero incluso para aquellos otros que habían abandonado hace tiempo un materialismo histórico fuerte, el análisis de clase todavía se consideraba como la base de las explicaciones centrales del marxismo como socialismo científico.

Hoy, no se puede seguir aceptando como algo dado la unidad del análisis de clase y el socialismo científico. Por una parte, quienes hacen análisis de clase son más conscientes que antes de la importancia de la interacción entre las clases y otros factores en la aparición de los fenómenos sociales, incluyendo los propios conflictos de clase. Por otra, pocos teóricos creen todavía que el análisis de clase por sí mismo proporciona una base teórica adecuada para transformar las sociedades capitalistas hacia el socialismo y el comunismo. Si la actual tensión entre el análisis de clase y el socialis-

⁵ Se puede ser un científico socialista no marxista si uno cree, por ejemplo, que el socialismo es posible, no por la dinámica material sino por la lógica cultural o el desarrollo moral.

mo científico llegara a una ruptura completa, quizás no sería ya apropiado seguir adjetivando al análisis de clase o al socialismo científico (si continua existiendo en este caso) como "marxista". El pedigrí marxista de ciertos problemas y conceptos seguiría, por supuesto, siendo incuestionable, pero el marxismo en tanto que proyecto teórico coherente habría dejado de existir.

¿Tienen los marxistas que lamentar esta tensión entre el análisis de clase y el socialismo científico? ¿O es una oportunidad para que se produzca un avance intelectual importante en un marco marxista ampliado? Para contestar a estas preguntas necesitamos introducir en la discusión una dimensión más: el marxismo como proyecto emancipatorio.

El marxismo como teoría emancipatoria

Nuestra discusión se ha centrado en el marxismo como ciencia social, no como teoría normativa. Hemos visto como antiguas creencias sobre una oposición insuperable entre el marxismo y las ciencias sociales "burguesas" eran falsas. Como el marxismo no era, frente a lo que se creyó alguna vez, un "paradigma" incompatible en todos sus aspectos con las ciencias sociales académicas. Sin embargo, hemos defendido que existe un aparato explicatorio marxista específico y un enfoque marxista también específico de ciertos fenómenos sociales.

De la misma manera, hasta hace poco se creía por lo general que la teoría normativa marxista, si existía, se contraponía a la filosofía social liberal e incluso quizás, en algunos aspectos esenciales, era incompatible con ella. Sin embargo, a la luz del trabajo reciente de los marxistas analíticos y de los filósofos sociales liberales, también hay que poner en duda esta creencia.

El término "marxismo" siempre ha llevado una doble vida: ser un proyecto teórico para comprender el mundo social y ser un proyecto político para cambiarlo. Tradicionalmente, estos objetivos se creían complementarios: la teoría marxista dirigía la práctica política y la política marxista dictaba la orientación, y a veces hasta el contenido, de la teoría marxista. En este sentido, históricamente, el marxismo siempre ha tenido una dimensión "emancipatoria". En su temática y en su aparato explicatorio buscaba comprender los aspectos de la opresión humana y, al teorizar las condiciones de su eliminación, avanzar en la lucha por la libertad humana.

La "opresión" es una idea, sin embargo, normativamente controvertida. ¿Una forma particular de desigualdad o dominación es una instancia de opresión y por lo tanto un impedimento a la emancipación humana? ¿O es una condición inevitable de la vida humana o un producto colateral de disposiciones normativas neutrales (en algunos casos, incluso deseables)? Cualquier práctica teórica sobre los objetivos emancipatorios deberá contestar a estas preguntas.

Distintas teorías emancipatorias pueden ser definidas a partir de las diferentes formas de opresión que intentan comprender y transformar: el feminismo constituye una tradición de teoría emancipatoria desarrollada a partir de la opresión de género; el marxismo, a partir de la opresión de clase. Algunos marxistas han defendido que el marxismo constituye una teoría emancipatoria completa y general y no una simple teoría de la transformación de la opresión de clase, sino de todas las formas de opresión social. Este argumento suele tomar la forma de una insistencia en que la opresión de clase es la "más

importante” y que todas las otras formas de opresión —basadas en el género, la raza, la nacionalidad, la religión, etc.— se explican directamente a partir del concepto de clase, normalmente a través de un mecanismo de razonamiento funcionalista, u operan dentro de los estrechos límites que le marcan consideraciones de clase. No creemos que exista ninguna razón para defender, en general, esta pretensión omnicomprendensiva de la primacía de los conflictos de clase y, en cualquier caso, la legitimidad del proyecto emancipatorio marxista no depende de que la opresión de clase sea “más importante” que otras formas de opresión.

El ideal normativo central que inspira todo el proyecto emancipatorio marxista es la *superación de las clases*, un igualitarismo radical en relación con el control sobre los recursos productivos de la sociedad y el excedente producido socialmente. Creemos que es este ideal el que está detrás de la afirmación de Marx de que, en el comunismo, la distribución del producto social se hará a cada uno de acuerdo con sus necesidades y de cada uno según sus capacidades. No intentaremos fundamentar filosóficamente ahora este valor normativo, pero la idea esencial es que la existencia misma de las clases es un impedimento sistemático a la libertad humana, ya que despoja a la mayoría de la gente del control sobre su propio destino, como individuos y como miembros de la colectividad. En estos términos, las relaciones de clase en general, y el capitalismo en particular, violan los valores de la *democracia*, en tanto que la existencia de clases bloquea la capacidad de las comunidades para disponer de los recursos sociales como consideren más conveniente y violan los valores de *libertad y autorrealización* individual, en tanto que la desigualdad de clase priva a muchos individuos de los recursos necesarios para llevar a cabo sus objetivos vitales.

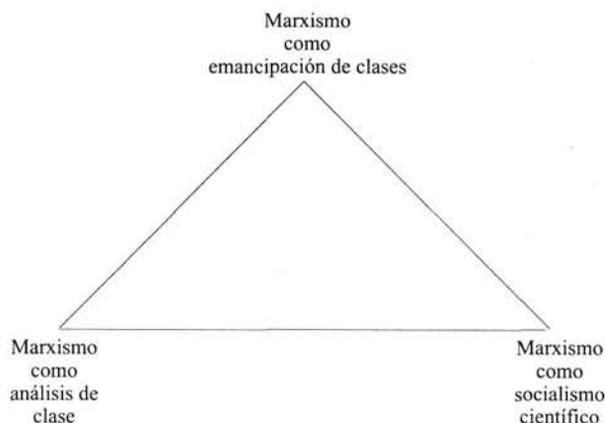
Aunque la defensa filosófica de este proyecto emancipatorio ha sido poco desarrollada tradicionalmente, es, sin embargo, parte integral de la tradición marxista. Podemos por tanto ver el marxismo como un todo a partir de la interdependencia de tres núcleos teóricos: el marxismo como análisis de clase (marxismo de variables independientes), el marxismo como socialismo científico (marxismo de variables dependientes) y el marxismo como emancipación de clase (marxismo normativo). Estos tres aspectos forman un triángulo.

En el marxismo clásico estos tres elementos se reforzaban mutuamente. El marxismo como emancipación de clase identificaba la enfermedad en el mundo real. El marxismo como análisis de clase proporcionaba el diagnóstico de sus causas. El marxismo como solución científica proveía la cura. Sin análisis de clase y sin socialismo científico, la crítica emancipatoria se vería reducida a una mera condena moral, mientras que sin objetivo emancipatorio, el análisis de clase sería simplemente una especialidad académica.

El enorme atractivo del marxismo se deriva en parte de la unidad de estos tres elementos, porque juntos proporcionan la base para creer que la eliminación de la miseria y la opresión en el mundo real es algo más que una simple fantasía y puede llegar a ser un proyecto político práctico. La ruptura de esta unidad es una causa importante de la “crisis del marxismo”.

La crisis del marxismo y las perspectivas de una nueva agenda marxista

La expresión “crisis del marxismo” describe hoy dos realidades distintas: la crisis política, económica e ideológica de los Estados y de los partidos políticos que adoptaron el marxismo como ideología oficial; y la crisis en el seno de la tradición intelectual del marxismo. La primera de estas crisis nace del estancamiento y decadencia de



las sociedades socialistas de Estado autoritarias **6**. La segunda, sin embargo, no surge del estancamiento del marxismo como tradición teórica, sino que ha sido paralela a un período de considerable vitalidad, apertura a nuevas ideas y progreso teórico en cada uno de los tres polos de la tradición marxista: el análisis de clase, el socialismo científico y la emancipación de clase. El análisis de clase ha tenido un éxito real y duradero, pero la idea de que las ciencias sociales en general deben evolucionar hacia el análisis de clase no parece que sea ya plausible. El jurado todavía delibera sobre el marxismo como socialismo científico, pero ya nadie defiende el materialismo histórico fuerte, que fue antaño el motor del enfoque marxista del capitalismo, socialismo y comunismo. El jurado delibera todavía, asimismo, sobre el lugar que les corresponde al socialismo y al comunismo en la lucha más amplia por la emancipación humana.

De manera más significativa, la relación entre estas teorías, que antes nadie ponía en cuestión, es ahora inmantenible. Hemos discutido la tensión existente entre el marxismo como análisis de clase y el marxismo como socialismo científico. Resulta ahora evidente que existe también la amenaza de una tensión similar entre estas dimensiones del marxismo y el marxismo como teoría emancipatoria.

El marxismo clásico fue una tarea maravillosamente ambiciosa. Aspiró ante todo, a la unidad entre teoría y práctica. La teoría debía guiar a la práctica; la práctica debía transformar la teoría. Sus aspectos clínicos y científicos eran profundamente interdependientes. Además, el marxismo clásico buscaba construir un marco integra-

6/ Resulta irónico que el colapso del socialismo de Estado autoritario sea un estímulo para la proclamación del "fin del marxismo" como teoría social por los antimarxistas, y para la duda de los marxistas y sus simpatizantes. Desde la perspectiva del marxismo clásico, el colapso de estos regímenes y su vuelta a una vía «normal» de desarrollo capitalista era eminentemente predecible. El largo rodeo desde la revolución bolchevique hasta la perestroika era una anomalía que desafiaba al materialismo histórico. Por otra parte, la restauración de las relaciones de propiedad capitalistas en unas economías industriales relativamente subdesarrolladas corrobora de hecho la teoría. Si Marx estaba en lo cierto, el socialismo no se puede alcanzar hasta que las fuerzas de producción se hayan desarrollado masivamente bajo el capitalismo y entren en contradicción con las relaciones capitalistas de propiedad. El intento de construir un socialismo revolucionario mediante un acto de voluntad que viola esta "ley de la historia" estaba condenado desde el comienzo.

do y omnicomprendivo para el análisis de los fenómenos sociales. Este marco no era una combinación ecléctica de distintos elementos teóricos desarrollados a partir de diferentes principios explicativos; era una teoría unificada con una estructura conceptual plenamente integrada. Por ello el marxismo clásico implicaba una unidad del análisis de clase y del socialismo científico forjada a partir de un proyecto emancipatorio general.

Esta visión del marxismo ya no puede mantenerse. La tensión entre el marxismo como análisis de clase y el marxismo como socialismo científico impide la posibilidad de "un campo teórico unificado" de posibilidades emancipatorias, y la creciente autonomía en la que se desarrollan, desde los años 60, los aspectos clínico y científico del marxismo han erosionado la "unidad de la teoría y la práctica". Para mejor o para peor, la teoría marxista hoy no está determinada, más que en contadas ocasiones, por exigencias políticas inmediatas y sus lazos institucionales con los partidos y los movimientos políticos han sufrido el mismo declive que ha afectado a éstos.

Aunque el modelo tradicional ya no es defendible, incluso en principio, muchos intelectuales marxistas se encuentran insatisfechos con la alternativa que surge: una teoría social mucho menos ambiciosa y con muchas menos certezas sobre su capacidad explicativa. La sensación de crisis que resulta de ello, refleja una profunda ambivalencia sobre las implicaciones de esta transformación de una teoría emancipatoria omnicomprendiva en un discurso más restringido sobre procesos sociales concretos y sus tendencias:

Es evidente que una vuelta a las aspiraciones originales del marxismo ya no es posible. El mundo ha cambiado y es imposible recuperar aquellas certezas. La fragmentación de lo que una vez fue la tríada unitaria de la teoría marxista erosiona, sin la menor duda, su atractivo como ideología. Sin embargo, en muchos aspectos, estos tres componentes de la vieja tríada marxista se han desarrollado en la medida en que su interconexión se ha debilitado. Creemos con optimismo que una reconstrucción del marxismo, aunque menos integrada, es posible y que lo que ahora se vive como una crisis pronto será considerado como los dolores inevitables de su desarrollo.

Traducción: G. Buster



El debate sobre el reparto del empleo

Jesús Albarracín y Pedro Montes

El debate sobre la jornada de trabajo ha cobrado gran interés social ante el paro que asola a los países capitalistas occidentales y la profundidad de la actual recesión económica. Pero este interés se debe más al impulso que la derecha y sus grupos políticos afines están dando al tema –planteando que es necesario repartir el trabajo, como si de un bien escaso se tratara– que del empuje de la izquierda y los sindicatos, que tienen como reivindicación histórica una reducción generalizada de la jornada laboral.

La ponencia marco para el congreso del PSOE, el Gobierno, las patronales, el Senado francés, el ministro de Economía alemán, e incluso una multinacional tan significativa como Volkswagen, han reconocido que la economía occidental no puede dar empleo a todos los que lo quieren y lo necesitan y, por tanto, hay que repartir el trabajo. Esta preocupación que se ha apoderado de la derecha responde al acuciante problema del paro y sus sombrías perspectivas, pero en lo que se refiere a la reducción de la jornada hay demasiados intereses en juego para que las diferentes propuestas sean aceptadas sin más.

La reducción de la jornada es una necesidad histórica, dado el avance tecnológico que se ha producido, pero no es esto lo que está llevando a proponerla a los representantes del capital. En unos casos, tratan de reducir una producción que no encuentra demanda, haciendo que sus plantillas trabajen sólo cuatro días a la semana o dando tres meses de vacaciones no pagadas. En otros, han visto la oportunidad de aumentar la precarización del empleo, proponiendo la generalización del contrato a tiempo parcial o el cómputo anual de las horas trabajadas. Su preocupación por el paro no llega al punto de promover la creación de empleo mejorando las condiciones de vida de los trabajadores, sino que pretenden repartir entre éstos el empleo existente, condicionándolo a que paguen el ajuste con la correspondiente reducción salarial.

Ante la propuesta de una reducción drástica de la jornada con una reducción equivalente de los salarios, que colocaría a muchos trabajadores en una situación desesperada, con unos ingresos por debajo de los niveles de subsistencia –sea en casos de empresas o sectores concretos o con carácter general con la extensión de los contratos a tiempo parcial–, es preciso levantar desde la izquierda una alternativa que responda a los intereses de los trabajadores y no los debilite. Esa alternativa debe tener como objetivo inmediato mitigar el problema permanente del paro, porque hay que dar por sentado que ni en el mejor de los casos, esto es, si se produce una reactivación de las economías, podrán absorberse significativamente las actuales cotas de desempleo, y estas cotas representan una rémora insostenible en la lucha de clases, que están siendo aprovechadas por la burguesía para arrasar conquistas del movimiento, logradas por luchas de generaciones enteras de trabajadores.

La política del capital

Desde el punto de vista del capital, la salida de la crisis exige una política económica

y social destinada a la recuperación de la tasa de beneficio, cuyo descenso está en el origen de la situación actual. Para ello, debe lograr una reducción significativa y duradera de los salarios reales y un paralelo aumento de la productividad. En ambas cuestiones, la desregulación de las relaciones laborales desempeña un papel fundamental: por un lado, se trata de reimplantar la "ley de la selva" en el mercado de trabajo, para conseguir que el deterioro de las condiciones laborales presione a la baja a los salarios, ya que los trabajadores se encontrarán en peores condiciones de negociación; por otro, con la desregulación se pretende rentabilizar al máximo la utilización de la fuerza de trabajo precarización del empleo, movilidad funcional y geográfica, cómputo anual de la jornada laboral adaptándola a las necesidades estacionales y coyunturales que marque la demanda, despido libre, etc., obteniendo así un aumento sustancial de la productividad.

Para el neoliberalismo, hegemónico en la mayoría de los Gobiernos europeos, tal política tiene una lógica. Según ésta, la crisis económica sólo puede ser remontada si se crean las condiciones para una nueva fase de expansión, dejando que el mercado juegue libremente para sanear la economía, por medio de la desaparición de las empresas menos rentables.

La competitividad como talismán. Pero, en una economía abierta, para no caer en un torbellino que arrastre a la mayoría de las empresas, es preciso aumentar la competitividad. Como nuevo talismán, la mejora de la competitividad se ha convertido en el supremo objetivo de la política económica, exigiendo la reducción de los salarios y el aumento de la productividad. En este sentido es donde hay que situar las proclamas neoliberales del tipo: «para salir de la crisis hay que trabajar más y más duro», por absurdas y estúpidas que parezcan cuando el paro se acumula ante la falta de empleo. Se pretende que los que tienen empleo trabajen con mayor intensidad para aumentar la productividad -lo que se consigue con la contrarreforma del mercado de trabajo, no con la reducción de la jornada- aunque trabaje menos gente, porque la rentabilización de la fuerza de trabajo, en un contexto de crisis económica, implica destruir empleo.

Así pues, la reducción de la jornada no forma parte de los objetivos de la patronal. Nótese, a este respecto, la rapidez con que el Gobierno español reaccionó frente a las propuestas en este sentido, afirmando que lo que estaba sobre la mesa de negociación no era la reducción de la jornada, sino la reforma del mercado de trabajo. No obstante, no han podido evitar que el debate saltara a la opinión pública, porque existen razones poderosas para que así sea.

Desde que se inició la actual onda larga del capitalismo al principio de los setenta, las fases de recuperación cíclica no han permitido absorber el paro acumulado en las recesiones y el crecimiento vegetativo de la población activa. Por eso en los sucesivos momentos de auge se han alcanzado niveles de paro cada vez más altos y en las recesiones el desempleo ha cobrado cada vez tintes más inquietantes. En los países de la OCDE, 35 millones de personas se encuentran actualmente en desempleo, el 7,5% de la población activa, pronosticándose un aumento el año que viene hasta 37 millones. Y en la CE, el paro se eleva a 17 millones, el 10,5% de la población activa.

La preocupación por la evolución y el nivel del paro ha empezado a cundir en los propios medios de la burguesía, porque lo que es una ventaja para los capitalistas en

la lucha de clases –la existencia de un copioso “ejército de reserva”–, traspasado cierto límite, puede ser contraproducente para el sistema, tanto por la agitación social que puede desencadenar, como por la deslegitimación que le puede generar su incapacidad para generar empleo.

La derecha está preocupada y lo mismo ocurre con algunos socialdemócratas que, como gestores del capitalismo no tienen nada que envidiarle a los propios capitalistas. De ahí que el tema de la reducción de jornada haya cobrado actualidad, cuando ha sido una reivindicación histórica de la izquierda que ha merecido poca atención de los poderes económicos y políticos.

Repartir masa salarial, no trabajo. Combinando la preocupación política con el cuidado de sus intereses económicos, las propuestas de la derecha no van en el sentido de repartir el trabajo para que se cree empleo, sino en el de repartir la masa de los salarios entre los trabajadores actualmente ocupados y los parados, de forma que se desactive la amenaza social del desempleo masivo, pero sin coste para el capital. Y, si es posible, con ventajas, tratando que el reparto del trabajo implique una elevación de la tasa de explotación y de la tasa de beneficio y se aproveche para avanzar en la flexibilización del mercado de trabajo y en el debilitamiento de los trabajadores. Así, el Gobierno español propone que el reparto debe basarse en la generalización del contrato a tiempo parcial –dejando *ad calendas grecas* la reducción de la jornada– y el Gobierno francés ha aprobado un “experimento” para subvencionar a las empresas que reduzcan jornada y salarios.

Hay una razón adicional para que el tema de la reducción de la jornada haya cobrado actualidad, impulsado por la derecha. La recesión está causando estragos en algunos sectores, como ocurre destacadamente en el del automóvil, cuyos niveles de producción sobrepasan ampliamente la demanda, acumulándose las mercancías sin vender. En estas condiciones, es necesario reducir la producción y, si se quieren preservar los beneficios, deben hacerlo también el empleo y los salarios. Se puede proceder a un despido masivo de plantillas pero esto, además de la resistencia social que encuentra, significaría desperdiciar todo el capital humano que han ido acumulando las empresas. Por ello apuestan por una disminución proporcional de la jornada y los salarios. Así lo ha propuesto Volkswagen: reducir un 20% la jornada laboral y un 20% los salarios para evitar el despido de 31.000 trabajadores. Esta opción, en la medida en que se aplicara a toda la economía, equivaldría a un masivo Expediente de Regulación de Empleo, basado en la reducción de jornada.

Ritmos desacompañados. En ningún momento la reducción de jornada ha sido desde el punto de vista del capital un objetivo social deseable, como pone de manifiesto que el continuo e intenso incremento de la productividad durante los últimos decenios sólo ha originado mínimas disminuciones de jornada, que además nunca han sido fruto de concesiones, sino que han tenido que ser arrancadas por la lucha. El ritmo de aumento de la productividad del trabajo ha ido tan desacompañado con el ritmo del descenso de la jornada que puede afirmarse que ahora, ante el paro acumulado, son necesarios cambios “revolucionarios”, por la resistencia que han opuesto los capitalistas a las reformas.

Para la izquierda, en cambio, la disminución del tiempo de trabajo no sólo representa un aspecto esencial del avance histórico que debe redundar en beneficio de todos –

liberarse del esfuerzo para cubrir las necesidades materiales como consecuencia del dominio que la humanidad ha ido imponiendo sobre la naturaleza— sino que constituye también una de sus reivindicaciones básicas, como condición para mejorar el nivel de vida, dentro de un sistema con intereses contrapuestos regido por la lucha de clases. Mas recientemente se ha convertido en una reivindicación necesaria para paliar el problema del paro.

La reducción de la jornada y el empleo

Efectivamente, la situación del paro y sus adversas perspectivas han promovido a un primer plano el tema de la reducción de jornada. De ello surge inmediatamente la cuestión de en qué medida una tal reducción puede contribuir a crear empleo.

Es fácil demostrar que la tasa de crecimiento del empleo es igual a la tasa de crecimiento del PIB, mas la tasa de reducción de la jornada laboral menos la tasa del aumento de la productividad por hora trabajada que pueda originarse por esa reducción.

[Sean Y el valor de la producción, L el número de trabajadores, h la duración de la jornada laboral en horas y q la productividad horaria.

El valor de la productividad horaria será igual al valor de la producción dividido por el número de horas trabajadas, es decir, el número de trabajadores multiplicado por las horas que trabaja cada uno de ellos:

$$q = \frac{Y}{L \cdot h}$$

Por consiguiente:

$$Y = L \cdot h \cdot q$$

Si pasamos esta fórmula a tasas de crecimiento, el aumento de la producción ($Y\%$) será igual a la suma del aumento del empleo ($L\%$), mas el de la duración de la jornada laboral ($h\%$), mas el de la productividad horaria ($q\%$):

$$Y\% = L\% + h\% + q\%$$

Es decir, el aumento del empleo:

$$L\% = Y\% - h\% - q\%$$

Si llamamos $j\%$ al porcentaje de reducción de la jornada

$$j\% = -h\%$$

Y tendremos:

$$L\% = Y\% + (j\% - q\%)$$

Es decir, la tasa de crecimiento del empleo es igual a la tasa de aumento de la producción, mas la diferencia entre la tasa de reducción de la jornada menos la tasa de aumento de la productividad horaria.

Por consiguiente, si el PIB permanece constante ($Y\% = 0$), una reducción de jornada no dará lugar a un incremento del empleo si aumenta la productividad por hora en el mismo porcentaje].

Con esta referencia aritmética, cabe examinar a grandes rasgos lo que podría esperarse que ocurriera en la productividad y en el empleo de los grandes sectores económicos ante una reducción significativa de la jornada.

En la **agricultura**, que representa un 10% de la ocupación, por sus características productivas, no debería esperarse un aumento relevante de la productividad horaria por la reducción de la jornada de los asalariados. Sin embargo, por las relaciones de propiedad y laborales que rigen en el sector, sería difícil poner en práctica una reducción sensible de la jornada, lo que significa que el empleo, aunque no aumente la productividad, tiene escaso margen para aumentar.

En el sector **industrial**, cuya ocupación representa el 23% del total, pueden distinguirse dos situaciones: las empresas o sectores que están operando a plena capacidad, o aquellos en que su nivel de ocupación se ajusta a su nivel de producción, y las empresas o sectores que tienen excedentes de plantilla, bien porque están acumulando producción sin vender o bien porque tienen a una parte de ella subocupada.

En el primer caso, para un nivel de producción dado, una reducción de la jornada podría promover un aumento del empleo, aunque de menor intensidad, puesto que como está demostrado, una disminución de la jornada siempre va acompañada de un aumento de la productividad. En el segundo caso, cuando hay excedentes de plantilla, la reducción de jornada iría también acompañada de un aumento de la productividad, pero como lo que se pretende es reducir la producción con la reducción de jornada, el empleo llegaría a disminuir en el porcentaje de la producción, menos lo que disminuya la jornada y mas lo que aumente la productividad por hora. Para mantener el empleo en estas empresas o sectores sería necesario apostar por una reducción de la producción equivalente a la diferencia entre la reducción de la jornada y el incremento de la productividad.

Dada la situación excedentaria de plantillas en que la recesión ha colocado a muchos sectores industriales, cabe anticipar que una reducción intensa de la jornada, por ejemplo una rebaja de las 40 horas a 32, equivalente al 20%, daría lugar a un crecimiento del empleo que apenas se aproximaría a un 5%, lo cual, dado el peso de la ocupación en la industria, representaría en torno al 1% del empleo de la economía. En el futuro, una posible recuperación de la actividad industrial, en la medida en que la reducción de jornada absorbiera la mano de obra excedente, procuraría un crecimiento del empleo mayor que el que tendría lugar manteniendo la jornada intacta.

Por lo que se refiere al sector de la **construcción**, cuya ocupación representa el 10% del total, las características productivas de una parte considerable de su actividad —contratos de obra que se realizan a destajo— hacen difícil una aplicación efectiva de una reducción de jornada, lo que impide que por esta vía se pueda crear empleo.

En el sector **servicios**, que implica al 57% de la ocupación, se dan situaciones muy variadas y complejas en torno al tema. Existen sectores en los que una intensa reducción

de jornada induciría un crecimiento de la productividad horaria casi de la misma intensidad, con efectos prácticamente nulos sobre el empleo. Tal sería el caso de muchos servicios de la Administración Pública, la banca o los seguros. En los servicios mas directamente ligados a las prestación personal —comercio, hostelería, transportes, reparaciones, educación, sanidad, doméstico— una reducción de la jornada podría ocasionar tanto un crecimiento de la productividad como un crecimiento del empleo, dependiendo de la respuesta que se diera a dicha reducción: concentración de los servicios, reducción de horarios o aumento del empleo para compensar la menor jornada, manteniendo la calidad de las prestaciones. No obstante, teniendo en cuenta las razones de fondo que están impulsando la discusión del tema de la jornada, que forman parte de una ofensiva general del capital, y la situación de debilidad en que se encuentran los trabajadores (que propicia un prolongación ilegal de la jornada), una reducción legal del horario se traduciría, mas en una degradación de los servicios que en un aumento del empleo en el sector terciario.

No mas de un 4%. Esta visión general, aunque no se detiene en la prolija casuística que puede darse en los distintos sectores y ramas de la producción, ni en la diversidad de respuestas empresariales a la disminución de la jornada, ni en los problemas sindicales que suscitaría su aplicación (turnos, horarios), permite llegar a la conclusión siguiente: en los momentos actuales, dominados por la debilidad de la demanda y la depresión de la actividad en lo económico y por el intento de recortar el Estado del Bienestar en lo social, una reducción intensa y general de la jornada laboral, del orden del 20% indicado, tendría unos efectos muy amortiguados sobre el empleo, que difícilmente llegaría a crecer más de un 3 o un 4%, o entre 300,000 o 400,000 nuevos puestos de trabajo en el caso de la economía española.

Si la reducción se limitara a los sectores o empresas en crisis con objeto de reducir la producción, como de hecho están proponiendo las patronales para repartir simplemente el trabajo y evitar los despidos, el impacto sobre el empleo sería nulo. Y, a todos los efectos, este reparto propuesto, tiene el mismo significado que la alternativa de promocionar el trabajo a tiempo parcial, tal como propugna el PSOE, con pretensiones “progresistas” pero atendiendo al mismo tiempo a los intereses fundamentales del sistema. Se trataría de repartir el trabajo existente entre mas gente con las reducciones salariales pertinentes, lo que en última instancia está fuera de la cuestión planteada, esto es, en qué medida la reducción con carácter general de la jornada puede crear empleo.

Por supuesto, los efectos limitados sobre el empleo que tendría esa reducción no ocultan dos hechos fundamentales por los que la medida debe ser defendida vigorosamente por la izquierda: las condiciones de vida de los trabajadores mejorarían apreciablemente y en el futuro los aumentos del PIB se traducirían en crecimientos mas intensos del empleo.

La reducción de jornada y los salarios

Fuera de los efectos directos o mecánicos de la reducción de la jornada sobre el empleo, como han sido comentados en el apartado anterior, dicha reducción tiene un aspecto esencial y polémico —la cuestión de los salarios—, que tiene repercusiones directas sobre la distribución de la renta, o si se quiere en la tasa de explotación de los

trabajadores, e indirectas sobre el propio empleo, ya que la evolución de la economía no es indiferente de la evolución de la demanda, determinada en gran medida por la de los salarios. Deben examinarse pues las propuestas salariales que han surgido en el debate y sus consecuencias, así como las posiciones que la izquierda debe defender.

Como es sabido, para que los salarios mantengan su participación en la renta nacional es necesario que el salario real por persona —o sea, al margen del aumento de los precios—, crezca como la productividad por persona (la diferencia entre los crecimientos del PIB y del empleo). El mantenimiento de dicha participación debe ser el punto de partida con el que la izquierda aborde la cuestión salarial del debate de la jornada, lo que permite llegar a una conclusión inmediata de carácter general: para lograr este mantenimiento, y suponiendo que el PIB no varíe, el salario real sólo podría disminuir en la proporción que aumente el empleo.

[Sea Y el valor de la producción, w el salario real por persona, L el empleo y a la participación de los salarios en el valor de la producción.]

Entonces tendremos:

$$a = \frac{w \cdot L}{Y}$$

Para que no varíe la participación de los salarios en el valor de la producción (a), será necesario que el porcentaje de crecimiento del salario ($w\%$) más el del empleo ($L\%$) sea igual al de la producción ($Y\%$):

$$w\% + L\% = Y\%$$

Y por tanto:

$$w\% = Y\% - L\%$$

Es decir, para que la participación de los salarios en el valor de la producción no varíe es necesario que los salarios reales crezcan igual que la productividad por persona ($Y\% - L\%$).

Pero como vimos en el punto anterior:

$$L\% = Y\% + (j\% - q\%)$$

Y sustituyendo:

$$w\% = Y\% - L\% = q\% - j\% \quad (q\%: \text{tasa de crecimiento de la productividad horaria; } j\%: \text{tasa de reducción de jornada}).$$

Si se mantiene el nivel de producción ($Y\% = 0$), la fórmula anterior quedaría:

$$w\% = -L\% \quad \text{y también} \quad w\% = -(j\% - q\%).$$

Entonces para que se mantenga la participación de los salarios en la renta, el salario sólo puede descender en el mismo porcentaje en que aumenta el empleo].

Pero la variación del empleo, como hemos visto, es la diferencia entre el porcentaje en que disminuye la jornada y el porcentaje en que crece la productividad horaria, por lo que el salario real por ocupado no puede disminuir en la misma proporción en que disminuye la jornada, como se pretende desde las posiciones patronales. En tal caso, se produciría una redistribución de la renta contra los salarios, tanto mas intensa cuanto mas se incrementase la productividad horaria.

Esta norma general debe tener su concreción en cada empresa o sector, desde el momento en que una reducción por ejemplo hasta las 32 horas no representa para todos ellos el mismo porcentaje y desde el momento en que el supuesto del mantenimiento del nivel de producción no tienen por qué darse en los casos concretos, siendo también muy desigual las respuestas que pueden registrarse en las variaciones del empleo. La regla que debe regir en la negociación de los casos particulares es que el salario real por persona debe aumentar (o disminuir) por la diferencia entre el crecimiento de la producción (o cualquier otra medida de la actividad de la empresa) y el crecimiento del empleo.

En la situación de las empresas en que se pretende reducir la producción y la jornada para mantener el empleo, tendría que producirse una reducción de los salarios reales proporcional a la disminución de la producción, no de la jornada. Pero en ningún caso debe olvidarse que éstas empresas no garantizarán el mantenimiento del empleo porque siempre se producen bajas o jubilaciones anticipadas, que determinarían un mejor comportamiento de la productividad por ocupado, la cual tendría que reflejarse en los salarios reales.

Los aspectos cualitativos. El esquematismo cuantitativo de estos planteamientos como marco de referencia no puede eliminar los aspectos cualitativos de toda posición política y toda negociación sindical. Durante la última década, el aumento

de la productividad ha sido notablemente superior al de los salarios reales y es esto lo que está detrás del retroceso que se ha producido en la distribución de la renta. Utilizando los datos de la Contabilidad Nacional, de 1982 a 1992, la productividad ha crecido el 25%, mientras que el salario real lo ha hecho el 7%. Este 18% de aumento de la productividad del que se ha apropiado el capital (véase *gráfico*) le da ahora un enorme margen de maniobra en la discusión cuando se plantea la cuestión de la reducción de la jornada.

A otro nivel, el reparto del trabajo entraña efectos redistributivos importantes en el conjunto de la economía, ya que un aumento del empleo como consecuencia de la disminución de la jornada o su reducción para evitar paro en el caso de las empresas en crisis o los contratos a tiempo parcial, implican que hay menos parados, lo que a su vez implica, aun garantizando la distribución de la renta entre salarios y beneficios, que el conjunto de los trabajadores reciben menos retribuciones: justamente las prestaciones y subvenciones por desempleo que se evitarían. De ellas, una parte se financia con los impuestos y las cotizaciones de los trabajadores, pero otra parte (la menor) se sufraga con los impuestos sobre los beneficios y el consumo de los capitalistas. Este aspecto redistributivo secundario de la disminución de jornada tiene importancia por sí mismo —aunque resulte difícil de cuantificar— y porque representa una detracción de renta del conjunto de los trabajadores, con efectos sobre la demanda, la producción y el empleo.

Algunas conclusiones

Desde la izquierda, la reducción de la jornada se debe seguir planteando con firmeza como reivindicación ajustada al desarrollo de las fuerzas productivas. Es evidente que el problema del paro, cuya trascendencia política y social tiene que ser realizada por la izquierda, no podrá encontrar solución sólo a través de una reducción de jornada aunque sea apreciable, por lo que hay que reclamar junto a ella una política económica expansiva que genere más trabajo y más empleo. Y para que la reducción de jornada se traduzca en una creación de empleo significativa debe cumplir algunos requisitos:

a. No puede ser una medida coyuntural para afrontar la recesión sino que ha de tener un carácter permanente y debe reflejarse en las leyes, pues si no, solo será un mecanismo para que algunos empresarios hagan frente a la crisis a costa de sus plantillas. En este sentido, no puede ser concebida como un Expediente de Regulación de Empleo al que los empresarios se pueden acoger, según les convenga, sino como un mecanismo de creación de puestos de trabajo y de mejora de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores.

b. Debe ser una reducción drástica de la jornada de trabajo, pues pequeñas reducciones o reducciones paulatinas pueden ser absorbidas por los aumentos de la productividad horaria, con lo que no se crearían puestos de trabajo.

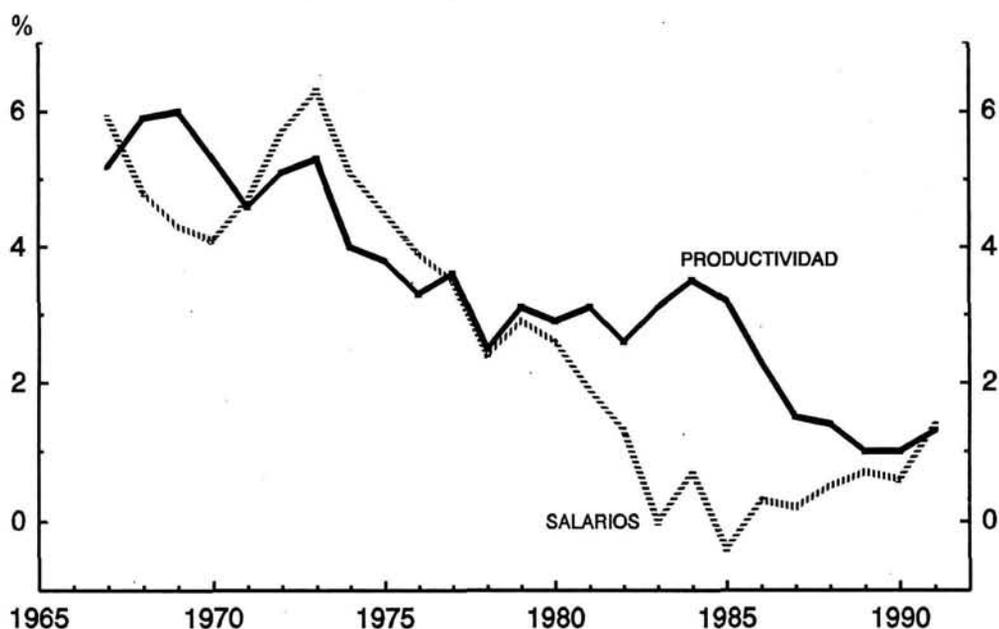
c. Debe ser universal, pues si sólo la adoptan los empresarios que tienen problemas de demanda no se creará empleo, sino que simplemente se absorberá capacidad ociosa. Para que sea una medida eficaz a medio y largo plazo debe cobrar carta de natura-

leza en la sociedad que la jornada laboral ha dejado de ser de ocho horas.

d. No puede ir acompañada de una reducción de salarios por el porcentaje en que realmente disminuya la jornada, pues significaría que los incrementos de productividad se hurtan a los trabajajadores, lo que implicaría una redistribución de la renta contraria a estos, que hundiría la demanda de consumo; podría acabar cayendo el empleo mas por este hecho que lo que podría crecer a causa de la reducción de la jornada. En teoría, para que se mantenga la participación de los salarios en el valor de la producción, en cada sector o empresa, éstos deben crecer la diferencia entre el aumento de la producción y el crecimiento del empleo. Si con la reducción de la jornada se pretende reducir la producción, los salarios no deben caer tanto como la jornada, sino como la producción en el caso de que realmente se mantenga el empleo. Si éste cae también, como será lógico (jubilaciones anticipadas), los salarios no pueden caer mas que la diferencia entre la caída de la producción y la del empleo.

e. Sin embargo, en la práctica, los empresarios disponen de muchos medios para sortar los criterios con los que se mantendría la distribución de la renta –recuérdese que existe un 33% de empleo precario fácilmente maleable por lo que hay que exigir la reducción de jornada sin reducción de salarios. Además, si se tiene en cuenta que los salarios son uno de los componentes mas importantes de la demanda y que, durante la última década, han crecido un 18% menos que la productividad, existe un margen de maniobra suficiente para que dicha reivindicación sea satisfecha.

Noviembre de 1993



5 voces miradas

El soldado alemán

Francisco Cenamor

A medida que nos acercábamos, mi corazón era presa de una inmensa desazón pues en realidad me daba la impresión de que no fuésemos a llegar nunca. Nuestro potente coche, orgullo de nuestro país, avanzaba lentamente por una estrecha carretera llena de curvas, en una comarca perdida de España, más cerca de Portugal que de Madrid.

Mi padre advirtió a mi tía, que conducía, a mis hermanas y a mí de la cercanía del lugar a donde nos dirigíamos, un pueblo tan lejano como dificultoso era pronunciar su nombre para un alemán: Cuacos de Yuste, en castellano. Allí, extrañamente, había ido a morir un emperador de Alemania, odiado por nosotros mismos. Era imposible descifrar por qué Carlos V, después de abdicar en su hijo, Felipe II, había abandonado familia, poder y riquezas para retirarse a morir en un monasterio situado en el último rincón de Europa, más bien frontera de África.

Pero para mí era casual la presencia imperial pues nuestra visita a la zona era debida a otra presencia, o ausencia. Se trataba de un antepasado reciente, muerto heroicamente durante la Segunda Guerra Mundial. En mi familia, una familia siempre de mujeres, la presencia de este hombre joven y apuesto se había convertido en una especie de mito familiar, a pesar de las historias de desprecio hacia él que contaban otras familias de nuestra villa de nacimiento. Yo creía ciegamente la historia que en mi familia sobre él se contaba. Pilotaba un bombardero que venía de hacer una incursión sobre Londres. El avión

fue alcanzado y su pecho destrozado por las balas de un caza enemigo, a pesar de lo cual, y con el rumbo completamente perdido, consiguió llegar hasta un punto de la costa española salvando así el avión y la tripulación, pero muriendo pocas horas después. Recientemente, autoridades españolas y alemanas habían juntado en un solo cementerio, en este pueblo perdido de España, a más de cien soldados alemanes, muertos durante la Primera y Segunda guerras mundiales, que habían llegado a territorio español en barcos naufragados o aviones derribados.

En realidad, estas autoridades no habían hecho grandes honores a estos héroes de la guerra pues, sin grandes indicaciones en la carretera, sin pomposas placas conmemorativas, sin símbolos gloriosos, tan sólo una placa en alemán y castellano anunciaba la existencia de este cementerio de soldados alemanes aquí, tan lejos de su patria. Pasando una pequeña caseta de entrada se alzaban, grises y frías, las tumbas de nuestros soldados. Buscamos entre las hileras de cruces y fue a mí a quien tocó el honor de encontrar su tumba. Con la mirada borrosa por las lágrimas leí, emocionado, la escueta inscripción con su nombre y dos fechas: 1921-1943.

Ésa fue la primera vez que visité su tumba. Algunos años después, no muchos, volví a llorar en su tumba, pero no de la misma manera, porque mis ojos ya no veían lo mismo.

Después vino mi adolescencia, cargada de revistas militares y libros y películas de guerra; y el alborozo familiar cuando ingresé en nuestro Ejército, con la intención de rememorar las hazañas militares que de otro hombre solo entre mujeres se contaban. Mis similitudes físicas y familiares con aquel mítico soldado hacían albergar en quienes me rodeaban esperanzas en un futuro glorioso.

Pero nada de lo que yo hacía y soñaba tenía sentido sin la guerra. Los antiguos contendientes, los verdaderamente importantes, llevaban en paz casi medio siglo y las guerras, pequeñas escaramuzas, se daban muy lejos de mi país. El Ejército ya no se preparaba para gestas que se inscribiesen en la Historia y la milicia no estaba del todo bien vista, hasta el punto de que existían leyes que eximían a los jóvenes que así lo deseaban de sus deberes militares y en épocas de crisis económicas el Gobierno, de uno u otro signo, se atrevía a recortar los gastos militares. Además, los intentos de crear un gran ejército europeo se veían contrariados por los tejemanejes de los políticos.

Al fin, las cosas, como ocurre siempre, empezaron a cambiar. Azuzados por la crisis, jóvenes alemanes asaltaban e incendiaban las casas de los turcos y los refugiados de los antiguos países comunistas; los inmigrantes respondían también violentamente. Pero el Gobierno expulsaba a los inmigrantes y encarcelaba a los alemanes más violentos, y la situación se normalizaba. Y la Alemania satisfecha organizaba masivas manifestaciones contra el racismo, más buscando su propia tranquilidad que el alivio de la situación de los inmigrantes. Surgían nuevos focos de tensión, como el causado por las abismales diferencias económicas y sociales entre los habitantes de la ex RFA y la ex RDA. Pero las instituciones y la sociedad eran capaces de encajar sin problemas un conflicto así.

Se desarrollaba también otro conflicto, éste mucho más grave, que concentraba toda mi atención. Era una guerra de verdad, si bien no era una gran guerra como las que llenaban mis ansias de convertirme en héroe. La ex Yugoslavia se desangraba en una incomprensible guerra civil que alejaban en el territorio y en el corazón a gentes que habían venido conviviendo sin problemas bajo el anterior régimen comunista.

Yo veía claramente que en Europa y en Estados Unidos no se entendía bien el problema, pues Serbia pretendía convertirse en una gran potencia en la zona, independiente del resto de Europa y dominando toda la ex Yugoslavia y los diversos países que antes estaban en el Pacto de Varsovia, aprovechándose de su debilidad militar, económica y política. En resumidas cuentas, Serbia pretendía asumir el papel que mercedamente correspondía a la gran Alemania unificada. Esta falta de comprensión del problema llevaba a las grandes

potencias occidentales a una absurda pasividad, mientras los serbios iban tomando cada vez más territorios de Croacia y Bosnia-Herzegovina.

A pesar de que, por prudencia, no se diese muestras de ello, muchos militares anhelaban una rápida intervención militar contra Serbia. Las diplomacias, en cambio, jugaban a dejar pasar el tiempo negociando acuerdos que nadie se creía, mientras el bloqueo económico impuesto a Serbia era violado por los mismos que podían estar vendiendo armas y petróleo legalmente a otros países del mundo.

Cansado, pues, de esperar una intervención militar internacional, abandoné nuestro Ejército y, clandestinamente, me alisté en las milicias croatas, por quienes los alemanes sentíamos más simpatías. Esta experiencia vino a cambiar de forma radical mi visión del mundo y de la vida.

Allí no había orden ni concierto. Las milicias extranjeras no buscaban hazañas perdurables ni la gloria de defender un país amigo que era agredido militarmente por otro. Aventureros, mercenarios y fascistas de toda Europa competían entre ellos por ver quién causaba más horror. Sin ningún tipo de estrategia o disciplina militar, preferían atacar las poblaciones civiles a enfrentarse al Ejército o las milicias serbias y musulmanes bosnias. Vi cómo se hacían barbaridades con los prisioneros serbios; vi violar y asesinar a mujeres serbias, croatas y bosnias; vi cómo asesinaban a jóvenes croatas que se negaban a participar en la guerra y a jóvenes serbios que desertaban de su Ejército, buscando en Croacia asilo... Las autoridades croatas civiles y militares, lejos de tratar de eliminar estas milicias irregulares, las dejaban actuar libremente, pues cumplían el papel que el Ejército regular no podía desempeñar por tener que guardar las formas ante la comunidad internacional.

He de reconocer que yo no era muy distinto de quienes me rodeaban. Las cosas que ahora pienso y describo no pasaban entonces así por mi cabeza porque es inmenso el placer que produce en quienes se educan para combatir saber que todo eso era la guerra y que en mis manos estaba elegir la vida o la muerte de los más débiles. En ese momento sentía en mis venas la sangre de aquel glorioso piloto alemán, aunque ésta no fuese, ni de lejos, una guerra tan gloriosa como la que él tuvo la suerte de vivir.

Después de medio año con la destrucción y la muerte como compañeras comencé a sentir lo que mis camaradas llamaban "el mal del soldado". Los ojos de mis víctimas empezaron a clavarse en mis entrañas. Esos ojos iguales en todas las guerras, vistos anteriormente en tantas fotografías: los ojos inocentes de los niños y niñas que no comprenden su dolor; la mirada perdida de las mujeres violadas que ya sólo esperan la muerte; los ojos del prisionero con la mirada baja, esa mirada del que ya se sabe nada, del que no sabe qué será de su vida pero lo intuye sin querer creérselo; la mirada que ya no se ve nada más de las madres que sujetan un chiquillo muerto entre sus brazos; la mirada de miedo del valeroso soldado que ahora, muerto, ha descubierto lo que es de verdad la guerra; en fin, la mirada dura y seca de viejas y viejos que saben que ya nada volverá a ser como antes...

Cuando ya no eres capaz de decirte a ti mismo que ninguna de esas miradas vale más que el sabor del poder y la victoria, que el orgullo de las banderas, las medallas y los países victoriosos, cuando ya no eres capaz de mirar sin pensar, entonces estás perdido y sólo una dama misteriosa y violenta es capaz de salvarte. Pero la bala no me mató; rebotada, se alojó mansamente en mi nuca dejándome como recuerdo esta pierna renqueante.

Y otra vez aquí, delante de tu tumba. La primera vez era un adolescente lleno de vida; ahora soy mucho más viejo, pero no a causa de los años. No sería justo, para exculparme de las cosas terribles que he hecho, decir que me arrepiento de la guerra. Pero me estremecen las palabras de los políticos acusando siempre a otros de los males del mundo, los desfiles militares y las fábricas de armas, los pueblos acusando a otros pueblos de ser distintos, las naciones odiándose en los estadios deportivos...

La primera vez que vine a verte eras un heroico soldado que hallaba la muerte salvando a

la tripulación de tu avión. Ahora, en cambio, eres esa persona que cuando sentiste que las bombas que arrojabas estallaban en tu cabeza, que las personas saltaban en pedazos dentro de tus venas, que la vida se destruía dentro de tu corazón, abriste la puerta y saltaste del avión al comprender que eras cómplice de la locura y que en lo absurdo de la guerra saltar al vacío era la única salida.

Yo, que no fui capaz de saltar, vivo ahora, día y noche, perseguido por las miradas de aquellas personas a las que, un día, cerré los ojos para siempre.

GAME OVER



CUADERNOS DEL
ESTE

NUMEROS PUBLICADOS

1. ¿Por qué se atasca la Perestroika?
2. Polonia y Hungría: travesía incierta.
3. El bloque del Este se disuelve.
4. La Gran Alemania.
5. Yugoslavia rota.
6. Cuba en la encrucijada.
7. La privatización en el Este.
8. De una crisis a otra.
9. El Este ante el Oeste.

INDICE DEL N.º 10

Desastres Ecológicos en el Este

Istran REV: La naturaleza antiecológica de la centralización.

Comité Estatal para la protección del medio ambiente: Situación del medio ambiente en la URSS.

Victor DANILOV-DANILIAN: Problemas ecológicos de Rusia.

Vitali LINNIK: Efectos ecológicos de Chernobil en Rusia.

Lilia SEMASHKO: Contaminación en zonas hiperindustrializadas: La experiencia de Cheliabinsk.

E. SAMOTIOSOV, A. SHUVALOV E I. IGNATOVICH: El Mar de Aral.

T. MITROV Y M. MATEEV: República de Bulgaria: problemas ecológicos.

K. OKOLICSAYI: Hungría cancela el tratado para la construcción de una presa sobre el Danubio.

BOLETIN DE PEDIDO

CUADERNOS DEL ESTE número suelto 1000 pts.

Datos personales:

Nombre

Dirección

Población

C.P.

Provincia

Forma de Pago

Cheque

Giro Postal

Contra Reembolso

BOLETIN DE INSCRIPCION

Datos personales:

Nombre

Dirección

Población

C.P.

Provincia

Forma de Pago

Cheque

Giro Postal

Contra Reembolso

Enviar a: EDITORIAL COMPLUTENSE - Donoso Cortés, 65 - 28015 Madrid

una veu alternativa als Països Catalans
abans *Cruïlla* ara *Illacrua*



fes-la teva!

De venda cada mes a
quioscos i llibreries

Illacrua, Actualitat i Alternatives

Vull rebre un exemplar gratuït i informació de la revista

Vull subscriure-m'hi

Nom i cognoms.....

Adreça.....

Núm..... Pis..... Població.....

Codi Postal..... Tel.....

Comarca.....

Envieu-nos aquest cupó degudament emplenat

La revista de la pau, l'ecologia, el feminisme, la diversitat...

Illacrua, Actualitat i Alternatives Rda. Sant Pere, 44 08010-Barcelona Tel:(93) 319.53.50



hika

Revista de opiniones. Plaza Berria, 6, 4º - 48005 Bilbo TI. (94) 4790156

Izena / Nombre _____

Helbidea / Dirección _____

Herria / Población _____

Kontu Korrontearen Zka. / Nº Cuenta Corriente _____

Bankua eta Agentzia / Banco y Agencia _____

Suscripción anual: 3.000 pts. - Si no la conoces, llámanos: te enviamos un número



El Viejo Topo

c/ Valencia 290 - 2º

08007-Barcelona

Teléfono y Fax: (93) 488.01.25

SUSCRIBETE

Iniciativa Socialista quiere ser un lugar de encuentro para todo pensar y hacer de carácter emancipatorio. Su propósito es ser un órgano de expresión abierto a todo lo que de progresista, liberador, creador y revolucionario existe en nuestra sociedad. El deseo del consejo de redacción es que cada vez sea mayor el número de páginas de la revista que sean cubiertas por las colaboraciones de los lectores. Si quieres suscribirte, puedes enviar esta hoja, debidamente cumplimentada, a: Apartado nº. 6088, Madrid-28080.

Socialista

Iniciativa ■ Socialista

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don/doña

Domicilio

Municipio Provincia

Teléfono

Se suscribe a 6 número de **Iniciativa Socialista**

Suscripción Ordinaria 2700 pesetas

Suscripción de apoyo 5000 pesetas

Forma de pago:

- domiciliación bancaria

- transferencia a nombre de **INICIATIVA SOCIALISTA**, en el Banco de Santander.

C/Alcalde Sainz de Baranda nº. 39 Agencia 109. Cta/cte. nº. 1225

- talón remitido. Apartado de Correos nº. 6088 28080 Madrid



Archipiélago n° 14

«El estado de la prensa»

*Alberto Moncada, Enrique Bustamante,
Antonio Espantaleón, Javier Ortiz, G.
Imbert, José Luis López Aranguren, Sylvie
Martin. Entrevistas a Agustín García
Calvo, Noam Chomsky y
Rossana Rossanda.*

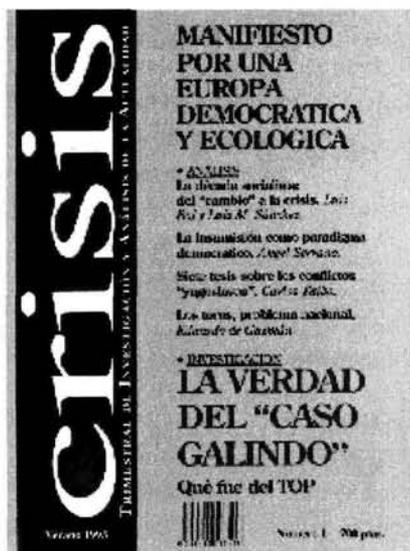
c/ Cardener nº 31
08024-Barcelona
Teléfono: (93) 210.85.03



Disenso

Revista Canaria de análisis y opinión

Apartado de Correos 1.113.
35070-Las Palmas de Gran Canaria
Teléfono: (928) 38.28.00



Crisis

Trimestral de investigación y análisis de la actualidad

c/ Alcalde Sainz de Baranda 40-3º A
28009-Madrid

Teléfono-Fax: (91) 573. 03. 30

cuatroSemanas

Y LE MONDE DIPLOMATIQUE

Si aún no se ha suscrito !Hágalo hoy mismo!

Recibirá un ejemplar en su domicilio cada primero de mes.
Será informado puntualmente sobre las publicaciones y monográficos que
publicaremos trimestralmente a partir de este otoño,
con precios especiales para suscriptores.

Entrega en mano, en las principales ciudades de España

Para mayor seguridad y rapidez,
puede suscribirse por fax al : **418 90 83** (prefijo de Barcelona, España)
o por correo a : **Ediciones del Parque S.A.**
Av. Hospital Militar 125 Pta.4, 08023 Barcelona, España
Tel. 418 89 63



Mientras Tanto

Publicación bimestral de ciencias sociales

Apartado de Correos 30059. 08080-
Barcelona.

Suscripción. 4 números: 2.500 pesetas.
Pagos por giro postal o talón bancario a la
c/c postal nº 2.985.518 Barcelona.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

VIENTO SUR

Nombre

Calle Nº

Escalera piso puerta

Localidad Prov.

D.P.

Otras indicaciones

MODALIDAD DE SUSCRIPCION

	ENVIO COMO IMPRESO	ENVIO COMO CARTA
ANUAL Revista Bimestral (6 núms)	2.300 <input type="checkbox"/>	3.100 <input type="checkbox"/>
ANUAL Rev.Bimestral Extran. (6 núms)	3.300 (25 \$) <input type="checkbox"/>	5.500 (45 \$) <input type="checkbox"/>

Moi Sres. Nosos:

Rógolle a Vds. que con cargo á miña conta N^o _____,
fagan efectivos os recibos que lles presente anualmente SOTEBLAN, S.A., na
miña calidade de Suscriptor de A TRABE DE OURO.

Banco/Caixa _____ Axencia _____ N^o _____

Poboación _____ Provincia _____

Nome do Titular _____

Sinatura

Data ____ de _____ de 19 ____

DOMICILIACION BANCARIA - AUTORIZACION DE PAGO

Apellidos Nombre

Calle..... N^o..... Piso..... Puerta

Localidad Prov..... D.P.

ENTIDAD

OFICINA

CONTROL

N^o CUENTA

--	--	--	--	--

--	--	--	--	--

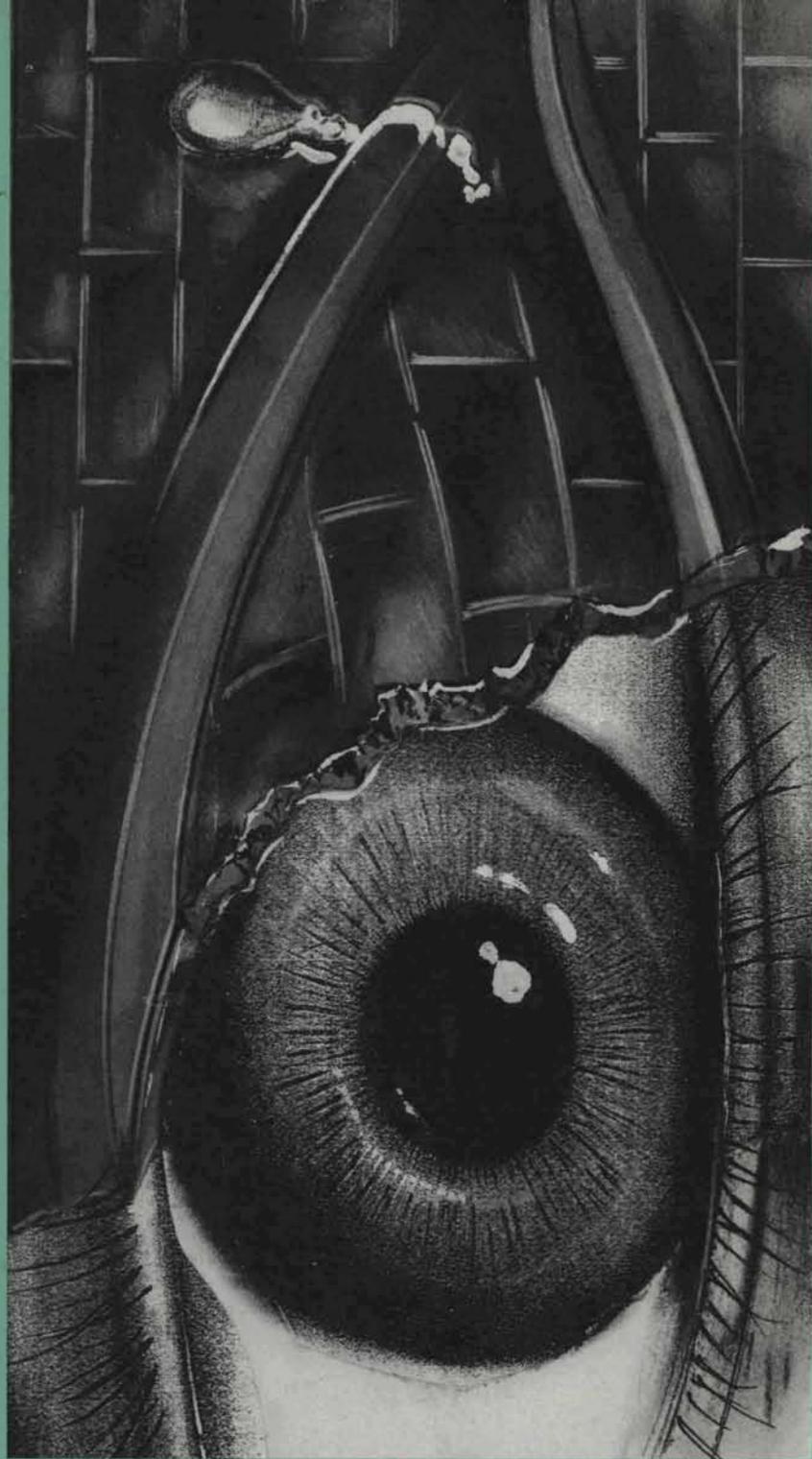
--	--

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Fecha:.....

Firma:





*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas.”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York